

**LAS
VERDADERAS
MEMORIAS
DE CECILIA
DE VOLANGES**

CONTINUACIÓN DE
LAS RELACIONES PELIGROSAS



RAFAEL CARO RAGGIO
EDITOR

THE
HISTORY
OF
THE
CITY

OF
NEW-YORK

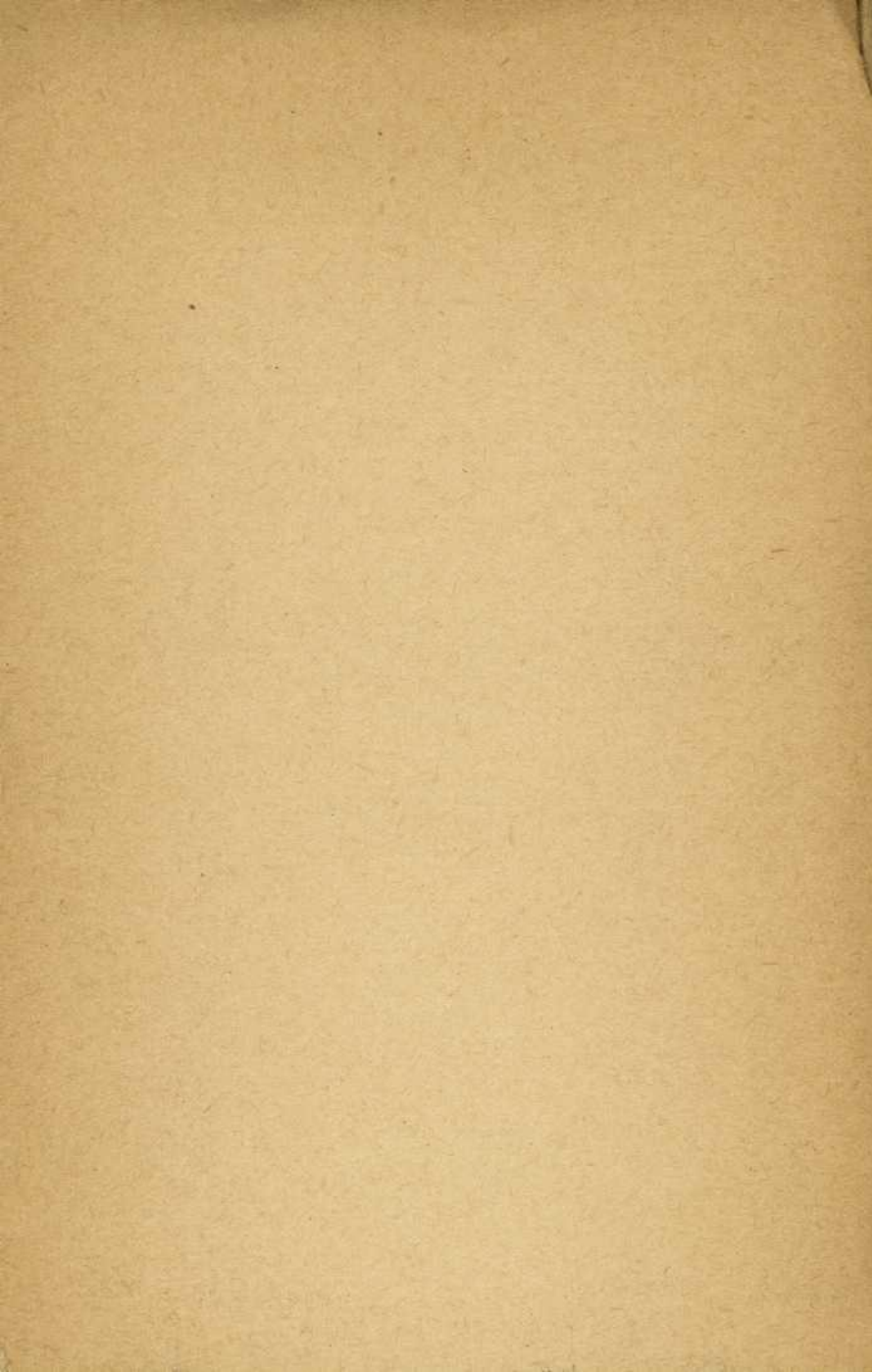


PRINTED AND SOLD BY
J. B. BROWN, 101 NASSAU ST.

1172278

9R

3715



A. Riquelme

LAS VERDADERAS MEMORIAS
DE CECILIA DE VOLANGES

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

MARZO, 1929

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAFAEL CARO RAGGIO.
MENDEZÁBAL, 34. - MADRID

LAS VERDADERAS MEMORIAS DE CE- CILIA DE VOLANGES

CONTINUACIÓN

DE

LAS RELACIONES
PELIGROSAS



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

3715

RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR
MENDIZABAL, 34. - MADRID

PREFACIO DEL AUTOR

POR QUÉ ESCRIBO ESTAS MEMORIAS

A mí no me gusta leer y creo que las gentes de pluma, si no tienen el genio de Rousseau, son una casta fátua y poco honesta. Su vanidad es tan ilimitada como la tontería de las gentes que les prestan oídos; y porque abarrotan de impresos las tiendas, los salones y hasta los guardarropas, se dan importancia, sin sospechar que las menores gestiones de un negocio requieren más inteligencia que sus garrapatos. ¡Bastante locos son, pues, los que les dan crédito! Porque, incapaces, como son, de inventar nada ameno, su mejor artificio es obtener las confidencias de sus amigos y conocidos, y hacer moneda circulante de lo que acaban de oír, refiriéndolo falsamente y aderezándolo con algunas invenciones mentirosas. Así, aunque los años hayan aplacado en mí ciertos rencores, sigo creyendo

que no hay para una mujer *relación* más *peligrosa* que la de esa especie de gente plumífera.

No es este peligro el que muestra el perverso libro de *Las relaciones peligrosas*, que, por mi poca afición a leer, no he conocido hasta varios años después de que saliera de manos del impresor. Pero quien llegue a conocer la verdad de la historia presuntamente referida en él, verá que este peligro es tan evidente como cualquier otro; porque nada hiere tanto a una mujer como el relato mentiroso de sus faltas.

Por desgracia, no todo es inventado en ese libro. Se puede creer que la historia que refiere es la mía, y yo encuentro muchas cosas mías en él. Reconozco las cartas escritas y recibidas por mí; pero advierto que no hay seguramente una en la que, ya por cambios de palabras, ya por adiciones o supresiones de frases, no esté corrompida la verdad. No poseo copias de tales cartas, pero recuerdo muy bien lo que decían. Algunas, por otra parte, son totalmente invenciones. No hay en tal obra cuidado alguno de ser justo ni honrado; únicamente el deseo de componer una novela con el menor dispendio de trabajo, sin ningún esfuerzo para comprender las razones y las sinrazones que rigen los actos de las mujeres; porque las gentes de pluma, ineptas para adivinar lo que agita nuestros corazones, no saben más que fabricar peleles, únicamente capaces de una sola idea y de un solo gesto; lo que les permite implantar en su relato una

lógica miserable, pero susceptible de contentar a los presuntuosos geómetras machos y hembras que poblaban los salones bajo el último Rey y que no han desaparecido aún todos actualmente.

Los que, al leer las presentes *Memorias*, se remitan al libro de *Las relaciones peligrosas*, tendrán ocasión de comprobar sus numerosas mentiras. Yo quiero, desde luego, señalar algunas que me parecen demostrativas de los procedimientos del autor.

A creerlo (1), la señora de Merteuil (2) perdió todo encanto por efecto de una enfermedad. Esto es una pura invención, cuya causa se adivina. Agregando la hipocresía a la invención, el autor quiso dar a ese libro, todo él lleno de obscenidades, un aire de virtud. Juzgó conveniente que la señora de Merteuil fuese castigada en su persona lo mismo que en sus bienes, y no tuvo que hacer más que un pequeño gasto de tinta para lograrlo. La verdad, sin embargo, es que esa señora, si bien privada de sus bienes por pleito, siguió siendo encantadora y hubo de conseguir un buen establecimiento, tanto que, como se verá, no habría recibido jamás, sin duda, el castigo que merecía, si yo no hubiera intervenido en el asunto con mis pobres medios de mujer, los cuales son menos

(1) Carta CLXXV (C.).

(2) Conservo los nombres imaginados por el autor, sin intentar descubrir los nombres reales, y mucho menos el mío.

seguros, pero más activos, que los de un hombre de pluma.

Otra mentira: Cecilia—digamos yo misma—manifestó la intención de tomar el hábito (1) ¡La misma hipocresía y las mismas causas! Para realzar la virtud del libro hacía falta que Cecilia ofreciera toda su vida a Dios, en penitencia de una falta de la que, según el mismo libro, no era responsable. Puedo asegurar que jamás surgió en mí semejante idea. Jamás pensé en pronunciar los votos; sabía que no podría mantenerlos.

Aún otra mentira más sensible tal vez para mí: Cecilia confiesa a su director espiritual el amor que sentía por Danceny (2). Esta pobre invención muestra la ignorancia del autor respecto a los hábitos de las jóvenes pensionistas. Cuando una de estas se confiesa, en efecto, se guarda mucho de hacer otra cosa que responder a un cuestionario (que se sabe de memoria), en el que están enunciados todos los pecados de los que puede tener que acusarse. Encontrar amable a un caballero joven no entra en el número de esos pecados. ¿Por qué había de inventar una cuestión que no se le planteaba? Yo no tuve jamás tales invenciones; y creo que entre mis compañeras, solamente las devotas y las desequilibradas podían, al cumplir el deber de la confesión, hacerse culpables de un ex-

(1) Carta CLXXII (C.).

(2) Carta LI (C.).

ceso de celo. Ahora bien, yo no era desequilibrada ni devota.

¿Por qué el autor me atribuye tal acto? Se adivina la razón: Los personajes de su novela debían tener, como ya he dicho, figuras de peles: unos peles de vicio, los otros de virtud. Yo era de los segundos; y para tener excusa de mis faltas era preciso que fuese también pelele de tontería. Todo en mí debía ser tonto: ideas, palabras y gestos; y nada más estúpido podía serme imputado que esa confesión.

No se me tache de mala fe ni de severidad. He de reconocer que al inventar así, el autor tiene una excusa: pero esta excusa es de tal índole, que yo soy la única persona que puede otorgarle el beneficio de ella.

Yo conocí a ese autor; se llamaba el señor de Laclos. Lo vi varias veces después de mi salida del convento y adiviné muy pronto—más tarde tuve la confirmación—que tenía ciertos deberes de reconocimiento para con mi madre. Así, cuando, después de haberse apoderado, por medios que ignoro, de la correspondencia con que había de hacer su libro, cometió la mala acción de publicarlo, estando aún frescas (1) las aventuras que refería, tuvo al menos la generosidad de dar a su amiga

(1) De un cómputo de las "Memorias" y "Las relaciones" se puede deducir que Valmont murió el 7 de diciembre de 1780. "Las relaciones" aparecieron en 1782.

la figura de una madre tierna, virtuosa, desgraciada y desesperada, a la par que a la hija la figura de víctima, lo que lo obligó a presentarla como una imbécil.

Declaro que es contra esa leyenda de mi imbecilidad contra la que protesto principalmente, y que para destruirla escribo esto. No es que yo llegue a pretender no haber sido engañada. La Merteuil y Valmont tenían una habilidad para la intriga de la que yo era incapaz; pero es verdad también que yo no tuve nunca la inocencia y la estupidez que se me imputa; y esto es lo que quiero que se sepa.

Se me puede preguntar si no me molesto inútilmente: ¿Quién, puede decirse, se preocupa ya de *Las relaciones peligrosas*? Se dirá la verdad. Ese libro no merecía gran fortuna y fué recibido según sus méritos. El trabajo que se tomó el autor para obtener su condena, de acuerdo sin duda con algún censor venal, apenas dió resultado; y el servicio que le prestó más tarde la señorita Gerard, poniendo su genio al servicio de la ornamentación de tan pobre historia, no parece haberle atraído compradores (1). La observación que se me hace es, pues, justa; pero, si vale para hoy ¿valdrá también para mañana? Cuando se

(1) Alusión a la edición de 1796, ilustrada por Fragonard, Monnet y Mlle. Gerard. Cecilia se engaña, por lo demás, respecto a la suerte del libro de Laclos. Su éxito fué positivo, como prueban el número de las imitaciones y las bellas estampas que dibujó Lavrence.

ha asistido, como yo desde hace cuarenta años, a la continua decadencia del gusto y de las costumbres, se tiene derecho a preguntar si ese libro, hecho todo él de hipocresía y de obscenidades, no será un día dado por una obra maestra y una imagen fiel de las costumbres y los personajes de una época.

Aquellos a los que se intente engañar, sí leerán con fruto esta defensa de Cecilia.

¿Tengo, por lo demás, que hablar aquí de una defensa? ¿Saldría ganando algo Cecilia? En lugar de aparecer como una tonta, víctima en gran parte de las gentes malas y en parte menor de sus sentidos, ¿no va a resultar una muchacha inteligente y desvergonzada? Así puede ser, y acaso me sería ventajoso callarme. Mas, en fin de cuentas, prefiero correr el riesgo de esta última reputación. Al diantre los moralistas que no saben honrar más que la virtud desgraciada. Tras cuarenta años de existencia, sé demasiado que no hay en la vida mundana peor falta que la tontería.

¿Qué importa, por lo demás, lo que piense el porvenir de la virtud de Cecilia? Yo no pido que se la condene ni que se la absuelva; sólo quiero que se la conozca; y vengo a oponer a la pretendida verdad del señor Laclos, la verdad verdadera.

CAPITULO PRIMERO

MI INFANCIA.—LA MUERTE DE MI PADRE.—EL
CONVENTO.—BATILDE.—SOFÍA

Sé por las miradas y las palabras de los hombres y por la apasionada admiración de mi marido, que me hallo aún lejos de estar privada de encantos. Cuento ocho lustros de edad y no tengo todavía ni una arruga ni un cabello blanco; mi tez es clara; soy delgada y, aunque he conocido dos veces la maternidad, mis caderas son estrechas y mi pecho es como el de una joven soltera. Así, no obtendría beneficio alguno con querer engañar a las gentes respecto a mi edad. La confieso a quien me la pregunta, como a quien no me la pregunta, y especialmente a las mujeres más jóvenes que yo; no me agrada oír decirme que pongo coquetería en atribuirme más años de los que tengo. Así, se me puede creer cuando digo que vi la luz el año 1764 y que no tenía más de dieciocho años cuando el señor de Laclos publicó mis aventuras.

Mis padres no tenían más hijo que yo, que nací

a los diez años de su matrimonio. Mi padre era un hombre de gran inteligencia. Habiendo vivido mucho tiempo en la sociedad de los llamados filósofos, había conservado hasta una edad avanzada el celibato. Pero un día, prendado de las gracias de una joven, dedicada a las ciencias como él, se casó con ella. Yo supe que no hubo de congratularse de tal unión: mi madre era muy aficionada a los placeres y las reuniones; y, entre las filosofías le interesaba especialmente, según decían, la del amor, ejerciéndola preferentemente con sabios más jóvenes que su marido.

¿Soy yo realmente hija de mi padre o nací de uno de esos ejercicios? Lo ignoro. Pero sé que mi padre tuvo para mí bondades que pocos hombres tienen para los hijos de su sangre. Mientras pasaban días enteros sin que mi madre hiciera llevarme a su lado, a él lo veía todas las mañanas al levantarme. Dirigía a mis niñeras, exigiendo que fuese tan libre en mis movimientos como en mi lenguaje. Frecuentemente me llevaba en carroza a los bosques, donde, jugando y corriendo conmigo, me cogía flores y frutas. No me imponía trabajo alguno, enseñándome las cosas según las íbamos encontrando, de tal modo que a la edad de siete años, si yo no sabía leer apenas y escribía y contaba muy mal, conocía algo de las costumbres de los insectos y de los pájaros y, por tal conducto, sabía ya las palabras amor y unión.

Más que un padre, fué para mí un compañero

como pocas muchachas lo han tenido. Recibí de él pruebas de ternura tales que no había de recibir otras parecidas hasta mucho más tarde—y de un verdadero filósofo cual él—; y, si he podido en el curso de mi vida tener algunos sentimientos honrados y puros, se los debo sin duda a él.

Una mañana no lo ví al levantarme. No sentí más que sorpresa y un poco de despecho; porque los niños, por mucho que quieran a una persona, no son, hasta habérselo enseñado las circunstancias, capaces de ciertas inquietudes; y me alegré mucho cuando me envió a decir que bajara a su dormitorio.

Lo encontré acostado; un caballero, que me pareció de su misma edad, estaba al lado de su cama. Me lo presentó diciendo:

“Hija mía, me siento fatigado; acaso no pueda durante algunos meses ocuparme de ti como es mi deseo. Le he rogado a este amigo que venga a conocerte. Tiene todos los títulos para reemplazarme junto a ti. Si yo te faltó un día, será tu tutor, y confió en que le mostrarás el afecto y la confianza que merece.”

Reproduzco estas frases, que creo recordar exactamente; al escucharlas me sentí de pronto envejecida. Aunque mi padre puso una cara sonriente y entonó su lenguaje de modo que no me produjera emoción alguna, sentí un temor que fué como una revelación de la inquietud; y me dije que estaba cerca de la muerte. Se me llenaron

los ojos de lágrimas, pero tuve la fuerza precisa para contenerlas. ¿Era esto ya el efecto de esa especie de *falsedad natural*, única cualidad que me reconociera la señora de Merteuil? (1) Hice creer a mi padre que había logrado su propósito de engañarme.

De vuelta en mi cuarto, lloré sobre el pecho de mi aya. Me parecía que me eran arrebatadas toda protección y toda amistad y que perdía una gran ventura. Tuve la impresión de no ser ya una niña.

Durante varias semanas me negué a salir, escapándome de mi cuarto para ir al de mi padre, llena de rencor contra mi madre que, de pronto, solícita para con su marido, pretendía que mis maneras turbulentas lo fatigaban y me echaba de sus habitaciones.

Sin embargo, mi padre se restableció y, durante algunas otras semanas, creí cerca de renacer mi felicidad. Aguardaba el buen tiempo y la reanudación de nuestras carreras por el bosque; pero mi padre cayó de nuevo en cama y cuando llegó el buen tiempo ya no existía. Yo tenía entonces ocho años.

Cuando, después de los funerales, supe por mi aya que había el propósito de meterme en una pensión, acusé a mi madre desde luego de tal barbarie: No quiere, me decía yo, tener que cuidar de mí y no teme aprisionarme. Porque, en mi ánimo,

(1) Carta XXXVIII (E.).

pensión y convento eran la misma cosa. Mi tutor me desengañó.

Tu padre, me dijo, lo ha decidido por sí solo. Ha pensado que tu señora madre estará demasiado ocupada con sus estudios para poder velar por tu educación. El mismo eligió la casa adonde te llevo; es la más grande y la más rica que hay. Cuando vayas al parque podrás creer que recorres los bosques.

Me dijo lo que sabía de la vida que yo había de llevar; después me dió algunos consejos sobre la conducta que debía seguir. Has sido libre, me dijo, corres y hablas como te place y como se te ocurre. Esos modales no serán estimados en el convento. Procura ser reservada y tener un aire pudoroso. Me explicó lo que entendía por estas palabras que eran como nuevas para mí, aunque mi madre me las había dicho a veces. Me dió tales explicaciones, con tanta inteligencia y tanta bondad, que lo comprendí, lo creí y me propuse seguir sus consejos. Así lo hice entonces y después, y no he tenido que arrepentirme jamás.

En cuanto llegué al convento adopté el tono conveniente. Si no pude ser muy aplicada, me obligué a no ser turbulenta, a no hablar desordenadamente, a tener decencia en todo y principalmente en mis juegos. Esto, que al principio fué efecto de mi esfuerzo de voluntad, se hizo en mí una costumbre. Se me hizo muy pronto natural y fácil oír observaciones sin responder, sentarme

lentamente, alisando los pliegues de mi falda, hacer una reverencia cada vez que se me dirigía la palabra y mantener constantemente los ojos bajos. Es verdad que, si tenía tal porte ante las maestras y las celadoras, sabía también, cuando ninguna de ellas me veía, mostrarme alegre, reír y hasta tomar parte en algunas travesuras. Muchas de mis compañeras tenían, como yo, esas dos opuestas maneras de ser; y estoy segura de que a ninguna de ellas se le ocurrió nunca la idea de que yo estuviera dotada de una *falsedad natural*. Todas teníamos una especie de falsedad adquirida; reprehensible sin duda, pero bien inocente, y que no podía tener malos resultados.

¿Tuve la recompensa de mi modosidad? El convento no fué ni un día solo para mí la prisión que yo temía, y puedo decir que me sentía feliz en él. Las monjas y mis compañeras eran para mí una familia. Mi madre iba a verme dos o tres veces al año; mi tutor, todos los meses; y cuanto más lo veía, más me apegaba a él; porque él sólo sabía hablarme como mi padre lo había hecho. Por lo demás, yo no dejaba la pensión: mi tutor había recibido la orden de no hacerme salir de ella hasta que estuviera en condiciones de casarme.

¿Por qué no se prolongan semejantes infancias? La mía debía ser corta; y fué mi naturaleza quien redujo su duración.

Yo había sido una niña muy menuda; crecí rápidamente sin dejar de ser fina y grácil. Tales cre-

cimientos no tienen lugar sin fatigas; las mías fueron constantes desde mis catorce años; tuve debilidades y languideces de las que no me quejaba, porque encontraba en ellas como un placer y una suavidad perezosa. Por efecto de algún acorde misterioso se fijaba mi atención en objetos en los que no pensaba desde hacía muchos años: Recordaba ciertas enseñanzas de mi padre; escuchaba a los pájaros, los miraba; vigilaba a los insectos y, como si hubiera adivinado algo de las obras del amor, me enternecían sus rápidas cópulas.

Tenía sueños agitados y a veces insomnios. La madre cuya celda había compartido, una monja fea y vieja ante la cual guardaba más que ante todas las demás mi aire pudibundo, acababa de ser reemplazada por una monjita joven en la que yo adivinaba indulgencia y la cual me permitía cuando estábamos solas algo de charla y de juegos. Se llamaba Batilde.

Una noche en que yo no dormía, evitando que Batilde lo advirtiera, la vi revolverse en su cama, lanzar largos suspiros y quejarse. La creí enferma y salté a su lecho. La lamparilla de su mesa de noche alumbraba su rostro pálido. Le pregunté si tenía algún sufrimiento; me dirigió una mirada tan profunda y tan triste a la vez, que me llenó de temor y de lástima. Sí—me dijo, suspirando—sufro. Ven a aplacar mi sufrimiento. Me atrajo, oprimiéndome contra su carne ardorosa; y bien pronto conocí las primeras satisfacciones de los sentidos.

Después renovamos esos placeres. Mi naturaleza me empujaba a gozarlos. Batilde, acariciándome, me enseñaba los misterios del amor y la generación y, cuando yo había experimentado algún goce, como cuando se lo había dado, evocaba lo que habrían sido tales goces si se los hubiéramos debido a un hombre. Me habló de esto tan frecuentemente, que una vez le dije que ella debía de haberlo probado; lo negó al principio; pero las noches siguientes la interrogué, insistí, la acusé de mentirosa, la amenacé con negarle mis caricias y llegué a rehusárselas, hasta que al fin me confesó haber tenido un amante y luego me contó su historia.

Era una historia triste, propia para enternecer los corazones sensibles. Un hombre de pluma compondría con ella diez volúmenes; yo la contaré en pocas palabras.

Batilde estaba enamorada de un joven cirujano que correspondía a su amor, cuando sus padres la empujaron a tomar el velo para asegurar el establecimiento de un hermano suyo. Las razones que le dieron fueron de tal gravedad que hubo de consentir. Solamente pidió—como la hija de Jefté, según me dijo—tres meses de plazo, que pasó en una casa de campo cerca de la cual fué a habitar su amante, quien encontró el medio de juntarse con ella todas las noches. Se amaron así cuantas veces pudieron y, cumplido el plazo, se separaron: ella para entrar en el claustro, él para irse a América. “Tuve tres meses de dicha, decía ella.

No puedo arrepentirme de aquellos goces; pero si no los hubiera experimentado, acaso sufriría menos ahora". Tras este relato, lloramos las dos y yo procuré consolarla por los medios de que disponía.

Después de haberme hecho tal confidencia, me habló frecuentemente de su aventura, dándome nuevos detalles; y, como yo le manifestara una vez mi sorpresa porque no se hubiera hecho madre habiéndose entregado así al amor: "¡Niña!, me dijo, estrechándome contra su corazón, y me expuso los medios por los que había evitado la maternidad. Por otra parte, agregó, si mi hijo hubiera empezado a vivir en mí, su vida no habría resistido nuestras fatigas". Me explicaba qué clase de fatigas eran aquellas, y así me enseñaba la teoría del amor por medios que eran en relación con la realidad lo que las lecciones y los experimentos de un gabinete de física respecto a los fenómenos de la Naturaleza. No olvidaba por un momento que había tenido por amante un cirujano y me transmitía, mezclada con algunos placeres, su cirugía.

Siento entretener tanto al lector con estas liviandades; pero debo hacerlo para que comprenda ciertas cosas que he de darle a conocer pronto. No vaya, sin embargo, a imaginar que ocupaban entonces mi ánimo ni gran parte de mi tiempo. Les dedicaba algunos momentos por la noche; pero cuando se habían aplacado mis sentidos, no pensaba más en ellas; y, durante el día, hacía una

vida moderada de pensionista; trabajando cuando era preciso, atendiendo a las lecciones y a los oficios, y retozando castamente con mis compañeras, ninguna de las cuales parecía sospechar nada de mis secretas relaciones con Batilde. ¿Tuvieron algunas, en efecto, tal sospecha? Lo creo, aunque esto no me ha sido confirmado nunca; porque era para nosotras una ley, que respetábamos todas, aun no habiéndola formulado jamás, no interrogarnos unas a otras sobre nuestras pequeñas picardías; y, sin duda, ocurría lo mismo en todas las pensiones de jóvenes bien educadas.

Se ha hablado de modo contrario por completo, sobre todo después de la Revolución, de las costumbres y de la educación en los conventos. Unos dicen que en ellos era todo pureza; otros, que era todo vicio; y cada cual aporta testimonios en apoyo de su decir, porque las gentes no buscan jamás la verdad, sino aquella parte de la verdad que puede afirmarlas en sus prevenciones. Especialmente las gentes de pluma han pintado esas costumbres en cuadros que son totalmente de un cariz o de otro, porque, aparte sus prevenciones, tienen la flaqueza, que ya he señalado, de no representar más que fantoches integralmente corrompidos o virtuosos. Habría que decir sencillamente, a mi entender, que en las pensiones hay vicio y virtud conjuntamente, y más virtud que vicio. ¿Hay además derecho a emplear tales palabras? Más procedente es imaginar que algunas pensionistas tienen senti-

dos, que muchas no los tienen, y que, entre las primeras, unas saben cómo aplacar sus agitaciones, en tanto que las otras lo ignoran todavía, tienen curiosidad de saberlo y lo sabrán un día. Pero lo que se puede asegurar es que esas dos clases de muchachas no se mezclan apenas. Las que están instruídas y han tenido conocimiento o curiosidad de la física del amor se reconocen entre ellas en no sé qué: en la mirada, en la actitud, en la manera de sonrojarse, en ciertos gestos o ciertas palabras; pero en lugar de estimar su saber y de ufanarse de él, más bien lo ocultan; y, lejos de intentar instruir a las ignorantes, guardan ante ellas una discreción no exenta de respeto, y frecuentemente suelen envidiar su virtud.

Yo puedo hablar sabiamente, juzgando por las pasiones que entonces me agitaban. Si le mostraba a Batilde una especie de afecto que tenía algo de reconocimiento, no era ella, sin embargo, quien ocupaba el primer puesto en mi corazón. Había elegido entre mis compañeras una de un año menos que yo, la que prefería a todas las demás. Esta es precisamente a la que Laclos dió el nombre de Sofía. Yo le conservaré este nombre. Era toda gracia, con sus ojos azules, que miraban al interior de los míos, su fino talle y sus largas manos. Era cariñosa, frotándose conmigo como una gata joven; su piel tenía una suavidad exquisita; parecía próxima al espasmo cuando yo la besaba; y puedo decir, sin embargo, que cuando cambiábamos

estos testimonios de amistad, jamás se me ocurrió la idea de que pudiéramos darnos otros; porque, más que su cuerpo, yo amaba de todo corazón su alma casta y tierna. No sentía al amarla así que en mi alma hubiera hipocresía alguna. Sofía representaba para mí lo que yo hubiera querido ser; y no quería emplear mi experiencia más que para salvaguardia de su pureza; tanto que, si alguna muchacha instruída hubiera intentado tocar a ella, creo que hubiese intentado sacarle los ojos a aquella corruptora de mi Sofía.

Cuando pasó el tiempo, observé que aquel afecto, todo de corazón, aumentaba a medida que disminuía el de mis sentidos. Batilde tenía muchas ventajas y he de confesar que jamás me resistía a ella; pero, aún antes de salir de entre sus brazos, sentía repugnancia de mí misma, pensando en Sofía. Batilde lo notó y pronto comprendí que estaba celosa. Temblaba a la idea de perderme; me reprochaba todas las amistades que yo tenía y, por anticipado, las que pudiera tener. Cuando aparecieron en mí los primeros signos de la nubilidad, sus celos se hicieron insoportables. Vas a irte, me decía. Conocerás los goces del amor con un hombre; mis caricias no serán en tu recuerdo más que como juegos de niño; y, pronto, hasta el recuerdo morirá. Repetía frecuentemente esta lamentación; yo no le respondía, no sintiéndome en modo alguno compasiva, sino, por el contrario, cruel, como debe ser una mujer con un amante del que se can-

só. Batilde poseía aún algo de mi carne; pero nada de mi corazón le pertenecía, y esperaba con impaciencia separarme de ella, dejando la pensión.

La hora de tal separación se acercaba. La única tristeza que yo experimentaba era el pensar que había de alejarme de Sofía. Pero un año más tarde ella dejaría, sin duda, el convento y volveríamos a encontrarnos. Hasta entonces estaría en correspondencia con ella; y le prometí informarla de la vida del gran mundo y de los misterios del amor y del matrimonio, según me pidió en su inocencia.

CAPITULO II

DEJO EL CONVENTO.—MI TUTOR.—EL SALÓN DE
MI MADRE.—EL SEÑOR DE LACLOS.—LA SEÑORA
DE MERTEUIL.—DANCENY.—A M O R C O N T R A -
RIADO.

A fines de julio me enteré por mi tutor de que mi período de pensión había terminado. Ya he dicho cómo, muy niña, había tomado afecto a aquel hombre honrado y encantador. Me había comportado naturalmente con él lo mismo que con mi padre, habiéndolo forzado casi por mi confianza a ser familiar conmigo, a tutearme, a besarme y a acariciarme como lo hubiera hecho con su propia hija. Llegada la edad de la razón, adivinando su intención de ser más reservado, le rogué que no cambiara nada de sus maneras, de suerte que yo viera siempre en él un padre, y el más tierno, que pudiera decirle todos mis pensamientos y, si me conmovían sus halagos, que me conmovieran también sus reprensiones cuando creyera que debía re-

prenderme. Fué él mismo a buscarme al convento y me llevó a comer a su hermosa casa, donde hallé la comida más delicada; luego, habiéndose acomodado en una butaca, me senté en sus rodillas como acostumbrábamos a hacer cuando estábamos solos, aunque yo tuviera quince años y una talla superior a esa edad, y me pidió que le escuchara algunas advertencias sobre la conducta que había de seguir en la sociedad.

No he cesado, me dijo, de admirar cómo aprovechaste mis primeros consejos para conquistar la estimación de las personas a las que fuiste confiada. No creo que puedas ahora dar libertad a tu naturaleza. Si el convento exige cohibiciones, el mundo requiere todavía más; y acaso más de ti que de cualquier otra persona, porque, además de que eres encantadora, como lo sabes, eres también muy rica. Tu fortuna, depositada en mis manos, te asegura sesenta mil libras de renta; y, si es verdad que no puedes disponer de ellas sin mi consentimiento, he de pensar que pronto no estaré yo aquí para concedértelo o negártelo. Sé prudente y desconfiada. Desconfía de los hombres; desconfía de los jóvenes y, a la par, desconfía de las mujeres que pudieran seducirte en favor de algún caballero que les interesara. Sé callada; sé tranquila en tu porte y guárdate de perder el aire de pudor que tenías en la pensión, que te sienta muy bien y que, frecuentemente, es para una joven la mejor defensa contra los ataques. Una vez casada,

serás más libre; y, por otra parte, será entonces tu esposo quien te aconsejará. Yo sé quién es el que tu madre te destina: el conde de Gercourt; tiene veinte años más que tú; tiene experiencia; es gentilhombre, bravo y dueño de una fortuna más considerable que la tuya; posee todas las condiciones para hacerte feliz.

Tales consejos que, por otra parte, yo debía seguir tan mal o tan torpemente, me sorprendieron; y las últimas frases me apenaron. ¡Cuando, desde muchos años atrás, yo soñaba con las gracias de un amante joven y apasionado, como cierto cirujano cuyos méritos me habían sido descritos tan frecuentemente, era destinada a un viejo! (Supe no mostrar nada de mi decepción, no queriendo dejar a mi tutor adivinar que yo tenía ya alguna idea del amor; y, fingiendo no tomar en cuenta lo que me decía del señor de Gercourt, le dí las gracias afectuosamente por sus advertencias, diciéndole que contaba con obtenerlas de él frecuentemente: ¡Ay!, me dijo, ¿cuándo podré dártelas? No me verás en casa de tu madre porque mi persona le desagrada y mis visitas le serían importunas. Cuida de no referirle mis consejos ni de reclamar mi presencia. Sin embargo, si algún día crees que puedo serte útil, házmelo saber y hablaremos como ahora. Me dijo estas palabras con tristeza. Me estreché contra él y nos abrazamos largamente; después de esto fuí conducida a casa de mi madre.

Los que juzguen mis ideas de entonces por las primeras cartas (1) que, según Laclos, dirigí a Sofía, formarán un concepto muy inexacto de mí. No es que Laclos inventase esas cartas, porque es posible que fueran escritas por mí, y que yo imaginara, por ejemplo, todo un cuento en torno a la visita de un zapatero; pero de ahí no resulta que signifiquen nada. Se sabe qué sentimientos me impulsaban a extenderme en charlas ingenuas con mi querida y pura amiga. ¿Que se me acuse de hipocresía? Lo consiento. Esa palabra que condena no tiene aquí otro sentido que el honorable del pudor; y yo no era hipócrita sino a la manera de una mujer que tapa sus desnudeces cuando se va a verla en su tocador. Yo no podía mostrarle a Sofía mis pensamientos desnudos. Por lo demás, he de confesar que sólo le escribía por habérselo prometido; entonces ya no ocupaba ella mi corazón: tan cierto es que las más caras amistades tienen momentos de eclipse.

En realidad, desde mi llegada, acogida muy friamente por mi madre y puesta en manos de una vieja aya, me había sentido triste y sola. Muy decepcionada, pensando en los consejos que acababa de oír y en el viejo esposo que se me destinaba, veía ante mí una existencia de constricción entre gentes que no tendrían en cuenta ni mi naturaleza ni mis sentimientos; y, antes de haber conocido el

(1) Cartas I, III y VII.

mundo, ya me inspiraba repugnancia. Tales reflexiones agitan lo peor que hay en el corazón de una muchacha. Yo estaba lejos de evocar nada bueno ni virtuoso. Una vez acostada, no iban mis pensamientos hacia Sofía, sino hacia Batilde, y sentía impaciencias, lamentando que no hubiera a mi lado nadie que pudiera calmarlas; recordando ciertos placeres, imaginaba otros y me decía que el disimulo que se me había recomendado me serviría al menos para buscarlos.

Al día siguiente estaba aún estremecida por los tormentos de aquella noche, cuando, cuidadosamente peinada y vestida con un traje nuevo que apenas había mirado, fuí avisada por mi madre para que bajara a reunirme con ella en el salón. La concurrencia me pareció numerosa. No podría recordar lo que se me dijo ni lo que hube de responder: debí, en efecto, de parecer tonta y no me tranquilicé hasta que me hube sentado un tanto apartada de los concurrentes y pude mirarlos a través de mis pestañas bajas. Me costaría también gran trabajo recordar las observaciones que hice aquel día y no puedo más que referir desordenadamente algo de lo que me preocupaba durante aquellas reuniones casi diarias, a las que mi madre me hacía asistir.

Mi madre, ya lo he dicho, tenía el prurito de la filosofía: le gustaba recibir hombres de pluma, unos ya gloriosos por algunas obras, otros que hablaban con énfasis o misterio de las que prepara-

ban. Entre estos últimos estaba el señor de Laclos. Era un hombre grave, que hablaba poco, pero no decía nada a lo que no pareciera dar gran importancia, muy ameno a condición de que se le escuchara y, por lo demás, amable para los visitantes, pero desgarrándolos frecuentemente con una frase cruel en cuanto salían. Me pareció viejo; y, cuando supe que tenía por lo menos veinte años más que yo, imaginé que el marido, ausente entonces, que se me destinaba era en todo semejante a él y tomé horror a tal esposo.

No citaré más nombre que el del señor de Laclos. Los demás no eran apenas sino *futuros* poetas, *futuros* sabios, cuyas obras son todavía *futuras*, aunque la generalidad de sus autores ya haya desaparecido. Cuanto a las señoras, no merecen ser señaladas y no habré de hablar sino de una de ellas.

Aunque yo estaba callada y parecía escuchar, la filosofía me interesaba muy poco y sólo me dominaba una curiosidad. Preocupada por completo del amor, en lo que esta palabra evoca de placer y de unión entre personas de sexo diferente, estaba persuadida de que una mujer no podía vivir en el mundo sin tener un amante y que cada cual de las que veía tenía el suyo entre los visitantes. Buscaba cual podía ser y no descansaba hasta haberlo descubierto. Sin duda, llegué así a suponer acuerdos y cambios de caricias entre personas que tal vez se odiaran;

sin embargo, creo que no me engañé en todos los casos; por lo demás, me importaba poco, porque nada podía convencerme de error. Obligada a oír conversaciones insípidas, tal búsqueda era mi única distracción; me complacía en unir en mi pensamiento dos personas, hombre y mujer, en una pareja amorosa, y cuando ambas eran jóvenes y agraciadas saboreaba, una vez sola, cierta voluptuosidad en representarme sus placeres. Llegué en mi existencia solitaria a tal grado de perversión, que no tuve reparo en preguntarme quién era o había sido el amante de mi madre; y por ciertas miradas y ciertas palabras cambiadas en voz baja y como en complicidad, colegí que no podía ser más que el señor de Laclos. Ya se verá que debía ser confirmada pronto tal idea.

Una persona persistió durante mucho tiempo en ser misteriosa para mí, y fué precisamente la señora de Merteuil. Era sin duda la más graciosa, la más sencilla y la que hablaba mejor de las damas que yo veía; por otra parte, al contrario de las otras, me mostraba amistad; pero recibía con un humor tan igual los homenajes de todos los hombres, respondiendo con la misma jovialidad a todos, que no se podía pensar que prefiriera a alguno de ellos.

La primera vez que Danceny apareció ante mí, llegó en compañía de ella y yo creí descubrir en él desde luego el amante que buscaba. Al punto sentí una impresión de pesar y como de celos; porque

es muy verdad que las pasiones destinadas a una larga duración tienen con frecuencia un nacimiento súbito. Al recordar cuál era aquel día el semblante de Danceny, no veo que tuviera más gracia que los demás jóvenes que lo rodeaban, y, sin embargo, lo juzgué a primera vista más amable y bravo que ninguno de ellos. Como la generalidad, era un hombre de pluma; pero me pareció que hablaba de sus obras con una modestia merecedora de que yo le perdonase su profesión, lo que hice inmediatamente en mi fuero interno, sin trabajo alguno, esperando complacerme un día en escuchar sus versos cuando me dijo que yo intervenía en su inspiración. En suma, no lo vi al lado de la señora de Merteuil sin sentir animosidad contra ella por tener sujeto en sus cadenas a un joven por quien yo hubiera querido ser amada.

No obstante, aquel primer día, tuve en el acto el presentimiento de que mi deseo podría realizarse fácilmente y de que la misma simpatía que me impulsaba hacia Danceny le atraía a él igualmente hacia mí. Se separó de la señora de Merteuil para serme presentado; luego, sin apartarse de mí, me dirigió las frases más graciosas, con miradas que me penetraron y conmovieron como jamás lo hicieran las de ningún otro hombre. Se supondrá sin esfuerzo que en aquellos instantes yo no pensé en los consejos de desconfianza que me habían sido dados.

No quiero referir aquí extensamente aquel pri-

mer período de mi amor por Danceny. Se puede seguir el curso detallado de él en *Las relaciones peligrosas*, y, aparte algunas reservas que ya he indicado, tener tal obra por conforme con la realidad. Durante algunas semanas, tal amor hizo de mí otra persona. Me sentía a la vez tranquila y como castamente ardorosa. Perdía el recuerdo de las lecciones de Batilde e iba hacia mi amante con el mismo corazón que había dedicado a Sofía; y fué tal la confusión que establecí entre ambos afectos que no pude menos de comunicar a aquella amiga la felicidad y la esperanza que me henchían.

Acabo de releer las cartas de aquella época, al menos cual fueron publicadas por el señor de Laclos. ¿Son realmente las mismas que yo escribí? No lo puedo asegurar. Si hay en ellas cambios y hasta invenciones (como la del escrúpulo de que me acusé a mi confesor), el tono me parece, sin embargo, el que yo debía de tener. No ignoro que al reconocerlo así me hago poco favor a los ojos de mis lectores. ¿Cómo, dirán, esa Cecilia de los ojos bajos, tan avisada y disimulada a la vez, pudo escribir confidencias tan ingenuas? Las escribió, sin embargo; tal fué en ella el efecto del primer amor. No podía, en verdad, al escribir a su Sofía, mostrarse distinta de como tal amiga la había visto siempre; pero, si se hubiera dirigido a otra, no habría, sin duda, escrito de otro modo. Toda joven susceptible de amar como yo amaba entonces, me comprenderá. Yo era ingenua y hacía

algo más que parecerlo, sencillamente porque amaba así y porque quería imaginar que, en comunión con aquel amor mío, todo era sencillo, bueno e ingenuo a mi alrededor. Quería creer en la ternura de mi madre, por fría que fuera; sentía un afecto sin límites por la señora de Merteuil, amándola tanto más por cuanto antes había visto una rival en ella, interrogándola sobre mi amante y abriéndole de par en par mi corazón; estaba, en fin, cerca de no desconfiar ya del mundo y de burlarme de las lecciones de mi tutor.

Puede decirse, sin embargo, que yo tenía conocimientos peligrosos y llevaba algo de vicio en mí; no lo he de negar después de haberlo confesado; pero sépase bien que tal vicio tiene poca fuerza sobre una joven, una vez que ésta le tomó repugnancia, si no es puesta en el caso de complacerse en él de nuevo; y yo puedo asegurar que en aquella época no cedía a él ni con el pensamiento. Yo tenía quince años; nada de lo que había hecho hasta entonces podía haber dejado huella en mi corazón; estaba muy cerca de mi edad de niña; y, por la gracia de aquel amor, tenía como una renovación de inocencia. ¡Ah, si mi madre hubiera comprendido qué sentimientos me agitaban! ¡Si hubiera tenido esa ternura maternal que induce a una hija a confiarse a su madre más íntimamente que lo haría a un sacerdote! Si hubiese permitido entonces que yo me casara con Danceny, yo hubiera sido una esposa virtuosa y

contenta (1), ningún remordimiento vendría a enturbiar mis recuerdos, y el señor de Laclos hubiera ido a otra parte a robar las piezas de una novela.

Mi madre ¡ay! hizo lo contrario. No conoció en momento alguno mis sentimientos porque, aunque quería pensar en ellos, no se preocupaba bastante de mí para descubrirlos, aun habiéndose mostrado claramente a todos los ojos menos a los suyos. En ningún momento atrajo mis confidencias, y cuando, por la traición de la señora de Merteuil (según he sabido por *Las relaciones peligrosas*) tuvo la revelación de nuestro amor y nuestra correspondencia, no se le ocurrió más que prohibirme las relaciones con Danceny, y declaró que mi amante no sería ya recibido en su salón. Habló de apresurar mi matrimonio con el señor de Gercourt, diciendo que yo debía darle las gracias por asegurarme tan buena boda; y yo vi que se vanagloriaba de ello. No tuvo ni ternura ni piedad; fué severa de un modo indecible, que el señor Laclos no deja imaginar, ya porque no quiera, ya porque ignorase tal severidad; porque mi madre era también hipócrita, hasta el punto de ocultar su naturaleza a todos, hasta a su amante. Comprendí que el afecto que había presumido en

(1) El señor Laclos imaginó que Danceny era caballero de Malta. Pura invención, nacida sin duda del prurito de excusar a mi madre por no habérmelo dado por esposo. Se verá que Danceny se casó muy poco después.

ella no existía más que en mi imaginación y que ni ternezas, ni llantos, ni súplicas, podrían vencerla; reprimí mi pena y aparenté someterme.

Escribí entonces a mi tutor reclamando su auxilio. Envió a buscarme inmediatamente, pero no obtuve de él más que una decepción y la única pena que le debí. Cuando supo que iba a hablarle de un amor contrariado mostró desconfianza, y cuando oyó el nombre de Danceny, su mirar se hizo severo; después de lo cual se esforzó en reirse de lo que él llamaba una pasión de chiquilla. Mis caricias lo enternecieron, pero no se le ocurrió entonces más que hablarme razonablemente y repetir las conversaciones que había oído, según las cuales Danceny era pobre y podía no aspirar más que a mi fortuna. Habló dulcemente, cuidando de no herirme; mas su conclusión fué que jamás me ayudaría en un proyecto que no podía aprobar. Con toda la amistad que me mostró, me sentí abandonada; y, como a la edad que yo tenía se está siempre al borde de la ingratitud, olvidé en cuanto se mostró contrario a mi amor todas las bondades que había tenido para mí; sentí tanto más rencor cuanto más había confiado en su ayuda y me propuse no dirigirme más a él, lo que fué ciertamente un error.

La desesperación consiguiente, a la que dejé estallar en cuanto estuve sola en mi cuarto, debía tener los más graves efectos en mi vida. Todo el anhelo de virtud que había sentido crecer en mí,

como ligado a mi pasión, cayó de pronto. Durante muchas semanas no había tenido más que pensamientos castos; pero, si es cierto que la esperanza induce a la pureza, no lo es menos que la privación de esperanzas aparta de ella. Experimenté durante los insomnios que conocí de nuevo, quemaduras de la carne y malestares, en medio de los cuales, las imágenes de Sofía y aun de Dancey desaparecían para dejar lugar a otros recuerdos. Los goces del corazón, me decía, me han sido vedados; no me queda más que disfrutar los de los sentidos: e invocaba tales goces como se invoca una embriaguez, para obtener a la par placer, reposo y olvido. No sospechaba que en aquellos mismos momentos una mujer pérfida se ocupaba de poner en mi camino a quien había de dárme los.

De éste no sabía aún más que el nombre; si este nombre se me había quedado en la memoria, lo debía a la curiosidad de que ya he hablado, de la que ni aun mi amor me había curado por completo. No sabía qué amante adjudicar a la señora de Merteuil y creí conocerlo cuando oí hablar del señor de Valmont. Mi madre había interrogado a la señora de Merteuil sobre este caballero; la respuesta fué sencilla, pero yo creí advertir en ella no sé qué reserva y como algo de misterio.

Cuando aquella dama hubo dejado el salón, se habló nuevamente del señor de Valmont; se mostró alguna severidad respecto a él, cosa, por lo demás,

habitual cuando se hablaba de los ausentes, y oí al señor de Laclos tratarlo de *Maquiavelo de lupanar* (una frase que retuve y que comprendí mucho después), y en aquel momento mi madre me ordenó volver a mi cuarto, como hacía frecuentemente, para evitar sin duda que oyera ciertas conversaciones. Al día siguiente interrogué a Danceny: al contrario que el señor de Laclos, habló muy honrosamente del señor de Valmont, lo que me hizo pensar que aquel desconocido inspiraba celos a todos los demás hombres, menos a mi amante, sin duda por que gozaba los favores de la señora de Merteuil.

Mis relaciones con esta dama, ya muy amistosas cuando yo vivía en plena esperanza, se hicieron más íntimas cuando fuí privada de ver a Danceny. La veía interesada por mi amor y dispuesta a protegerlo. Le tenía gratitud y adhesión; jamás, sin embargo, tuve por ella una amistad toda de corazón como la que profesaba a Sofía. Si me es permitido expresar así mis sentimientos, diré que la amaba como hubiera amado a Batilde, si ésta hubiera sido una gran señora. No sé lo que en ella me recordaba a esta amiga de mis sentidos: Era dulce y acariciadora y, sentándome sobre sus rodillas, se complacía, mientras me hablaba, en besarme y estrecharme contra su pecho. A veces yo me sorprendía al ver aquella ternura ardiente, de que no me invitara a ciertos placeres; como no lo hacía, yo me guardaba de proponérselos, tanto por

no revelarle lo que sabía, cuanto porque pensaba que una mujer, cuando puede tener un amante, desprecia lo que Batilde llamaba juegos de chiquillas; pero no podía menos de sentirlo, porque me parecía que sus caricias, además de satisfacerme, habían adormecido algo mi pena y facilitado mi sueño por las noches.

Muchas veces la interrogué sobre Valmont, esperando oírle alguna palabra que fuese una confesión. “Es un hombre peligroso”, me decía. Yo le pedí la explicación de tales palabras: “Pocas mujeres, prosiguió, pueden resistírsele si él decide hacerse amar”. Yo le respondí: “¿Amará él a la mujer que le tenga amor?”. Ella replicó: “Eso es otra cuestión; y si se le planteara a él mismo, le costaría trabajo decir nada”. Yo había preguntado en un tono de perfecta inocencia. La señora de Merteuil sonreía, convencida, estoy segura, de que yo no entendía su respuesta; y la verdad es que, si comprendía algo, la totalidad no era clara para mí. Adivinaba un secreto en las relaciones de la señora de Merteuil y de Valmont; pero me preocupaba sobre todo el secreto de aquel hombre capaz de hacerse amar e incapaz a la par, si no de amar él, al menos de saber si amaba. Pensé frecuentemente en ello; frecuentemente pregunté; reflexioné sobre el amor como no lo había hecho aún, concibiendo, al lado de las pasiones como la que me había impelido hacia Danceny, pasiones fuertes, nacidas en un corazón virgen, otros amo-

res menos honestos y menos dulces, pero también menos serios, con la fantasía de las cosas pasajeras y a veces con alegría de juegos. Me decía que un Valmont podía experimentar y compartir esos amores; y, como imaginaba que el corazón no tomaba gran parte en ellos, presumía las manifestaciones de los mismos que es fácil suponer; tanto que, por tal giro de mis ideas, sin dejar de amar a Danceny con toda mi alma, tuve pronto ocupado el pensamiento por otro hombre al que no conocía. Estaba aún entonces plenamente confiada en la señora de Merteuil y entraba por mí misma en la vía por la que su hipócrita maldad quería empujarme; así, he de confesar que fui engañada como una tonta; pero, con todo, hay que reconocer que no tuve la clase de tontería que el señor de Laclos me imputa y que, lejos de haber carecido de inteligencia, pequé más bien de tener demasiada.

CAPITULO III

LA SEÑORA DE ROSEMONDE.—LA PRESIDENTA DE
TOURVEL.—VALMONT.—PRINCIPIO DE MIS AMO-
RES CON ÉL.

Yo llevaba la vida más triste, frecuentemente reprendida por mi madre, por mi aire de abatimiento y mis ojos enrojecidos, constantemente agitada en mis raros momentos de sueño y sola todo el día con mis turbaciones y mis inquietudes, si no podía distraerme con la señora de Merteuil. Sufría por no ver a Danceny, del que esperaba cartas sin saber por qué conducto me serían remitidas; y sentía, sin embargo, como un cambio en el amor que le tenía. Dudaba en algunos instantes de su afecto, reprochándole haber aceptado con demasiada facilidad la prohibición que se le había hecho de buscarme y no intentar alguna acción audaz para verme. Me recriminaba estas ideas, pero no podía dejar de tenerlas; y todos mis esfuerzos se limitaban a no revelárselas a mi amante y a

continuar escribiéndole sólo en forma ingenua, evitando toda frase que lo pudiera apenar.

Un día me hizo saber mi madre que me llevaría dentro de poco al campo, a casa de la señora de Rosemonde, y supe por una carta de Danceny que allí encontraría a Valmont, el cual sabía todo lo concerniente a nuestro amor e intervendría en nuestra correspondencia. Naturalmente, comparé la habilidad de aquel amigo con la sumisión de mi amante. En esto era muy injusta; pero una contrariedad del corazón ¿no induce a la injusticia? Recuerdo que no acogí bien tal noticia, que hubiera debido alegrarme, y escribí a Danceny que temía la intromisión de Valmont. Me arrepentí pronto, por otra parte, porque me inspiraba tal curiosidad aquel desconocido, que habría experimentado un vivo enojo si Danceny me hubiera cogido la palabra, quitándome la ocasión de conocerlo.

Pensaba tanto en aquel encuentro que fuí decepcionada cuando llegamos a casa de la señora de Rosemonde, por no encontrar más huésped en ella que la Presidenta de Tourvel. La dueña de la casa me agradó desde el primer momento; era una gran señora, de extremada bondad (1). La señora de Tourvel, por el contrario, me desagradó: bajita y menuda, con el aire de un ratón enfermo, se de-

(1) Murió al año siguiente de estos acontecimientos. Ella jamás habría entregado a Laelos cartas que le hubieran sido confiadas. Sólo los herederos podían cometer tan vil acción.

cía siempre cansada, sin dejar su sillón más que para ir a una butaca, sin hablar sino de virtud, y sin cesar de gemir por la ausencia de su Presidente; me trató como a una chiquilla estúpida; yo la juzgué hipócrita y me sorprendió que mi madre le mostrara afecto.

Permanecí en el salón, entre las tres damas, sin hablar, por más esfuerzos que hizo la señora de Rosemonde para inducirme a charlar, porque inmediatamente nos interrumpía mi madre para hablarnos de sí misma. Yo fingía trabajar en un bordado y, de hecho, no pensaba más que en Valmont, impaciente por verlo, y sin atreverme a preguntar si se le esperaba. Cuando a la noche comprendí que no llegaría, eché de menos mi triste vida de París; porque allí mi madre me ordenaba volver a mi cuarto, donde podía pensar a mis anchas; en tanto que me veía obligada en aquella casa de campo a escuchar las conversaciones más insípidas.

Después de habernos despedido para ir a acostarnos, mi madre me dirigió un severo discurso. Me dijo que muchas jóvenes se creían autorizadas, por estar en el campo, para permitirse, con la apariencia de expansiones, libertades poco correctas; que ella no me permitiría proceder así y que no debía esperar verme un sólo momento libre de su vigilancia. Se mostró muy descontenta de la forma en que la señora de Rosemonde había dispuesto nuestro alojamiento: nuestras dos alcobas tenían las puertas en el mismo corredor, pero el gabinete

que las separaba sólo tenía comunicación con la alcoba de mi madre. Yo me alegré de esto al principio, pensando que al menos por la noche tendría alguna independencia; pero reconocí pronto que no ganaría nada con estar sola, porque mi madre, luego de llevarme a su dormitorio, cerró la puerta por fuera, llevándose la llave; así, toda salida me era vedada, por cualquier motivo que fuese, y mi misma doncella no podía entrar en mi alcoba sino con el consentimiento de mi madre. De ese modo fuí encerrada todas las noches; sabía que con muchas jóvenes se hacía lo mismo; pero fuí mortificada como si yo hubiera sido la única en sufrir tal aprisionamiento.

Lloré de cólera en mi cama; y en mi fuero interno reproché, más que lo había hecho hasta entonces, a Danceny, el abandonarme en tal situación, la que yo no imaginaba que podía suavizarse más que por la llegada de Valmont. El día y la noche siguientes fueron de igual pesadumbre para mí; me sentía abandonada por completo, echando muy de menos lo que me faltaba, tanto la pura amistad de Sofía y el amor de Danceny como el celoso afecto de Batilde.

Al tercer día, cuando estábamos en el salón, se presentó Valmont al fin. Ya ha relatado él el curso de aquella primera entrevista (1) y nada tengo que añadir a su relato. ¿Manifesté, como él dice, una

(1) Carta LXXVI (C.).

complacencia azorada? Lo cierto es que ni lo miré; y mis ojos bajos sólo contemplaron sus manos que, sin saber por qué, me hicieron pensar en las manos diestras de Batilde. Oí su voz que, lejos de ser dulce, tenía dureza, sorna y profundidad; cuando al fin alcé los ojos, me sorprendió no encontrar un caballero guapo: porque era pequeño; pero, así y todo, tenía un aire de autoridad que imponía.

Movida siempre por la misma curiosidad, advertí pronto que la hipócrita Presidenta se derretía por él. No se le mostraba muy amable, porque sabía engañar a la gente, pero cuando creía no ser vista no apartaba de él las miradas. El objeto de su ardor me pareció, por lo demás, harto indiferente al llamamiento de sus ojillos de ratón; y no ocultaré que por ello sentí contento y que habría tenido una gran decepción, si hubiera tenido que reconocer que Valmont sentía amor por alguna mujer, y especialmente por aquélla.

La velada fué muy distinta de las precedentes; hasta tuvo una animación que me pareció, sin comprender bien la causa, el efecto de una comedia de la Presidenta (1). Después de la comida, estando yo sentada en uno de los rincones del salón, cayó una carta sobre mis rodillas; y, si me

(1) La explicación es dada en "Las relaciones peligrosas" (Carta LXXVI). Ignoro lo que ha de creerse de ella y no me importa porque quiero referir las cosas cual se me aparecieron, sin preocuparme de las relaciones y las invenciones del señor de Laelos.

emocioné pensando que aquella carta me era enviada por Danceny, sentí también un ligero estremecimiento al ver la mirada del amigo que había realizado aquel acto de audacia.

Cuando recuerdo los acontecimientos que siguieron y que quiero referir con franqueza, no puedo menos de pensar en la fragilidad de las mujeres y en el imperio que tienen sobre nosotras las emociones de los sentidos; y si tuviera el prurito de la filosofía como mi madre, hallaría aquí ocasión para un largo discurso. Pero el lector no encontraría en él nada que no hubiera oído mil veces con acompañamiento de afectadas frases, de suspiros y de exclamaciones; así, pues, pondré inmediato dique a esas reflexiones de pedante. Indicaré, sin embargo, una menos trillada tal vez, y es que una muchacha de quince años, aun tan avisada como yo entonces, no puede conocer el verdadero amor; porque no tiene, a mi parecer, más que una emoción que da sentido a una palabra frecuentemente escuchada y repetida, que le es dulce pronunciar, pero sin que imagine todos los goces y todas las exigencias que implica. A esa edad, amar es estar cerca de un amante, hablarle, aceptar su cortejo, recibir una carta, acaso un beso; es halagarse con la esperanza de ligárselo para toda la vida; es en muchas jóvenes esperar dominarlo y no entregarse todavía a él. El amor que yo le tenía a Danceny y del que debía de conocer más tarde toda la fuerza, no era entonces más que eso.

No miento al decir que lo amaba con un sentimiento puro; no experimentaba ni ardores violentos ni celos apasionados; no imaginaba, para unirme a él, ni dejar la casa de mi madre, ni sacrificar todo pudor, ni arriesgar la reprobación de la gente; y ni aún puedo asegurar que, sabiendo lo que esta palabra significaba, pensase en pertenecerle. El saber que había adquirido en el convento, más que ilustrarme acerca del amor, parecía haberme deformado su imagen. Había seguido harto frecuentemente la repugnancia a los placeres que yo daba a mis sentidos, y me repugnaba asociar la idea de tales placeres a la del amor. Lo que éste poseía de mi corazón era como ajeno a lo que interesaba a mi carne. Del mismo modo que habría creído manchar mi amistad por Sofía si me hubiera conducido con esta amiga como lo hacía con otra, me guardaba al pensar en Danceny de evocar las voluptuosidades que tendríamos juntos. Y me creía más pura y fielmente enamorada no ofreciéndole ni guardándole más que mi corazón. En suma, amaba como una chiquilla ignorante y un poco depravada a la vez; como una niña, amaba idealmente, sin pasión y sin ir al amor con toda mi persona; y, por el hecho de mi depravación, no imaginaba más infidelidad que la de los sentimientos y no habría creído traicionar a Danceny entregándome a las caricias de cualquier Batilde. Yo no amaba en modo alguno como mujer, por no saber todavía, ni adivinar tampoco, cómo

los goces de los sentidos se mezclan íntimamente al amor que se lleva en el alma y no se separan de él. No debía tener la revelación de éstos sino demasiado tarde, cuando hubiera llegado a su colmo el mal que empezó a prepararse aquella noche.

Una vez sola, encerrada en mi cuarto, abrí apresuradamente la carta de Danceny (1), en la que hallé motivo de despecho; porque mi amante, quejándose de su desgracia, no parecía representarse la mía. Leí un gran elogio de Valmont, y además, acaso con demasiado interés, otra carta del mismo Valmont (2) adjunta a la primera. Esta carta, respetuosa y fina, me confirmó en la idea de que su autor era insensible; y mis pensamientos, siguiendo el curso por el que se sabe que se habían lanzado, llegaron a la conclusión de que sería una bella cosa conmovirlo y hacer su conquista, si ni la señora de Tourvel, ni acaso la señora de Merteuil, habían sido capaces de ella. Esta idea me dominó de tal modo que, durante la noche, sin que intentara desechar el recuerdo de Danceny, me dediqué a imaginar las coqueterías que podría poner en acción contra Valmont y a pensar con orgullo en la gloria del éxito. Pronto fuí perturbada hasta el punto de no pensar más que en tal victoria; y, sin duda, fué aquella noche cuando experimenté por vez primera los efectos de mi perversión. porque,

(1) Carta LXXII (C.).

(2) Carta LXXIII (C.).

como con Valmont no entraba en cuenta el sentimiento, concebía unas pruebas de su derrota que me rememoraban las lecciones de Batilde.

Si he de haber reconocido que la señora de Mer-teuil me engañó como a una tonta, puedo decir que, en cambio, Valmont y yo nos engañamos mutuamente y representamos una comedia de la que ambos fuimos víctimas. Lo veía a todas horas, ya en el salón, ya reunidos por el almuerzo o la comida. Yo permanecía muda y lo escuchaba con placer, porque contaba cosas divertidas; no hablaba de filosofía y sus mismas malignidades tenían un aire de indulgencia que no se notaba en las del señor de Laclos. A veces cambiábamos una mirada; yo comprendía al punto que quería hablarme o entregarme una carta; y, si yo hubiera puesto algo de complacencia de mi parte, hubiera podido, a pesar de la vigilancia de mi madre, oírlo un momento o recibir algo de su mano. Pero las jóvenes tienen tal contextura que, antes de leer novelas, las componen y son actrices de ellas. Yo había decidido ser coqueta y mi conquetería era sustraerme a las invitaciones mudas de Valmont, con la idea de empujarlo a cualquier empresa que me forzara a oírlo; y todas las noches soñaba con obtener un primer triunfo al día siguiente. Luego he sabido por la lectura de *Las relaciones peligrosas* que Valmont, por su parte, no deseaba lograr hablarme; así es que, cada cual por nuestro lado, íbamos hacia el mismo fin.

Durante más de una semana esperé que él hiciera algo; y viendo que nada emprendía, estaba picada y un poco mortificada por su inacción. Tenía, además, un remordimiento, porque si mis coquetterías con Valmont no daban resultado, sufría por rebote sus efectos el desdichado Danceny; por culpa mía, estaba interrumpida nuestra correspondencia. Con gran trabajo decidí aceptar mi derrota. Escribí a Danceny una carta, sin ternura y hasta sin afecto por lo demás, en la que le reprochaba sus lamentaciones y le pintaba un cuadro exagerado de mis desdichas. Resuelta en principio a hacer todo lo necesario para que aquella carta llegara a manos de mi amante, al verme luego ante Valmont, me sentí incapaz de renunciar a mi proyecto de conquista y guardé la carta en mi bolsillo. Viví dos días aún en tal impaciencia; al fin, el *hombre insensible* supo hacer tanto, que me obligó a recibir una carta (1), y al leerla, reconocí con júbilo que mis maniobras habían surtido efecto.

Con el pretexto de poder asegurar mi correspondencia con Danceny, Valmont me pedía que lo recibiera en mi cuarto y que, para poder entrar en él, le dejara la llave, de la que me prometía tener a las dos horas una copia exacta. El plan no carecía de audacia, y puede suponerse que yo me di cuenta, desde luego, de que no dejaba de implicar un peligro para mi virtud. Le negué, pues, mi

(1) Carta LXXXIV (C.).

asentimiento, sin hacer más, por otra parte, que abstenerme de contestarle (1); pero me sentía extremadamente halagada; me veía triunfar de la señora de Tourvel y no cesaba de pensar en Valmont, que se había adueñado de mi ánimo y tras del cual iban mis sentimientos. Estaba, más aún, me sentía al borde de la caída, de tal modo, que bastaba que alguien me empujare, aunque fuese débilmente, para que cayera.

Fué el infeliz Danceny quien intervino. En mi cesto de labor encontré depositada, ya se supondrá por qué mano, una carta de él, en la que me ordenaba confiar por completo a Valmont la dirección de nuestros asuntos, y me reprochaba no haberlo hecho así y haberme mostrado desconfiada (2). No puedo menos de admirar una vez más la audacia de este supuesto amigo, que se quejaba de mis maneras y no temía hacer sospechar a mi amante algo de sus proyectos sobre mi persona; y creí ver en ello una prueba de mi poder sobre su ánimo, lo que me inflamó en favor suyo. Pero tuve al mismo tiempo lástima de Danceny por su tontería al confiar así en Valmont; y como esa especie de piedad es lo más contrario al amor,

(1) El señor de Laclou forja aquí una respuesta (Carta LXXXVIII) supuestamente dirigida por mí a Valmont. Otro modo de pintar mi tontería; pero es exagerar demasiado suponer semejante imprudencia. El señor Laclou forja igualmente otra carta dirigida por mí a Sofía (Carta LXXV), a la que jamás le hablé de Valmont.

(2) Carta XCIII (C.).

creí en aquel momento que ya no lo podría estimar ni podría amarlo; y aquella indiferencia duró desgraciadamente todo un día. Al siguiente, en efecto, me apoderé de la llave perdida y se la di (1); antes de la comida me la había devuelto y, por la noche, en el momento de disgregarse la reunión, Valmont me dejó ver en sus manos la copia que poseía.

He de reconocer que cometí una grave falta aquel día; pero ni aun ahora puedo condenar severamente mi flaqueza. Era joven, tenía sentidos exigentes y que sabían cómo podían ser satisfechos; el amor puro que llevaba en mi alma me era vedado; el objeto de este amor acababa de decepcionarme; en fin, era maltratada por mi madre que me tenía como una prisionera, de modo que, al burlar su vigilancia, me vengaba también de su crueldad. La noche en que había sido separada de Danceny, me había dicho que, si me eran prohibidos los goces del amor, me quedaban los de los sentidos; la idea de estos goces se había aliado a la imagen de Valmont, aun antes de conocerlo; lo había visto, me había seducido su audacia; mi proyecto de conquista, mi éxito, me agitaban en el más alto grado, tanto que, después de tantos días y tantas noches de agitación, más tal vez por el pesar de mi alma que por los deseos de mi carne,

(1) Esta entrega no fué acompañada de carta. Aquí hay también una invención del señor Laclos (Carta XCV).

aun sin sentir por Valmont amor alguno, suponiendo que él sentía un poco por mí, llegaba al fin al que fatalmente tenía que llegar.

Sabía que estaba en ese punto; sabía que no contaba con la excusa de la ignorancia; una vez sola en mi cuarto, no intenté engañarme a mí misma sobre lo que aguardaba de aquella visita que me había sido prometida, y sólo me interrogué sobre el modo cómo había de recibir al visitante. ¿Debía prodigar las coqueterías y resistir antes de ceder? ¿Debía, por el contrario, ofrecer francamente los favores que me serían pedidos y que, por otra parte, yo tenía prisa en conceder? Mi repugnancia de la hipocresía que observaba a mi alrededor me decidió por el segundo partido. Resuelta a no fingir pudor, me desnudé; y, como hacía calor, aunque la estación estaba avanzada, me tendí sobre mi lecho.

Los lectores que tengan a la vista la edición de *Las relaciones peligrosas*, publicada en el año III (1), verán en ella un dibujo de la señorita Gerard que representa a Cecilia en aquel momento de espera; podrán tenerlo por exacto. (La artista, en efecto, parece haber visto el lugar de la escena; y ya explicaré más adelante que es muy posible que se la hubieran descrito). He de confesar, sin embargo, que yo estaba algo más destacada.

(1) Edición de París, 1796.

Valmont le refirió a la señora de Merteuil toda la historia de aquella noche (1); y como a mí no me agrada dar los detalles de semejantes acontecimientos y, no obstante, debo recordarlos para hacer algunas rectificaciones, creo que no puedo hacer nada mejor que reproducir su relato:

“Después de haberme asegurado, dice, de que todo estaba tranquilo en la casa, provisto de mi linterna sorda y con el indumento que requerían la hora y las circunstancias, hice mi primera visita a la pupila de usted. Había hecho prepararlo todo (por ella misma) para poder entrar sin ruido. Ella estaba en su primer sueño, y en el de su edad; de modo que llegué hasta su lecho sin que se despertara. Estuve tentado al principio a ir más adelante, aprovechándome de su sueño; pero, temiendo el efecto de la sorpresa y el ruido consiguiente, preferí despertar con precaución a la bella durmiente y así logré prevenir el grito que temía.

”Luego de haber calmado sus primeros temores, como yo no había ido allí para hablar, me arriesgué a algunas libertades. Sin duda no se le había enseñado en su convento a cuantos peligros está expuesta la tímida inocencia; porque, poniendo toda su atención, todas sus fuerzas en defenderse de un beso que no era más que un falso ataque, dejó indefenso todo lo demás; ¿cómo no apro-

(1) Carta XCVI.

vechase de ello? Cambié, pues, de rumbo y tomé en el acto posiciones. En tal punto pensamos estar ambos perdidos; la jovencita, toda azorada, quiso gritar de buena fe; afortunadamente, su voz se ahogó en sus lágrimas. Se lanzó también hacia el cordón de la campanilla, pero mi destreza detuvo a tiempo su brazo.

”¿Qué va usted a hacer?, le dije. ¿Va a perderse para siempre? Si vienen, ¿a mí qué me importa? ¿A quién persuadirá usted de que yo no estoy aquí con su connivencia? ¿Quién, si no usted, podría haberme suministrado los medios para entrar? Y de esta llave que me ha proporcionado usted, que sólo usted ha podido proporcionarme, ¿se encargará usted de indicar el uso?” Esta corta arenga no calmó su dolor ni su cólera, pero la indujo a la sumisión. No sé si tuve el tono, pero sí que no tuve la actitud de la elocuencia. Con una mano ocupada en la fuerza y la otra en el amor, ¿qué orador podría aspirar a la gracia en situación parecida? Si se la representa usted bien, verá que era propicia al ataque; pero yo no entiendo nada de nada, y la mujer más sencilla, una colegiala, me conduce como a un niño.

”Aquélla, en medio de su desolación, se dió cuenta de que tenía que tomar un partido y decirse a una transacción. Viéndome inexorable a las súplicas, hubo de pasar a los ofrecimientos. Supondrá usted que vendí muy cara mi importante posición: no, lo prometí todo por un beso. Verdad

es que logrado éste, no mantuve mi promesa; pero para ello tenía buenas razones. ¿Habíamos acordado que el beso fuese dado o recibido? A fuerza de regatear, llegamos al acuerdo de un segundo, y éste convinimos que sería recibido. Guiando entonces sus brazos tímidos en torno de mi busto y estrechándola amorosamente con uno de los míos, el dulce beso fué recibido, en efecto, muy bien, perfectamente recibido, de tal modo que el amor mismo no podría haberlo hecho mejor.

"Tanta buena fe merecía recompensa; así accedí inmediatamente a la demanda. Se retiró mi brazo, pero no sé por qué azar me encontré yo mismo en su puesto. Usted me supone muy apresurado, muy activo, ¿no es verdad? Nada de eso. Le tomé gusto a las lentitudes. Una vez seguro de llegar, ¿a qué apresurar el viaje?

"Sinceramente me complacía en observar una vez más el poder de la ocasión y lo encontraba allí despojado de todo auxilio extraño. Tenía, sin embargo, que luchar contra el amor, y el amor sostenido por el pudor y la vergüenza, y fortalecido sobre todo por la impresión que yo había dado de él, la que era tenida muy en cuenta. La ocasión era única; pero estaba allí presente, en tanto que estaba ausente el amor.

"Para confirmar mi observación tuve la malicia de no emplear más fuerza que la que podía ser contrarrestada. Sólo, si mi encantadora enemiga parecía dispuesta a escapármese, la contenía por el

mismo temor, cuyos buenos efectos había experimentado. Pues bien; sin más reparos, la tierna enamorada, olvidando sus juramentos, cedió primero y acabó por consentir; no faltaron después de aquel momento los reproches y las lágrimas a la par; pero, como ocurre siempre, cesaron en cuanto les di nuevo motivo. En fin, de debilidad en reproche y de reproche en debilidad, seguimos y no nos separamos, sino mutuamente satisfechos y de acuerdo para la cita de la noche siguiente.

”No me retiré a mi habitación hasta el amanecer, ya rendido de cansancio y de sueño; sin embargo, sacrifiqué uno y otro al deseo de asistir aquella mañana al desayuno; me gusta con pasión ver los semblantes del día siguiente. No puede usted tener idea del de ésta. Tenía embarazo en el porte, dificultad en la marcha, los ojos constantemente bajos, hinchados y con grandes ojeras. Su cara, tan redonda, se había alargado tanto... Nada más divertido. Y, por primera vez, su madre, viendo su cambio de aspecto, le mostró un interés bastante afectuoso.”

Nada tengo que decir en contra de este relato. Encuentro en él lo que Valmont pudo sentir y pensar; porque, ni en un solo instante, hasta el día que ya diré, conoció mi verdadero temperamento. Pero si yo me complaciera como él en referir tal historia, la referiría de un modo muy distinto..

“Estaba muy lejos de dormir cuando Valmont

entró; me lo impedía el tormento de la espera; pero tenía los ojos medio cerrados, curiosa de saber cómo se presentaría. Su modo de presentarse me sorprendió primero y me decepcionó después: Lo vi vacilante, inclinándose como para besarme y echándose atrás inmediatamente, avanzando la mano y retirándola antes de tocarme; y, mientras yo me abrasaba, él no tuvo en sus gestos nada del ardor que yo podía esperar. Sorprendí en él una mirada casi de compasión, como dirigida a una víctima inocente; de lo que colegí que me ofrecía, no a un hombre enamorado, sino a un galanteador; y sintiendo entonces cuán cierto era que yo no tenía amor por él, pensé por un momento en evadirme. El deseo ¡ay! hablaba demasiado alto, y resolví dejarle hacer; pero, comprendiendo que aquel galanteador no entendería nada de mis intenciones de sinceridad, decidí, aunque ello me pesara, mostrarle tanta inocencia cuanta él me suponía. Fué fingido mi sueño, fueron fingidas mis lágrimas, lo mismo las primeras que las que vertí luego, fingido el miedo que mostré a la intervención de mi madre. Yo le había oído hablar bastante de Valmont para saber que, por poca confianza que tuviera en mí, lo acusaría de violencia y de perfidia, antes de creerme culpable. ¿A qué se puede comparar la ingenuidad del hombre cuando éste juzga estúpida a la joven que cree ser el primero en seducir? Llega a olvidar lo fáciles que son las defensas del pudor y que una débil resis-

tencia, un movimiento de retirada bastan para hacer fracasar al asaltante, por mucha fuerza que emplee, porque nunca tiene la suficiente, a la par que la destreza precisa. Cuando Valmont escribe: *me encontré yo mismo en su puesto*, ¡cuánta confianza ha de tener en él para creer que ese *Yo* se hubiera hallado en tal lugar y hubiera permanecido en él, si Cecilia no lo hubiera consentido! Pero yo lo consentí, en efecto; y, si pudo complacerse en las lentitudes y reflexionar durante tal complacencia, es porque a mí no dejaba de complacerme también. Yo quería saborear detalladamente un goce que me había sido descrito con gran frecuencia y que aguardaba desde hacía mucho tiempo. Reconozco que tal goce no me decepcionó y que lo saboreé por completo, sin sentir siquiera un dolor que habría sufrido sin duda si Batilde no hubiera proveído a evitarlo. No tuve, pues, que reprimir un grito de dolor; no pensé tampoco en fingirlo, y Valmont no mostró sorpresa alguna; tanto que yo me he preguntado después si aquel conquistador había obtenido alguna vez las primicias de una virgen.

Después empleamos ambos más vivacidad; yo advertí en él una franqueza en el placer y un reconocimiento que me emocionaron y cambiaron la idea que había formado poco antes de sus sentimientos; le habría descubierto mi naturaleza, si no lo hubiera visto tan persuadido de mi inocencia. Hubo un momento, sin embargo, en que iba

a hacerlo, tanto me horrorizaba disimular; pero, ciertos recuerdos asaltan el ánimo cuando menos lo debían hacer; pensé de pronto en la recomendación que me hiciera mi tutor de tener en todo un aire púdico; reflexioné inmediatamente que no ganaría nada con mostrarme experta, y decidí seguir apareciendo a los ojos de Valmont como él me creía. Quiero creer que quedó, como él dice, satisfecho de mí; yo lo estaba de él; y, si no recuerdo mal, diga él lo que quiera, me dormí rendida de cansancio antes de que me dejara.

CAPITULO IV

CONTINUACIÓN DE MIS AMORES CON VALMONT.
REGRESO A PARÍS.—MI ABORTO.—MI CONVALE-
CENCIA.—VUELVO A VER A DANCENY.—ÉSTE
ME ABANDONA.

Por la mañana, al despertar, tuve como un vértigo. Vueltos todos mis pensamientos a Danceny, comprendí, a la par, que los favores que yo había otorgado a otro le eran debidos y que los placeres que acababa de disfrutar habrían sido incomparables si los hubiera recibido de él. Reuniendo así por primera vez en un solo amor el sentimiento del alma y los apetitos de los sentidos, me dije que había traicionado, en complicidad con Valmont, la confianza de mi amante y que ya no era digna de ser amada por él. No fué esta la única razón de mi trastorno: Pensé de pronto que, durante aquella noche, arrastrada como lo fuí por la curiosidad, la sorpresa y la voluptuosidad, había dejado de seguir una de las lecciones de Batilde; y las persuasiones que da un saber a medias son tan

fuertes que tuve la convicción de estar en cinta. En mi simplicidad (pues no estaba exenta de ella) concebí que debía casarme con Valmont; y, aunque acabara de salir de sus brazos, no pude considerar tal unión sin repugnancia; así, a pesar de mi indignidad, tenía aún la esperanza de ligar mi vida a la de Danceny. Pasé una hora meditando y llorando sobre la incertidumbre y la desgracia de mi destino.

Por la agitación de tales preocupaciones fué por lo que mostré aquella *cara del día siguiente* que a Valmont le gustaba *con pasión* ver. El no podía adivinar que la hinchazón de mis ojos era el efecto de recientes lágrimas y que éstas no habían sido fingidas. Aquella jornada del día siguiente fué una de las más dolorosas que yo he vivido. Mi madre, si me mostró un poco de compasión ante la gente, me llevó luego a su cuarto y me reprendió con dureza, queriendo que le confesara haber recibido cartas de Danceny; y, en vista de mis negativas, llegó a golpearme. Pasé en el salón unas horas deplorables, tan descontenta de mí como de los demás; evitaba encontrar los ojos de Valmont y, como creyera notar que tenía atenciones para la Presidenta, experimenté una especie de furia celosa, tan fuerte, que si me hubiera quedado un momento sola con aquella dama, no habría podido abstenerme de gritarle que yo había logrado los goces que ella ambicionaba. Sin embargo, me sentía asqueada de Valmont, no deseando nada

de él; y me hubiera gustado decírselo así a aquel amante de una noche, porque me encontraba en una de esas situaciones de malestar en que parece que se tendría un recreo en sembrar el sufrimiento alrededor de sí.

Aunque al final del día me había calmado un poco, estaba aun en tales disposiciones cuando me retiré a mi cuarto. Eché el cerrojo de mi puerta e, incapaz de dormir, me dije que una persona al menos sentiría disgusto al saber mi suerte y que ella era, por lo demás, la única a quien podía contarla: y escribí a la señora de Merteuil, afectando todo lo posible más ingenuidad aun que le había mostrado a Valmont (1). Tal era mi perversidad en aquellos instantes, que me complacía en ser cruel con aquella mujer de la que debía creer que tenía para mí la más sincera amistad. Cuando me disponía a escribir, oí a Valmont hacer esfuerzos para abrir la puerta, y permanecí callada, muy complacida por su decepción.

Viví mucho días en tal estado de irritación, sin hablar, huyendo de Valmont, siendo reprendida sin cesar por mi madre, y, por otra parte, muy afligida por la idea de que el deber me obligaría a casarme con un hombre al que no amaba.

Mi primer alivio fué la noticia de la marcha de la Presidenta. Imaginé que había sabido mi victoria y me dejaba libre el puesto. Valmont, me decía yo,

(1) Carta XCVII (C.).

le ha dado a conocer el afecto que me tiene; y volví a sentirme algo propicia a él. Puesto que quiero ser sincera, he de confesar también que, si durante algunos días me habían dejado tranquila mis sentidos, volvían ya a atormentarme de nuevo y me impulsaban a encontrar aspectos amables en Valmont, aunque sin tener, no obstante, bastantes exigencias para convencerme de no echar el cerrojo de mi puerta.

Tuve un apaciguamiento de otra naturaleza cuando recibí la respuesta de la señora de Merteuil. Su carta me defraudó un poco porque no vi en ella nada del disgusto que esperaba; pero, como ya no tenía la maldad de antes, no me apené por ello; me exponía, por el contrario, su opinión de que podía otorgar mis favores a Valmont sin dejar de amar a Danceny (1). Esta opinión me sorprendió y me hizo recordar el consejo de mi tutor de desconfiar de las mujeres que pudieran intentar seducirme en provecho de alguno de sus favoritos; y me pregunté con pena si, en efecto, había dado mi corazón a uno de tales favoritos que sólo aspirara a mis bienes y pudiera verme sin horror en brazos de un amante. Esta idea me emponzoñó el ánimo; y desde aquel día me dediqué alternativamente a condenar a Danceny y a juzgarlo inocente por no haber dejado de amarlo. De pronto se calmaron mis remordimientos con re-

(1) Carta CV (C.).

lación a él, y la opinión de la señora de Merteuil resultó tan de acuerdo con mis disposiciones, que me sentí dispuesta a seguirla. No me decidí inmediatamente, a pesar de mis deseos, porque vacilaba en dar a conocer a mi amante el estado de preñez en que me creía y no quería consultar a la señora de Merteuil por temor de que me empujase a un matrimonio que me disgustaba. Permanecía, pues, indecisa, cuando adquirió forma en mi ánimo el recuerdo de aquella otra lección de Batilde, según la cual, el exceso de fatiga es contrario a la generación. Vi en tal recuerdo la solución de mis dudas, y confieso que si la idea de abortar no fué la causa de que reanudara mis relaciones con Valmont, fué, al menos, el pretexto a que me acogí. Puedo, me dije, recibir placer de él y hasta obligarle a dármele hasta el punto de que mate pronto lo que hizo nacer; y entonces seré libre para casarme con Danceny. Así, al día siguiente hice saber que mi puerta dejaría de estar cerrada.

Remito al lector, una vez más, a *Las relaciones peligrosas* (1) para darle alguna idea de aquellos placeres. Nos entregamos a ellos primeramente en mi cuarto; mas como la vecindad de mi madre nos imponía coacciones enojosas, nos trasladamos al cuartito de Valmont, donde teníamos libertad completa para expansionarnos. Fueron ardientes y variados y en ellos encontré la fantasía que

(1) Cartas CX y CXV.

había imaginado en los amores pasajeros, en los que no interviene el sentimiento. Mi amante prodigaba la fuerza y la jocundidad, divirtiéndome con el relato de las aventuras galantes de todas las personas conocidas por mí, especialmente de mi madre, cuyas relaciones con el señor de Laclos me confirmó, agregando que las había tenido también sin duda, con el conde de Gercourt, que me destinaba por esposo. Continué haciendo el papel de ingénua, mostrando la mayor sorpresa por todo lo que me revelaba, muy contenta al ver cómo estaba mi amante engañado respecto a mí. “Yo, le escribió a la señora de Merteuil, *se lo he enseñado todo, hasta las complacencias*”. Cuanto a las complacencias estoy conforme, aunque acaso yo le enseñara también algunas (con gran ingenuidad y como invenciones de inocente) de tal modo, que a veces pude creerme en brazos de Batilde; pero cuanto a las precauciones, ¿no sabía yo que ya no tenía que adoptarlas?

Cuando ahora recuerdo aquel tiempo no puedo menos de sentirme sorprendida, más que avergonzada, por tal recuerdo; y no hallo más explicaciones de mi proceder que la locura de mis sentidos. Yo no amaba a Valmont, y lo que me quedaba de corazón pertenecía a Danceny; pero desde que había tenido la idea de que aquel a quien amaba codiciaba mis bienes más que mi persona, esta sospecha (que había tenido la torpeza de descubrir a Valmont y que éste cuidaba de mantener muy hábilmente)

se trocaba a veces en desprecio, y era para él entonces intencionadamente cruel. En tales momentos no reparaba en dirigirle cartas amorosas cuando acababa de salir de entre los brazos de mi amante, y hasta una vez estando casi en ellos; y no puedo pensar sin repugnancia en una carta que le escribí, dictada por Valmont (1) y que es una traición horrible toda ella. El lector encontrará en la edición del año III de *Las relaciones peligrosas*, un grabado que representa la escena de escribir aquella carta al dictado. Ya se supondrá que no estábamos vestidos, como se nos representa, que mi mano temblaba al trazar las letras y que, cuando escribí de Valmont: *Lo hace todo como lo harías tú mismo*, tuve que dejar la pluma y cayó en el papel un gran borrón de tinta. ¿Cómo pude hacerme culpable de tales horrores? ¡Ay! ¡Qué verdad es que en aquellos momentos yo era una víctima!

Sin embargo, no suponía que lo era; me regodeaba con goces que llegaban a ocupar toda mi vida, saboreando la realidad en el ardimiento y el recuerdo en el cansancio; tanto, que me sentí muy triste cuando me enteré de que Valmont nos dejaba, y hubiera abandonado para seguirlo a mi madre, si él me lo hubiera pedido. Pero poco después regresamos a París, donde supe a mi llegada que, habiendo comprado la complicidad del portero y de mi doncella, podía llegar hasta mí con

(1) Carta CXVII (C.).

toda facilidad. No estuve, pues, privada de sus caricias más que algunos días, y, cuando volví a recibirlas, me parecieron mejores aún y como nuevas.

Las satisfacciones de los sentidos, cuando se prolongan, se adueñan rápidamente de toda la persona, y yo llegué pronto a no sentir ya por Valmont aquella especie de indiferencia del corazón, que hace que un amante sea como un extraño para su querida en cuanto deja de acariciarla. La imagen de Danceny iba desapareciendo poco a poco de mi espíritu; y hasta en los momentos en que yo estaba satisfecha, al despertar sola en la cama que Valmont había abandonado pocas horas antes, era en este en quien pensaba; y sentía que nuestras existencias estuvieran tan separadas que yo me viera privada de los goces matinales. Como no veía llegar la liberación que esperaba y, por otra parte, mi amante tenía muchas atenciones para mí, llegaba a decirme que éste podría ser un buen marido, a la par que un partido grato a mi madre y a mi tutor, pues que, si yo era rica, él era noble y no carecía de fortuna.

Esta idea, que un día me decidí a comunicarle, determinó cierto accidente referido de manera pérfida en *Las relaciones peligrosas* (1) y acerca del cual debo restablecer la verdad.

Teníamos gran libertad para vernos, porque mi

(1) El señor de Laclos hace referir a Valmont la historia de una puerta dejada abierta por descuido, imprudencia indigna de él y de mí. Invención, sin duda, del señor de Laclos.

madre solía estar poco en casa, requerida fuera de ella por una enfermedad de la señora de Tourvel, de la que todo el mundo hablaba, y sin duda por otros menesteres. Jamás me llevaba a los espectáculos ni me llamaba después de la comida, de modo que Valmont podía ir a verme a la hora que le placía y no pasaba noche sin que lo viera.

Una vez, estando acostados, congratulándonos de los goces que acabábamos de disfrutar, yo le dije que sería muy agradable hacer de modo que pudiéramos tenerlos durante toda nuestra vida; y al decírselo, lo besé muy tiernamente. Él hizo un movimiento hacia atrás, que yo contuve, agregando casi en un murmullo que no podía negarle su nombre al hijo que yo llevaba en mi seno. Al oír esto, apartó bruscamente su cara de la mía, con la mirada de un hombre sorprendido y furioso a la vez; lo enlacé más apretadamente con mis brazos y mis piernas; y los movimientos que hizo para desprenderse fueron causa de que rodásemos los dos al suelo. Sentí un gran dolor y me desvanecí. Cuando recobré el conocimiento estaba sobre el lecho en el que Valmont me había tendido y lo vi mirarme con lástima. Me dijo que tuviera valor y no hiciera ruido, añadiendo que el hijo del que él era padre no vivía ya sin duda. Con sufrir tanto, experimenté un alivio que compensó mi sufrimiento. ¡Me vi descargada de mi fardo, casi de mi falta! Y advertí que mi apariencia de amor por Valmont había muerto.

Valmont hizo tan bien las cosas que, a excepción de él y del cirujano que llevó a asistirme, nadie supo nada del acontecimiento; y las atenciones que en aquella ocasión tuvo para mí me hicieron pensar que no tenía mal corazón, sino que sólo obedecía a la influencia de una mala mujer.

Yo era joven y fuerte; me restablecí con rapidez y considero el tiempo más tranquilo de mi vida aquellas semanas de mi convalecencia. Mis sentidos estaban en calma, como acaso no lo habían estado desde mis primeras agitaciones; y, como siempre que estaba así, volvía a las ideas virtuosas. Me sentía como lavada de mis manchas, recobrando mi puro amor por Danceny, y, sin creer ya en las culpas que imaginaba antes en él, no pensaba más que en ser su esposa.

Veía algunas veces a Valmont, no en mi cuarto, sino en el salón, al que iba a visitar a mi madre; pero evitaba entrar en conversación con él, lo que me habría sido fácil, porque mi madre, sintiendo o aparentando alguna inquietud por mi estado, parecía preocuparse de mí y me dejaba ciertas libertades. Una vez, sin embargo, logró interesarme, hablándome de Danceny. Me dijo que el hombre a quien yo amaba había heredado una gran fortuna, que esperaba recobrar la amistad de mi madre y que haría, tal vez, más aún. Lo que oí me transportó de alegría. Al día siguiente no fuí llamada al salón, pero supe que Danceny había obtenido una acogida favorable; y al otro día,

Valmont me dictó una carta en la que yo recomendaba a Danceny confiarse a él por completo. Porque él prometía hacer que nos viéramos sin que lo supiera mi madre.

El amor es tan enemigo de la desconfianza, que yo creí en la honradez de Valmont, y, después de escaparme del salón, escribí aquella carta que le entregué antes de que partiera. Aquella misma noche, toda henchida de esperanza, esperé a mi amado y me desolé al ver que no llegaba; y el efecto de aquella impaciente espera fué volver a sentirme agitada, que pensara de él de la misma manera y aún mejor que un mes antes pensaba en Valmont y que en mi imaginación le preparara una acogida como algunas de las que Valmont había obtenido, pero más ardiente, y en la que tendría su parte de gozo el corazón.

Me dormí arrullada por tales pensamientos, de modo que al despertar me sorprendí de verme sola en mi lecho. Me reí de mí misma y tuve un momento de alegre gozo. Después me asaltó la inquietud de que Valmont me hubiera engañado, y quedé oscilante entre la esperanza y el recelo, sin que nada llegara a distraerme, porque mi madre estuvo fuera todo el día y no hubo visitantes.

Por la noche renové mi espera. Me desnudé y me eché encima un encantador deshacillé que había recibido pocos días antes; y segura de que vendría Danceny, sólo estaba indecisa sobre lo que yo había de hacer, temiendo mostrar falta de pudor

por tener demasiados deseos y oír en consecuencia reproches del único hombre a quien yo amaba. Se deslizó un paso en la antecámara; me precipité a la puerta y fuí muy decepcionada al no ver ante mí sino a Valmont.

Este quiso, ante todo, besarme; yo le dejé hacer; mas cuando intentó tomarse otras libertades, le opuse resistencia. Me dijo que hacía mal en no prestarme a complacerlo, porque sólo él podía hacer llegar a Danceny hasta mí: le respondí con cólera que no necesitaba su intervención y que Danceny acudiría al primer llamamiento que yo le hiciera. Me objetó que mi llamamiento llegaría demasiado tarde, porque una dama muy bella y atractiva estaba enamorada de Danceny y dispuesta a todas las intrigas para hacerlo suyo; y que, por mucho que Danceny me amase, sería preso en las redes de aquella dama si él, Valmont, no intervenía. A mis instancias me dijo que aquella traidora mujer era la señora de Merteuil. Me negué al principio a creerlo, pero me mostró cartas que me persuadieron. Entonces renovó su petición y, como le arguyera que no comprendía su insistencia, puesto que no me amaba, me replicó que me engañaba y que, después de haber obtenido mis favores, no se podía dejar de desearlos nuevamente porque yo tenía por temperamento una ciencia de las cosas del amor que poseían pocas mujeres. Agregó mil galanterías insípidas, procurando excitarme con caricias. Yo lo detestaba en aquellos

momentos y hubiera querido echarlo fuera; pero me había amenazado con la intervención de mi madre y en tal ocasión me hubiera sido más difícil justificarme que en su primera visita. Comprendí que lo más discreto era ceder y le dejé tomar un placer rápido; pero inmediatamente después me evadí de sus brazos para precaverme de una repetición. Sorprendí en él entonces la misma mirada de asombro y de cólera de la noche de mi aborto; y, como avanzara hacia mí, lo atajé, diciéndole: "Hemos acordado un placer; lo ha obtenido usted y yo no le he hecho la injuria de no compartirlo. ¿Quiere usted hacer que me arrepienta de ello." Retrocedió hasta el lecho, y se sentó en él prorrumpiendo en una carcajada. Temí haber sido torpe y haberme enajenado para siempre sus servicios. Se lo dije así, no sin ansiedad. No me haga usted, replicó, esa otra injuria de dudar de mi palabra. Le haré el servicio que ha pagado, por exiguo que haya sido su precio. Mañana, a estas horas, estará a su lado Danceney. Y no me desagrada, por lo demás, que no tenga usted toda la ingenuidad que él le supone. Se compuso un poco y salió, dándome un beso que fué, más que de un amante, de un amigo.

La vanidad influye tanto en nuestros juicios que las últimas palabras de Valmont me consolaron. Al obligarlo a reconocer que yo no era ingenua obtenía una nueva victoria, muy halagadora para mí, sobre él; por ello me sentí propicia a perdo-

narle sus exigencias. Tenía algún remordimiento pensando en Danceny; pero, ¿no tenía éste también algo de culpa y no había tenido yo que conceder algo para combatir su debilidad y asegurar nuestras entrevistas? De todos modos, reflexioné que el capricho de Valmont podría repetirse, que me sería difícil defenderme y que tendría que temer siempre sus reincidencias. Y el resultado de estas reflexiones fué no mantenerme con Danceny en los límites de la virtud y no oponerle la resistencia del pudor, aunque corriera el riesgo de que me reprochase la falta de él. Me contentó bastante, he de confesarlo, poner de acuerdo así mi razón con mis deseos.

Esperé a Danceny sin sufrir inquietud, por estar segura de que cumpliría Valmont su palabra. Aquella noche me engalané aún más que la víspera, para lo que sustraje a mi madre sus mejores perfumes, y, cubierta con el deshabillé más elegante, aguardé su llegada. Oí pronto pasos en el corredor y me lancé hacia la puerta, en la que apareció Danceny. Le quité la espada y el sombrero; y, sin decirnos una palabra, fuímos el uno del otro. ¡De poco me sirvió haberme preocupado de cómo haría ceder mi pudor! Mi amante no le dejó tiempo para defenderme. Sólo me quedó la consciencia precisa para hacerle oír un grito de dolor; porque tal ficción me pareció imprescindible. Danceny tuvo entonces como una vacilación, pero yo lo estreché contra mí diciéndole que debíamos hacer todo lo

posible para que mi madre consintiera en bendecir nuestra unión. Y lo hicimos entonces y volvimos a hacerlo en disposición más cómoda tantas veces que no podría contarlas. ¡Ah! ¿Qué valían al lado de aquellos goces, que saturaban la carne y repercutían en el alma, los placeres gozados con Valmont? Yo experimentaba un goce que jamás había concebido; mis sentidos, mi corazón, mi espíritu, todo se confundía en el amor! Era tan feliz que no pude menos de pensar que aquella felicidad no duraría y que aquella noche maravillosa no podría ser seguida de otras semejantes. Me asaltó el recuerdo de Valmont y al pensar en el capricho que había tenido, tuve un sentimiento distinto del de la sorpresa, diciéndome que sería incapaz de someterme a él de nuevo. En un momento de descanso, Danceny me indicó que debíamos estar reconocidos a nuestro amigo y yo imaginé que Valmont no podría dejar de estorbarnos, y no tuve ya más ambición que expulsarlo de mi vida. Lejos de hablar bien de él, me dediqué a quejarme, dando a entender que había pretendido mis favores. Danceny, en un movimiento de cólera, intentó dejarme inmediatamente para ir a provocarlo. Yo lo contuve, porque no quería por lo pronto más que suscitar su desconfianza; y nos embriagamos con nuevas caricias. No sé cómo fué; mi amante se durmió en mis brazos; tuve la alegría de contemplar su sueño; y, al despuntar el día, lo desperté para un último cambio de caricias. Nos

separamos después, tristes por aquella separación de pocas horas, y vibrantes por la idea de volver a juntarnos aquella misma noche.

Mi madre estuvo ausente desde por la mañana; yo estuve sola todo el día y bendecí mi soledad; los recuerdos de la noche anterior y todo lo que se refería a mi amante bastaron a poblarla. Creo que en toda mi vida he pasado un día tan feliz. Me parecía que comenzaba una nueva existencia y que todo mi pasado se había desvanecido. De aquel pasado no me quedaba más que el puro recuerdo de Sofía. ¡Ah!, me decía, qué fácil es ser una mujer virtuosa cuando se está prendada de su esposo como yo lo estoy de Danceny y cuando se reciben de él tales seguridades de su amor! ¡No hay mérito alguno en atenerse entonces a la virtud; el mérito sería más bien faltar a ella! Todo cuanto imaginaba del porvenir me alegraba. Como estaba todavía en mi semisaber, tenía la certidumbre de estar encinta, por no haber hecho ni querido hacer nada para evitarlo; y pensaba en mi embarazo con alegría. ¿No era él la salvaguardia y la seguridad de tener a Danceny por marido? Lejos de temer que aquel hijo viviera, temía que perdiese la vida y pensaba con melancolía que para conservársela, debíamos, tal vez, poner freno a nuestras expansiones de esposos.

Mi felicidad duró hasta la noche; pero a la hora en que esperaba a mi amante no lo vi llegar. ¿Qué decir de los tormentos que sufrí? Lo creí infiel;

luego rechacé tal idea; imaginé que había provocado a Valmont y creí verlo cubierto de sangre y moribundo lejos de mí; pensé que Valmont me había traicionado y me resistí a creerlo... Pasé la noche inquirendo todas las razones de aquella ausencia; pagué a caro precio la felicidad que había gozado durante el día. Por la mañana rehusé levantarme y ver a nadie, no queriendo ser distraída de mi preocupación. Por la tarde mi doncella me comunicó el rumor de un duelo en el que Valmont había encontrado la muerte. No tuve la menor duda sobre el nombre del matador. Escribí a Danceney y logré de una criada que llevase la carta. Esperé toda la noche; al día siguiente no había tenido respuesta. Mi madre subió a mi cuarto y me encontró acostada; no mostró, por lo demás, inquietud alguna. Escribí de nuevo; nada de respuesta tampoco. Me enteré de que Danceney había desaparecido, obligado a alejarse por causa de aquel desdichado duelo. Me ví abandonada, y el silencio de Danceney me hizo comprender que había sido traicionada, sin duda, por la señora de Merteuil, furiosa por haber yo hecho mío al hombre de quien estaba prendada ella.

Toda desolada, no viendo en torno mío amistad alguna, llena de espanto por la idea del hijo que estaba persuadida de llevar en mis entrañas, fuí invadida por un deseo insensato de irme, de huir adonde fuera, pareciéndome cualquier lugar preferible a la casa de mi madre. Hice un

gran esfuerzo para recobrar un poco de razón y adopté un partido que no era definitivo y que me daría tiempo para reflexionar. A los cinco días de la feliz noche en que recibiera a Danceny, me fuí secretamente al convento; no, como dijo mi madre (o como le hizo decir el señor de Laclos) a un claustro, con la intención de tomar el velo, sino a la misma pensión donde había sido educada y donde había de encontrar al menos la amistad de Sofía. Al partir dejé una carta para mi madre, en la que ingenuamente le participaba mi resolución, segura de que la aprobaría, por verse libre del cuidado de vigilarme; y previne igualmente a mi tutor, pretextándole mi cansancio de la vida mundana. Tal determinación no calmaba mis inquietudes, pero me daba espacio para pensar.

NOTA.—Ya he dicho que “Las relaciones peligrosas” contienen muchas mentiras y que algunas cartas son por completo inventadas. He señalado varias de ellas y podría indicar otras; pero no he de perder el tiempo en rectificaciones, cuando corro el riesgo de no ser creída.

¿Cómo, pues, probar las mentiras de un autor cuando no se puede oponer a su relato el testimonio de personas desinteresadas? Todo lo que se puede hacer, después de haber declarado que miente, es suscitar una duda sobre su sinceridad, demostrando que algunas de sus afirmaciones suponen posibles cosas de evidente imposibilidad o que contradice en un punto lo que dice en otro. Si hay duda en un pasaje puede haberla en todo.

No es que yo haya notado muchas de tales contradicciones en ese libro, que está, en general, bien compuesto en lo que atañe a la lógica y a las relaciones entre los personajes según las circunstancias

de tiempo y de lugar. Pero he notado dos que me parecen de alguna importancia.

He aquí la primera:

En una carta fechada el 19 de octubre (1), Valmont da a entender a la señora de Merteuil que yo estoy sin duda encinta. "¿No me entiende usted?, escribe. Es que espero un nuevo período para confirmar mi esperanza y asegurarme de que he triunfado plenamente en mis planes". Ahora bien, según el mismo libro (2), yo escribí por primera vez a Valmont la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre. Desde entonces no habían transcurrido más que diecinueve días. ¿Cómo, pues, pudo Valmont constatar lo que dice? Era preciso que yo le hubiera hecho esas confidencias, a las que toda mujer sabe que una persona de su sexo no se entrega jamás con un hombre, o bien que él me hubiera interrogado. Pero ¿puede suponerse en él una curiosidad tan contraria a los que él mismo llama "sus planes"? Se arriesgaba, por ingenua que me creyese, a que yo procurara informarme, aún por una criada, de la causa de semejante retraso, y que fuera puesta en el camino de aprender lo que creía que yo ignoraba y no quería que aprendiera. La mentira es, pues, patente. Y he de agregar que, en efecto, jamás le dije nada de lo que podía suponer. ¿A qué había de hacerlo si tenía la convicción de estar encinta?

Verdad es que no aduzco aquí más que mi testimonio y razones que el lector malévoló tiene derecho a no aceptar; pero he aquí una segunda mentira a la que no se puede poner ninguna objeción:

Se trata de las razones que nos indujeron a trasladar de mi cuarto al de Valmont el teatro de nuestros placeres. Según el mismo libro, yo le escribí a la señora de Merteuil el 10 de octubre (3): "He reanudado mis relaciones con él (Valmont) hace dos días... Como tenemos que ser prudentes... hemos convenido que en adelante él no vendrá más que a abrir mi puerta e iremos a su cuarto; ya

(1) Carta CXV (C.).

(2) Carta XCVI (C.).

(3) Carta CIX. Esta carta debe tener un fondo de verdad, pero aderezado con mucho de invención.

estuve en él anoche y ahora, mientras escribo, espero que venga". Se infiere de aquí que, reanudadas mis relaciones con Valmont el 8 de octubre por la tarde; lo recibí en mi alcoba la misma noche del 8 al 9 y tuvimos nuestras complacencias en su cuarto la noche del 9 al 10. Ahora bien, Valmont le escribió también a la señora de Merteuil el 11 (1): "... para realizar ese trabajo (instruírme más completamente en el amor) tenía necesidad de cambiar el lugar de nuestras citas... La personita es reidora. No me fué difícil hacerle creer que había hecho un ruido enorme. Simulé un gran susto... Para que se acordase mejor, me privé del gusto de reaparecer y la dejé sola TRES HORAS MAS TEMPRANO QUE DE COSTUMBRE." Fijese la atención en las últimas palabras que subrayo. Si el señor de Laclos no se equivocó en la carta que me atribuye, yo, después de reanudar mis relaciones con Valmont, no recibí a éste en mi cuarto más que la noche del 8 al 9. Hubo de ser, pues, aquella noche, cuando representó la comedia de la que se jacta a la señora de Merteuil. ¿Qué costumbre es entonces esa que teníamos, según él dice, en nuestras entrevistas? Antes de la de aquella noche no había habido más que una, la primera del 30 de septiembre; y, verdaderamente, no se podía instituir una "costumbre" en aquella noche de iniciación. Hay, pues, aquí una mentira evidente. Yo puedo, por otra parte, restablecer la verdad: y ésta es sencillamente que nos vimos en mi cuarto cuatro o cinco noches, por lo menos, antes de trasladar el punto de nuestras citas al cuarto de Valmont.

Agreguemos esta última prueba: En la misma carta escribe Valmont que la reanudación de nuestras relaciones tuvo lugar un sábado; yo no guardo el recuerdo preciso, pero he consultado a un sabio, quien me ha dicho que aquel año el 8 de octubre no fué sábado (2).

¿Se podría, buscando bien, encontrar en este libro otras con-

(1) Carta CX (C.).

(2) En el siglo XVIII, el 8 de octubre cayó en sábado. Los años 1701, 1707, 1712, 1718, 1729, 1735, 1740, 1746, 1757, 1763, 1768, 1774, 1785, 1791, 1796. Cayó en jueves, en 1778; en viernes, en 1779; en domingo, en 1780; y este último año es, al parecer, el de las aventuras referidas en estas Memorias.

tradiciones? Yo no me he tomado esa molestia, no habiendo leído con un poco de atención más que lo que me concierne, pues los amores de la señora de Tourvel no me interesan nada. Además de haber visto muy de cerca a esta hipócrita para no creer lo que de ella se dice, he sabido después que no murió de pena, sino de una enfermedad varios años más tarde. Por lo demás, no han de sorprenderse de que haya tales mentiras, más que las gentes que no saben cómo se pergeña esa clase de obras. El señor de Laclos, en efecto, no pudo tener a mano más que algunas cartas completas y algunos fragmentos de otras: desarrolló esos fragmentos, poniéndoles fechas sin gran cuidado y dando por auténticas las cartas amañadas así; de tal manera, que un lector dotado de alguna inteligencia, habría de tomar toda la obra por una novela y que las presentes "Memorias" constituyen, acaso, el primer testimonio en favor de tal libro y de lo poco de verdad que encierra.

CAPITULO V

ESTANCIA EN EL CONVENTO.—MI PARTIDA.—MI
DUEÑA.—TIBURCIO

En el convento fuí acogida del modo más amable por la Superiora, como la oveja descarriada a la que se mima en el momento de su vuelta, sin compromiso, por lo demás, de no molestarla desde el día siguiente. Me dijo que sentía mucho no haber tenido aviso de mi llegada, porque me habrían preparado mi antigua celda, la cual estaba ocupada por una de mis compañeras. Como había ido libremente, tenía permiso para pasearme por toda la casa y visitar el cuarto donde había vivido. Estaba vacío entonces. Me entretuve reconociendo los diversos objetos y estaba oculta por una de las camas, cuando oí abrir la puerta y vi entrar a Batilde y a mi querida Sofía, las cuales, una vez cerrada la puerta, cambiaron un verdadero beso de enamoradas. No puedo expresar la repugnancia que sentí. Salí precipitadamente de detrás de las cortinas con el brazo alzado para golpear a Batilde. Sofía, al reconocirme, se arrojó entre nosotras

abrazándome con todas sus fuerzas, en tanto que Batilde decía: “No tienes derecho a recriminarme por amar a Sofía. Puesto que tú me dejaste, me apegué a aquella de tus compañeras que te era más querida”. ¡La desgraciada me creía celosa! No podía adivinar que mi agravio estaba en que hubiera tocado a la pureza de Sofía. Fuí a decirselo, pero comprendí que no había de entenderme y, desprendiéndome dulcemente del abrazo de Sofía, me retiré a mi cuarto.

Con estar tan transtornada por tantos conceptos, los ejercicios y los rezos de la noche, en los que tomé parte, me devolvieron un poco de calma, de modo que dormí como no había logrado hacerlo desde varios días antes. Me despertó un beso y ví a Sofía sentada en mi cama. Adiviné que la pobre niña quería brindarme algún placer (tal vez Batilde le había sugerido tal idea) porque tuvo gestos que indicaban esa intención. Lejos de dejarle ver que la comprendía, me puse a interrogarla seriamente; la obligué a confesarme sus extravíos, y diciéndole que yo había incurrido en las mismas faltas por las tentaciones de la misma persona, la conjuré a no faltar más de aquel modo. Agregué que, aun estando yo pervertida, la amaba por su pureza, cuya idea me purificaba en algunos momentos y que, si se rebajaba hasta mi nivel, perdería mi afecto. Logré convencerla de tal modo que lloró en mis brazos, jurándome ser casta y rechazar a Batilde, para lo cual le prometí obtener

que la cambiaran de cuarto; y cuando me dejó, me quedé segura de que procedería como me había dicho.

No tuve, por lo demás, que esforzarme mucho para ponerla a salvo, por lo menos de una recaída inmediata, porque la Superiora, con la idea de serme agradable, puso a Sofía bajo la tutela de otra monja (ya de edad y muy respetable), a fin de que yo pudiera recobrar mi puesto al lado de Batilde. Recibí esta noticia sin alegría, por completo insensible al contento que advertí en mi camarada, la que se confirmó en la idea de que yo tenía celos. Sin embargo, aquella misma noche me sentí débil con ella; la costumbre que volvía a encontrar entre aquellas paredes, así como el estado de impaciencia en que me hallaba me sometieron a sus caricias; pero apenas encontré placer en ellas, porque carecían de sabor después de las de Danceny.

Mi ánimo estaba, por lo demás, embargado, aparte mi pesar, por una preocupación de la que nada podía distraerme; pensaba sin cesar en mi embarazo, y pronto la ausencia de ciertos indicios vino a aumentar mi angustia. Vacilaba en confiarme a Batilde porque temía el efecto de sus celos cuando supiera que yo había tenido un amante, así como las revelaciones indiscretas que pudiera hacerle a Sofía, a cuyos ojos quería yo seguir siendo tal cual me había mostrado a ellos: máncillada quizá, pero arrepentida y virgen aun para el matrimonio. Supe, sin embargo, aprove-

charme de sus conocimientos, interrogándola con el pretexto de que quería instruirme. Me enseñó que el entregarse a las maniobras de un cirujano o de una comadrona era peligroso para la honra y para la libertad, si no para la vida, y que no era posible descargarse de tal fardo sino con grandes fatigas y sin tener jamás la seguridad de que tal medio diera resultado. Entonces tomé una resolución: me hacía falta ser independiente para entregarme a ejercicios violentos y para contar con el auxilio de un amante tan decidido como discreto. Contaba con otro medio: el de rogar a mi madre que apresurara mi casamiento con el señor de Ger-court, lo que le habría alegrado mucho, pero este recurso me repugnaba más que otro alguno. ¿Cuáles eran las razones de tal repugnancia? No podría decirlas. Acaso alguna idea de virtud y la repulsión a engañar a un gentilhombre, a quien no tenía derecho a tratar con desprecio, a pesar de lo que Valmont me había contado; quizá más bien el temor de ligar mi vida a un hombre al que no amaba; tal vez, en fin, la esperanza de volver a encontrar un día a Danceny y casarme con él, que estaba para mí por encima de todos los hombres.

Antes de dejar el convento, tuve primeramente la idea de huir sin dejar huellas; pero vislumbé la miseria que me aguardaba, porque estaba sin dinero. Comprendí que me era forzoso recurrir a mi tutor, al que por rencor tenía abandonado desde hacía algunos meses; y, recordando su bondad,

me dije que lograría sin duda de él que me asegurase un asilo donde tuviera libertad para obrar a mi antojo. Le escribí y vino inmediatamente a verme. Se me mostró al principio frío y como molesto; me preguntó si me proponía volver a hablarle de mi pretendida pasión, a lo que le respondí humildemente, mintiendo muy bien, aun costándome mucho, que aquella pasión se había extinguido. Inmediatamente se dulcificó y, como estábamos solos en el locutorio, me sentó en sus rodillas y me besó tiernamente, pidiéndome que le expusiera mis deseos y agregando que, fuera de su consentimiento para una boda estúpida, no había nada que no estuviera pronto a concederme. Le dije que no podía seguir viviendo en casa de mi madre, donde ciertos espectáculos me escandalizaban; y poniendo en mi lenguaje toda la ingenuidad que pude, hablé del señor de Laclos, así como de los rumores que fingí haber oído respecto al señor de Gercourt. Le expliqué después que, al verme de nuevo recluída en el convento, me sentía incapaz de soportar la vida de pensionista, por lo que le pedía su protección y que me agradaría mucho que me enviase a cualquier punto del campo donde pudiera vivir libremente, como vivía de niña, a la vez que exenta de las asechanzas del mundo.

Mi tutor no hizo observación alguna respecto a mis referencias de lo que había oído o visto en casa de mi madre, porque sin duda sabía de ello más que yo; me dejó hablar y luego me dijo: “Tu

padre, con su clarividencia, adivinó que tal vez te vieras un día en la situación en que te encuentro; y me planteas un problema que él resolvió de antemano, diciendo frecuentemente: Cuando una joven no puede seguir viviendo en pensión ni cerca de su madre, no hay que apresurarse a casarla, sino a instalarla en medio de la Naturaleza y de las gentes sencillas que en medio de ella moran". Tú quieres vivir en el campo y yo puedo permitirte, sin que tu madre tenga nada que oponer a ello. Yo poseo muchas casas donde serías recibida como una joven reina; pero desgraciadamente están en Flandes y en esta estación sufrirías en ellas las molestias del frío. ¿Por qué no vas a la Provenza, donde tú posees una quinta muy habitable? Allí vivirás como dueña, mandarás y te ejercitarás en cuidar de tus bienes. Si esta proposición te agrada, pondré a tu lado una persona honesta y no desagradable que conozco, la cual te servirá de aya y de compañera a la par. Permanecerás allí todo el tiempo que te plazca, y cuando te canses de tal vida, me escribirás para acordar lo que convenga entonces. Creo que tendré ocasión de ir a reunirme contigo y, si te agrada, viajaremos juntos; y me halagará mucho que las gentes, al vernos, tomen por mi hija a una muchacha tan linda como tú." Besé a mi padrino diciéndole que nada podía complacerme tanto como la idea de vivir en Provenza y de viajar después con él, y rogándole que lo dispusiera todo para que yo pudiera partir cuanto antes.

Todo me agradaba en tal proyecto; no veía en él nada desagradable más que la presencia del aya, a la que veía como una dueña poco indulgente contra la que me tendría que defender. Pero, en fin, no podía pedir todas las gollerías.

Por haberme formado tal idea del aya, me sorprendí mucho al día siguiente cuando vi llegar a mi tutor acompañado por una mujer de menos de treinta años, que podía pasar por bonita, muy correcta, pulcra y hasta bien vestida, la que me presentó como mi futura compañera, agregando que era viuda de un dependiente que él había tenido. Mis prevenciones se disiparon inmediatamente y besé a aquella *dueña* de todo corazón. Una carroza de viaje estaba en la puerta; vi mis baules con mis ropas y efectos, que mi tutor había enviado a buscar a casa de mi madre; recibí una considerable suma de dinero y la promesa de que pronto me serían enviadas otras; y después de besar largamente a mi tutor, tomamos el camino de Provenza. Curiosa de conocer a mi *dueña*, empecé inmediatamente a hacerle hablar. Me contó su vida; y cuando llegó a su viudez y a las ternuras que había perdido, comprendí por ciertos suspiros que no sólo su corazón echaba de menos a su esposo; de donde inferí que me entendería muy bien con ella y la pondría pronto en situación de oír mis confidencias y de prestarse a mis proyectos; ya dejándole tanta libertad para consolarse que tuviera ella misma que confiarse a mí, ya, si era preciso, ape-

gándomela por ciertas caricias. Las circunstancias me fueron, por lo demás, inmediatamente favorables.

En Fontainebleau, donde nos detuvimos para comer, fuimos alcanzadas por una carroza de la que descendió un caballero de buen porte, aunque un poco burdo y cargado con exceso de anillos y dijes, que nos saludó graciosamente y se sentó a la mesa frente a nosotras. Nos miró mucho a las dos, pero sin atreverse a dirigirnos la palabra. Lo volvimos a encontrar por la noche en Montragis; entonces intentó entrar en conversación y nos preguntó si éramos hermanas, a lo que respondió mi *dueña* que ella no tenía tanto honor, haciendo replicar a nuestro comensal que era muy digna de él. Entablada así la conversación, continuó muy cortésmente y no sin alguna galantería. Nuestro hombre nos dijo que se dedicaba a la venta de sedas, que iba a Ginebra y que, si nosotras nos dirigíamos a Provenza, como le había dicho nuestro postillón, nos volveríamos a ver sin duda, puesto que él seguiría el mismo camino hasta Lyon; ante tal perspectiva, mi *dueña* tuvo una satisfacción que no pudo disimular. Al día siguiente, en Gien, sorprendí cambios de miradas. Por la noche, durante la comida, en Nevers, advertí sonrojos en la cara de mi *dueña*, y, habiéndome inclinado para recoger mi pañuelo, vi debajo de la mesa dos botas que oprimían un lindo brodequín. En La Palisse, al pasar por un corredor, oí un ruido de besos y

vi llegar a mi *dueña* un tanto despeinada, seguida de cerca por el comerciante un poco subido de color. Al otro día, en Roanne, al salir del cuarto que ocupaba con mi *dueña*, vimos salir del cuarto vecino a nuestro mercader y sorprendí rozamientos y apretones de manos, que me dieron la idea de que se sellaría muy pronto un acuerdo.

Con el propósito de dejar alguna libertad a aquellos enamorados, pretexté cansancio para ir a acostarme antes de terminar la comida. El cuarto en que nos alojábamos mi *dueña* y yo estaba amueblado con dos camas; la mía pegada al tabique medianero del cuarto del comerciante. Pronto oí pasos discretos, después la apertura de la puerta vecina, luego palabras ahogadas y, por último, muy cerca del tabique, ciertos ruidos que reconocí por haberlos oído aún más de cerca y por los que me enteré de que se había puesto el sello al contrato previsto por mí. Me pregunté si debía levantarme para interrumpir aquellas expansiones y vacilé dudando que tal partido fuese el mejor; y aún no había salido de mis vacilaciones cuando se abrió la puerta. Mi *dueña* se acercó a ver si yo estaba dormida, lo que le hice creer, y luego se acostó haciendo menos ruido que un gato.

Por la mañana supimos que había caído tanta nieve durante la noche, que las carrozas no podrían franquear las montañas, por lo que la partida no tendría lugar hasta el día siguiente. Acogí tal acontecimiento con alegría e invité a mi *dueña* y al

mercader a dar un paseo. Retózamos los tres como chiquillos, formando y lanzándonos bolas de nieve, y el comerciante se divirtió zarandeando a mi *dueña*, sin cohibirse ante mí, que simulé encontrar como las cosas más naturales los ligeros favores que cambiaban. La comida fué muy animada; después de comer volvieron los juegos y las bromas; a la hora de cenar estábamos un poco cansados, pero con esa especie de cansancio que yo sabía que no es contrario a la busca de otras fatigas; y con el mismo pretexto que la *víspera*, dejé la mesa antes que mis compañeros.

Había advertido, por haberle echado una ojeada, que el cuarto del comerciante estaba, como el nuestro, amueblado con dos camas; entré en él, me desnulé y me acosté en aquella de las camas que los ruidos de la *víspera* me habían revelado que no era la ocupada, teniendo buen cuidado de ocultar mis vestidos y de correr las cortinas de mi cama para que no me vieran. Hecho esto, esperé; pero en el curso de la espera me dormí. Me despertó un ruido de suspiros, de besos y de palabras entrecortadas. Me senté en la cama, descorrí la cortina y vi... lo que deseaba ver. Pero en el sueño había olvidado mis planes de tal modo que experimenté una verdadera sorpresa y lancé un grito no fingido. Inmediatamente después recobré la serenidad, me precipité hacia la puerta y volví a mi cuarto, desde donde llamé a mi *dueña* como si estuviera inquieta por no encontrarla allí. Llegó

inmediatamente a medio vestir. Le dije con palabras trémulas el error que había cometido al ir a acostarme, mi súbito despertar, mi susto y el espectáculo de violencia que había visto; le pregunté los motivos de su ausencia y de que estuviera medio desnuda; llegué entonces a la sospecha; había creído reconocer en ella la persona a la que había visto ser violentada en el cuarto contiguo; pasé de la duda a la certeza; la compadecí y le afirmé que debía perseguir ante los jueces de la ciudad al hombre que la había tratado tan indignamente. La acosé tanto, que hubo de entrar en la vía de las confesiones; me dijo que era muy culpable, que lo que yo había visto no eran violencias, sino testimonios de amor, que estaba avergonzada de haberme hecho presenciarlos, que se veía deshonrada a mis ojos y que no podía seguir a mi servicio. Como llegó a la conclusión deseada por mí, no me quedaba más que mostrar indulgencia. Cayó de rodillas ante mí; la levanté diciéndole que la palabra amor hacía temblar mi corazón, aunque no supiera lo que significaba; que no podía por menos de ser indulgente; que era verdad que no podía conservarla a mi servicio, pero que, para que no perdiera su reputación, no haría saber a mi tutor nada de aquella aventura y que ni siquiera le comunicaría nuestra separación; y, en fin, que, no queriendo dejarla sin dinero, le daría en Lyon, donde debíamos separarnos, el necesario para que volviera a su casa. Mi dueña lloró al ver mi bondad; se deshizo en

atenciones, diciendo que sentía no poder imponerse algunas mortificaciones para agradarme; notó que yo tenía frío; calentó mis pies con su aliento, me acostó y arregló las ropas de mi cama como hubiera hecho con un hijo; entonces, yo la atraje hacia mí y, besándola, le dije muy bajo que si quería ir a reunirse con su amante, podía hacerlo. Se negó, se fué a su cama, pero cuando me creyó dormida, se levantó suavemente y, de nuevo, oí al otro lado del tabique ciertos ruidos que no dejaron de turbarme y darme alguna envidia. Sin embargo, el cansancio del día fué bastante fuerte para imponerme el sueño y me dormí antes de que hubieran cesado aquéllos ruidos; y por la mañana, vi a mi *dueña* dormitando donde debía, así como, a los pies de mi cama, los vestidos que yo había dejado en el cuarto vecino.

Nuestro último día de viaje fué un tanto fastidioso; ni una ni otra sabíamos qué decirnos, y cuando a la hora de la comida volvimos a encontrar a nuestro mercader, éste no osó alzar los ojos ante mí, y permaneció mudo. Nos separamos en Lyon; él se mostró muy cortés y no dijo una palabra; ella tuvo lágrimas de gratitud y me pidió permiso para besar mis manos, a lo que le respondí abrazándola y entregándole la suma que le había prometido. Quiero decir al punto (y tendría aquí un magnífico tema para filosofar si fuese hombre de pluma), que tal comedia fué acaso un venero de felicidad para mi *dueña*. En efecto, recibí muy

pronto en la quinta de A..., en la que me instalé, una carta de ella, en la cual, tras mil protestas de gratitud, me refería que su mercader, considerándose causante de la pérdida de su puesto, la había indemnizado primero espléndidamente, y, después, habiéndola llevado a Ginebra, donde las conveniencias no permiten tener una amante, la había presentado como su mujer; y que, amándola más cada día, hablaba de casarse con ella. Supe más tarde que tal boda se había verificado y que mi *dueña* estaba bien establecida.

En Lyon decidí tomar el barco y me presenté al capitán como una huérfana que iba a reunirse con parientes lejanos. Pagué con largueza, por lo que fuí bien tratada; el capitán me dejó disfrutar su camarote, donde tenía calor, en tanto que las brisas del Ródano helaban a muchos viajeros. Mi huésped era un viejo, muy honrado y poco entrometido, circunstancias ventajosas para mí todas ellas, porque, en el estado en que me habían puesto la visión y la audición de los amores de mi *dueña*, hubiera sido capaz de cualquier tontería; y, no habiendo olvidado mi finalidad de salir del mi embarazo sin perder mi reputación, no quería echar un amante sino en condiciones favorables a mi plan. A los tres días, desembarqué en Tarascón, desde donde fuí en un coche público hasta S. P., y en esta ciudad alquilé una calesa que me condujo a la quinta de A...

El guarda y su mujer, cuando supieron quién

yo era, se sorprendieron mucho al verme en tal equipo; pero yo me guardé de dejar ver que lo advertí. Mi tutor me había indicado que debía proceder como ama, lo que hice de tal modo que no se les ocurrió interrogarme. Yo había decidido representar el papel de muchacha independiente, el cual convenía a mis proyectos. Se me hizo visitar la quinta, que era grande y estaba bien amueblada. En cualquier otra región de Francia, fuera de Provenza, hubiera resultado muy fría; pero el clima la hacía muy comfortable. De vuelta a la casa del guarda, le pedí a éste que me presentara su familia, la que componían, aparte su mujer, tres hijas y un sobrino joven, de buena estatura, rostro agradable y limpio vestido. Está aquí de paso, me dijo el guarda. "Trabaja en la ciudad, en casa de un hombre de leyes, pero ha querido venir al campo para aprender el cultivo y la poda de los árboles." Yo pensé al punto que aquel joven podría tener un puesto en mis planes.

Hice conocer entonces cómo me proponía organizar mi vida; no era glotona y me contentaría con la comida de los guardas, la que me haría llevar a la quinta; estaba acostumbrada a servirme yo misma y sólo reclamé la asistencia de una de las hijas para arreglar mis habitaciones y cuidar de mi ropa blanca. Escogí para tal oficio la que me pareció más estúpida, de la cual me dijeron que cosía bien. Sólo una cosa, dije, queda por arreglar; la quinta es demasiado grande para que la habi-

ten dos mujeres solas. Yo no puedo, añadí dirigiéndome al guarda, pedirle a usted que vaya a alojarse en ella y separarlo así de su familia; pero este mozo (y señalé al joven sobrino) podía prestarme ese servicio para defendernos en caso de necesidad. “Es demasiado honor el que le hace usted a Tiburcio”, dijo la mujer del guarda, mientras el joven se inclinaba graciosamente. Yo había hablado en tal tono que nadie podía hacerme objeción alguna; pedí a continuación que me dieran de comer en el lugar donde estaba, y debo decir que la comida que me sirvieron fué sana y buena, muy preferible a la que me daban en el convento. En cuanto hube terminado de comer, llevé a todo el mundo a la quinta para ayudar a mi instalación. Elegí un gran cuarto, cuyas ventanas daban al Mediodía; instalé a la joven que había de ser mi criada en un gabinete bastante alejado, ordenándole que no saliera de él sino cuando yo la llamara, y fijé como alojamiento de Tiburcio otro gabinete separado de mi cuarto por otro destinado a tocador. Después de haberlo puesto todo en orden en mi departamento, despedí al guarda y, rendida de cansancio, me acosté.

Al despertar, mi cuarto estaba lleno de luz; casi me emocioné al ver por la ventana el paisaje que se extendía ante mis ojos. La quinta estaba rodeada de pinos; pero una corta hecha en el bosque permitía ver más allá de éste una pequeña playa que descendía hasta el mar. En aquella playa

ví un hombre que se bañaba; seguí sus movimientos; salió del agua, se vistió, subió hacia la quinta y, cuando se acercó,, reconcí a Tiburcio. Me alegré; había temido encontrar en él la suciedad de un campesino y me agradó pensar que aquel a quien ya, sin conocerlo apenas, había elegido por mi amante, cuidaba de su cuerpo. Llamé a mi criada y la enseñé a preparar mi tocado y a vestirme, después de lo cual la mandé a su cuarto, recordándole la prohibición de salir de él sin ser llamada. Se mostró tan azorada por mi orden que tuve la seguridad de que no desobedecería; y para suavizar la severidad de mis maneras, creí oportuno decirle que haría servirle regularmente sus comidas y que, si estaba satisfecha de su servicio, la enviaría algunas veces a comer con sus padres.

Bajé entonces al parque, donde no tardé en encontrar a Tiburcio, ocupado en sangrar los pinos para recoger su resina. Adoptando entonces modales totalmente opuestos a los que había empleado con su prima, lo interrogué acerca de su trabajo. Me respondió muy cortésmente y sin timidez. Le dije que me inspiraban gran curiosidad las cosas de la Naturaleza, y que contaba con él para instruirme en ellas; vi que al oír esto brillaron sus ojos y me contestó que nada, en efecto, era más atrayente que la Naturaleza. Yo agregué que, cansada de la vida de las ciudades, deseaba hacer mucho ejercicio; quería andar, montar a caballo,

y hasta manejar los remos, y que contaba con él para acompañarme y enseñarme lo que no sabía; él respondió con un saludo, después de lo cual lo dejé.

Por la tarde lo envié a llamar y le rogué que me condujera a las partes del bosque más bellas a su parecer. Me llevó a parajes encantadores, llenos de rocas, de fuentes y de cantos de pájaros. Lo interrogué sobre los nombres de los árboles y sus cualidades, sobre los insectos y sobre todo lo que veía. Respondió a todo y me dió explicaciones que renovaron los recuerdos, guardados por mí perennemente, de los paseos dados con mi padre. No tuve un instante de aburrimiento y me sorprendí al hallar tanta ciencia en un hombre que había querido hacer vida de campesino.

Por la noche lo llamé para dar un paseo. Una parte del parque formaba una terraza sobre el mar; a ella me hice conducir. Hacía calor, el cielo estaba lleno de estrellas y se veía el mar, todo él brillante. Jamás noche alguna había mostrado a mis ojos tan bello espectáculo. Tiburcio me habló de los astros y del movimiento de los cielos; después de lo cual lo interrogué sobre él mismo, porque me interesaba. Me explicó que había sido colocado de niño en casa de un sacerdote que poseía una biblioteca, que allí había aprendido algo y que hubo un momento en que se le destinó al clero; pero que, no sintiendo vocación por el sacerdocio, se había empleado en casa de un abogado y, des-

pués de haber seguido sus estudios y haber leído mucho, el efecto de sus lecturas había sido demostrarle que no había libro más hermoso que el de la Naturaleza, de tal modo que había ido a casa de su tío con el propósito de leerlo por sí mismo. Me refirió toda su vida y hasta sus meditaciones del modo más franco y me maravilló su lenguaje, que era nuevo para mí. Seguí mucho tiempo interrogándole y oyéndole; después volvimos a la quinta, donde él me dejó a la puerta de mi tocador; y ya tuve como un pesar al dejarlo allí.

El día siguiente transcurrió de igual modo. Después de comer, fuí yo quien lo llevó a la terraza; y, apoyados ambos muy juntos en la balaustrada, lo interrogué sobre sus lecturas y sobre las que más le habían impresionado. Me dijo que ningún libro lo había conmovido tanto como la *Nueva Eloísa*. Le pregunté lo que refería tal libro; y, acuciado por mí, me contó tan sencilla y sublime historia. Yo me proponía parecer emocionada al oírlo, puesto que deseaba inducirlo a la emoción; pero he de confesar que me emocioné sinceramente. Cuando me habló del primer beso de Julia a Saint-Preux, mi mano temblorosa tropezó con la suya; cuando me refirió sus amores demasiado rápidos, las dos manos se estrecharon para no separarse ya; se estremecieron juntas en los mismos momentos; a cada pena, el estremecimiento se hizo más fuerte, y, cuando Tiburcio me dijo la muerte de Julia, incliné la cabeza y la apoyé sobre su pecho sollozante,

El me retuvo en sus brazos, por creerme próxima al desmayo, y llevándome casi en ellos, me volvió a mi cuarto; y allí, lo hice tan bien o le dejé hacer tan bien a él, que se quedó.

CAPITULO VI

MIS AMORES CON TIBURCIO.—DOY A LUZ UN NIÑO.
ME SEPARO DE TIBURCIO.

Por sincera que fuese mi emoción, no me ofrecí con el corazón alegre al amor de Tiburcio. Mi espíritu estaba lleno por el recuerdo de Danceney; pensaba, con pesar, que apenas un mes antes estaba en sus brazos y que su abandono me obligaba a echarme en los brazos de otro. Pero sentí un remordimiento al ver la felicidad de Tiburcio. Su gozo era totalmente embellecido por la gratitud. No saltó de mi lecho sino para echarse a mis pies, besando éstos y la sábana sobre la que yo estaba tendida: "¡Ah!, decía. ¿Qué he hecho yo para merecerte? Yo creía que no había en el mundo más que una Julia, ¿Podría pensar que nacería una segunda y que nacería para mí? ¡No! ¡Tan completa dicha no puede ser más que el sueño de un instante! Tus sentidos han sido sorprendidos; es imposible que tú me ames. Si es así, no temas decirlo; yo desapareceré de tu vista; desapareceré, si

tú quieres, del mundo. ¿No habré vivido bastante una vez que te he poseído?”

Su rostro estaba bañado en llanto y yo sentía el mío próximo a brotar. Lo atraje hacia mí, y mezclamos nuestras lágrimas; luego las secamos con otras mezclas. Yo estaba conmovida, saboreando aquel placer, nuevo para mí, de gozar sólo con el goce que daba; y me dormí sobre el pecho de mi amante, completamente tranquila, contenta de verme tan amada y cerca de corresponder a aquel amor.

Me desperté tarde y no encontré a Tiburcio a mi lado. Sentí el deseo de verlo y, deslizándome hacia la ventana, lo percibí ocupado en su trabajo entre los pinos. Me hice vestir aprisa; descendí y me mostré a sus ojos. Al verme se puso pálido y vi la ansiedad en su cara. Yo le sonreí e inmediatamente se iluminaron sus ojos. “No se me acerque usted, dijo, no pronuncie una palabra afectuosa, porque entonces caería a sus pies y sería usted comprometida.” La nobleza de tales frases me conmovió. “Tu corazón es grande, le dije. Me amas y piensas ante todo en los daños que ese amor podría irrogarme. No te diré lo que temes oír; sólo he de hacerte saber que te comprendo y que no soy ingrata.” El no tuvo fuerzas para contestar y lo vi tan turbado que me alejé.

Pensé detenidamente en lo que acababa de oír: ¡Ah!, me decía; ¡qué certeramente pensaba mi padre que no hay salud para el alma más que en me-

dio de la Naturaleza! Esa nobleza que veo en Tiburcio, ¿en qué salón podría encontrarla? ¿Quién se la ha dado sino estos árboles y este cielo? ¿Porqué no habré yo vivido desde hace mucho tiempo en estos lugares? Si mi padre no me hubiera sido arrebatado tan pronto, tal vez me hubiera traído; hubiera desarrollado en mi alma el amor de lo grande; hubiera amado un día a un Tiburcio con la misma abnegación que veo en él; en tanto que no amo más que el placer y que, separada del único amante que me es querido, soy una joven mancillada y condenada a la mentira! Lloré por mí misma y por mi pureza perdida; tomé odio a Batilde, a Valmont y a mi madre. No veía nada amable en mi pasado más que mi afecto por Sofía y el que, durante las primeras semanas, sentí por Danceny: ¡Ah!, me decía, ¿por qué no se podrá, a costa de algunos años de existencia, recomenzar la propia vida? Y me admiraba que ninguna lección de virtud me hubiera hecho reflexionar tanto como algunas palabras de aquel campesino instruído.

Después de comer fuí de nuevo en su busca y lo encontré en su trabajo. “Perdóneme usted, me dijo; esta mañana tenía miedo a los efectos de mi emoción y ahora soy dueño de mí. Mi corazón puede estallar en mi pecho; ni un gesto revelará su movimiento.” Yo le respondí. “Te doy las gracias porque es preciso que nadie nos descubra. Tendríamos que separarnos y no quiero verme priva-

da del compañero que va a explicarme los secretos de la Naturaleza y a enseñarme además una multitud de ejercicios tan favorables a la salud como al humor; porque deseo que desde mañana me enseñes a conducir una lancha." Le hablaba con la voz más dulce, pero me guardaba de pronunciar una sola palabra de ternura; tan próxima a manifestarse estaba, no obstante lo que él dijera, su emoción.

Desde aquel momento llevamos una vida de las más amables, cual la que pudieran hacer dos esposos muy prendados el uno del otro. Dábamos largos paseos a pie: Tiburcio me enseñó a montar a caballo, a nadar, a manejar los remos e hice rápidos progresos en estos diversos ejercicios. El no pasaba todo su tiempo conmigo. Por la mañana, cuando volvíamos del baño, me dejaba para ir a su trabajo." No me lo prohíba usted, me decía; me pondría muy flojo no haciendo más que servirla y regodearme cerca de usted; y entonces ya no sería digno de amarla." Trabajaba también por la tarde; pero siempre por la noche, a menos que la lluvia la impidiera, íbamos a la terraza, desde donde, después de haber hablado largamente, subíamos a mi alcoba.

Tras pocos días logró, como deseaba, ser por completo dueño de sí; se conducía de tal modo que nadie, a mi entender, tuvo jamás la menor sospecha de nuestro trato íntimo. Por la mañana mi criada me encontraba sola en mi dormitorio, cuyo des-

orden había reparado él antes de irse; y cuando estábamos fuera y podíamos ser vistos, él se mostraba siempre deferente, sin tener ni fingir, por lo demás, bajeza alguna; a la manera, más que de un criado, de un caballero servicial.

Yo estaba conmovida por su amor, encantada por su reserva, impresionada frecuentemente, tanto por la verdad cuanto por la profundidad de sus palabras; no puedo decir, sin embargo, que lo amara y me reprochaba con frecuencia no corresponderle con todo el afecto que merecía. A veces pensaba que hubiera sido sin duda honrado y discreto el ligarme de por vida a un hombre de tal linaje; pero sabía que mi naturaleza era incapaz de tal ligadura. Frecuentemente echaba de menos las frivolidades que, por lo poco que había visto del mundo, imaginaba que debía encontrar cuando me desarrollara libremente; y aun menospreciando a los hombres que había tratado en casa de mi madre, al compararlos con Tiburcio, no podía eximirme de pensar que sus maneras afectadas, sus galanterías, hasta sus mentiras y malignidades debían de dar alguna complacencia. Y, puesto que quiero ser sincera, he de decir también que, aun juzgando que el nacimiento es una ventaja engañosa, encontraba en Tiburcio un no sé qué por lo cual desmerecía algo a mis ojos, no saliendo del rango de la gente plebeya: cierta falta de gracia en el porte y en el modo de hablar, de comer, hasta en el modo de amar, que, sin que se me ocurriera

jamás la idea de mostrárselo, me era insoportable y me alejaba de él.

Así, en tanto que él me pertenecía en cuerpo y alma y me tenía un afecto que no me ha dedicado ningún otro hombre, amándome con una especie de devoción, como si yo hubiera sido enviada directamente por Dios para hacerlo feliz, yo en ningún momento estuve a su lado enamorada por completo; no olvidaba a Danceney, como tampoco el testimonio que llevaba en mí de mis breves goces con él; y no cesaba de pensar en mi proyecto.

Por este lado no había apariencia alguna satisfactoria para mí: A pesar de nuestras fatigas de todas clases, de mis violentos ejercicios a caballo, a pie y en el mar; a pesar del agotamiento en que me dejaban otros trabajos en los cuales Tiburcio se mostraba tan valiente por lo menos como Valmont (si no más, puesto que ponía en ellos todo su corazón y no sólo su orgullo) no veía llegar el aborto perseguido. A los tres meses pensé que acaso no llegaría y que, si el hijo de la curiosidad había tenido frágil la existencia, el hijo del amor deseaba vivir. Entonces hube de decidirme a adoptar un nuevo partido.

Una noche que estábamos en la terraza, silenciosos y apoyados junto a la balaustrada, le confíe a Tiburcio el estado en que me hallaba. Le asaltó tal temblor que lo creí próximo a desmayarse; y, echándose a mis pies y abrazando mis rodillas, me dijo que no había soñado jamás con la gloria

de hacerme madre; que era el más afortunado de los mortales, como yo era la más admirable de las mujeres; y prosiguió cantándome mis loas y mostrándome su adoración de un modo que hizo saltárase las lágrimas. Lo alcé; luego, teniéndolo abrazado, le dije que estaba contenta de ser madre por obra suya; pero que, por ser señorita de condición, debía de ocultar mi dicha y los motivos de ella. Todo me veda, le dije, ser tu esposa a los ojos del mundo. Ni mi madre ni mi tutor lo consentirían. “¡Ah!, exclamó, mujer sorprendente y maravillosa, ¿no le has dado ya demasiado al amor que la Naturaleza supo inspirarte? Has arrojado de tu corazón los principios contrarios a esta Naturaleza que la sociedad había depositado en él. Si hicieras algo más, esa sociedad se vengaría. Tú serías perseguida, enclaustrada tal vez y seríamos separados. A ti, que me has dado un gozo que no podía esperar mortal alguno, ¿podría yo hacerte en cambio desgraciada?...” Yo le expresé cuanto me conmovía su lenguaje, y, cogidos del brazo, volvimos a mi alcoba.

Durante aquella noche formamos un plan que empezó a ser puesto en ejecución al día siguiente.

Yo le hablé alguna vez al guarda, sin desprenderme, sin embargo, del aire de independencia y de seguridad que había adoptado el primer día. La primavera comenzaba a dar calor y la nieve a desaparecer de las altas montañas que veíamos en el horizonte. Le dije al guarda que me gustaría via-

jar y visitar aquellas montañas. Al punto me respondió que Tiburcio las conocía bien por haber hecho numerosas excursiones a ellas y que, si yo tenía la curiosidad de recorrerlas, él sabría dirigirme; pero que, de todos modos, debía asegurarme de antemano de encontrar algún alojamiento. Llamé a Tiburcio y delante de el guarda le di a conocer mi deseo (ya se supondrá que estábamos de acuerdo sobre lo que él había de hacer). Partió y estuvo ausente toda una semana, durante la cual he de confesar que lo eché de menos, no tanto por faltarme de noche, cuanto por la privación de los paseos y las conversaciones con él. Cuando volvió me dijo (y yo tuve buen cuidado de que el guarda estuviera presente) que había encontrado varios alojamientos; pero, que de todos modos, por ser los caminos muy malos y no poder pasar por ellos un carruaje, dudaba mucho que yo me decidiera a emprender aquella expedición, a menos que quisiera conformarme con un cochecillo ligero, pero incómodo, que no podía llevar más que dos personas. Yo fingí sorpresa porque él osara darme su opinión y le dije severamente que, decidida a visitar las montañas, emplearía el coche que me permitiera llegar a ellas. Le pregunté entonces al guarda si conocía alguna persona a la cual pudiera confiarme y que fuera capaz de hacer todo lo necesario en el curso de tal excursión. El guarda, a quien había sorprendido también mucho la libertad de lenguaje de su sobrino, vaciló algunos

instantes y después me dijo tímidamente que, si no me era molesta la compañía de un charlatán, podía confiarme a Tiburcio, porque nadie podía servirme mejor que él para el caso. Aparenté reflexionar y dije, al fin, que aceptaba; Tiburcio se inclinó entonces y yo le mandé ir inmediatamente a buscar el coche de que me había hablado. Por la noche nos divertimos mucho con el recuerdo de aquella comedia; porque, es claro, que, si el guarda me hubiera propuesto cualquier otro acompañante que su sobrino, yo no habría aceptado ninguno hasta que me ofreciera éste. Pero todo había marchado de la mejor manera y como nosotros lo deseábamos.

Algunos días antes había recibido yo de mi tutor una crecida suma, a la par que una carta en la que me decía que tenía que ir a Holanda y permanecer allí algunos meses, repitiéndome su ofrecimiento de ir a reunirse conmigo en cuanto arreglara sus asuntos para hacer juntos un viaje. Contábamos, pues, con el tiempo necesario y en cuanto el coche estuvo dispuesto, partimos. A algunas leguas de la quinta, cuando llegamos a un punto donde nadie nos conocía, Tiburcio paró el coche; yo cambié detrás de unas matas mi vestido de señora por otro de campesina, del que me había provisto, y seguimos nuestro camino con el nombre del señor y la señora de Tiburcio. Lejos de ir hacia las montañas, por las que yo no era atraída en modo alguno por haber tenido siempre horror

al frío, seguimos la orilla del mar; y al cabo de tres días, durante los cuales no nos apresuramos, divirtiéndonos en mezclarnos con las gentes en las posadas, nos detuvimos en el pequeño puerto de V., donde Tiburcio había alquilado un alojamiento.

Permancí allí tres meses, y puedo decir que no me aburrí en el curso de ellos. Tiburcio, siempre fiel a las normas que se trazaba, se dedicaba a la pesca en una lancha que había adquirido. Quería, según manifestaba, ganar con qué subvenir a nuestras necesidades, porque proceder de otro modo habría sido indigno de un hombre. Se excedía en su faena; no diré que sus ganancias fueran suficientes; pero, si yo agregaba algo a ellas, me guardaba de que él pudiera sospecharlo. Lo acompañaba con frecuencia en su barca y nada podía dar idea de lo radiantes que aparecían entonces su frente y sus ojos. Yo era, según decía, más que su amante, más que su esposa, ya que además de esto, era su compañera en los gozos y en los trabajos. De vuelta a nuestro alojamiento, me ayudaba a preparar las comidas y en todos los menesteres caseros; porque, siguiendo su ejemplo, yo había decidido servirme por mí misma, lo que, por lo demás, era para mí una ocupación que me parecía sana. No teníamos con nuestros vecinos, pescadores como nosotros o artesanos de otros oficios, más relaciones que las exigidas por la cortesía o la caridad; y no porque yo despreciara a

aquellas gentes humildes, pues, al contrario, procuraba imitarlas en su lenguaje y sus maneras, sino porque Tiburcio era capaz por su saber y sus atenciones, de llenar la vida de una mujer. En muchas materias fué mi primero y mi único maestro. Enseñaba en todo instante, según lo que encontrábamos y sin parecer enseñar; obtuvo de mí que escuchase lecturas y hasta que le pidiese hacérmelas; verdad es que sólo le gustaban los buenos autores y juzgaba a los demás lo mismo que yo. Me hacía reír, a la vez que reflexionar, con Rabelais y Molière, como me hacía llorar y meditar con Rousseau. Frecuentemente empleaba la palabra *filosofía*; y esta palabra, que me era insoportable en boca de los amigos de mi madre, no me desagradaba en la suya. Los filósofos que yo había visto no tomaban de la filosofía sino lo preciso para aparentar, para sorprender a las gentes y para escribir luego algún galimatías; en tanto que Tiburcio, lo mismo que hiciera mi padre, se había instruido en ella para vivirla. Yo tenía, en suma, tanta estimación por sus cualidades, que me reprochaba cada vez más no sentir amor por él; pero comprendía que era incapaz de ello y sabía mostrarle precisamente lo necesario para que creyera que tenía mucho más.

No se me ocurrió ni por un momento la idea de quejarme; en primer término porque ya tenía, como he tenido después siempre horror a las quejas (a menos que éstas puedan llegar a hacer que

desaparezcan sus motivos y hasta suprimir sus causas); y también porque me decía que ninguna joven en mi estado hubiera podido encontrarse en situación más segura y envidiable. Estaba al abrigo de toda curiosidad del mundo; no tenía nada enojoso que temer por consecuencia del acontecimiento que aguardaba; y, lejos de ver en torno mío desprecio por mi conducta, era amada con devoción. A medida que mi embarazo se fué haciendo más visible, Tiburcio fué aumentando su ternura. Temía que no pudiera reposar bien, tanto, que juzgando duro mi asiento y no contando con qué adquirir lo necesario para que estuviera más cómoda, consintió que adquiriese con mi propio dinero una poltrona, grosera en verdad, pero bien acolchada, en la que estaba, en efecto, muy cómodamente. Creo que ningún sacrificio le fué más penoso y que aquel día me dió la mayor prueba de su afecto. Yo me divertía a veces en coquetear, diciéndole que no podía gustarle como antes un cuerpo tan deforme; él se ponía entonces de rodillas, diciendo que la mujer debía ser querida, pero que la madre debía ser adorada; lo alzaba inmediatamente y, después de la adoración, recibía ardientes homenajes de amor.

Cuando comenzaron los dolores del parto, Tiburcio se asustó mucho, porque juzgaba prematuro aquel alumbramiento, ya que nuestras relaciones databan de menos de ocho meses. Una vecina, hábil en el oficio, lo tranquilizó, haciendo,

por otra parte, todo lo necesario; y, sin grandes sufrimientos, di a luz un hermoso niño. No pude menos de sentir una viva emoción cuando oí los primeros vagidos de aquel nuevo sér y lo pusieron en mis brazos; sentí de pronto una ternura de la que me creía incapaz, porque hasta entonces, aquel hijo que yo llevaba en mis entrañas, no había sido amado más que por Tiburcio. Apenas pensé en Dancený, y, si pensé algo, fué con menosprecio; lo juzgaba indigno de ser padre y, mirando a Tiburcio, me dije que la paternidad de mi hijo le pertenecía en toda justicia. El se mostró tan contento cuando hubieron terminado mis dolores que, viendo mi hijo en sus manos, me sentí encantada de hacerle don de él; y, como había de dejarlo, sabía que nada de mí podría confiarle que fuera recibido con más reconocimiento.

Yo no debía empezar la lactancia, ya que el destino me impedía proseguirla; decidimos, pues, tener una cabra. Tiburcio, que me compadecía por el sacrificio que yo debía hacer al no amamantar a mi hijo, no permitió a nadie ordeñar la cabra, encargándose él de ello, así como de cuidarme y de hacer todo lo necesario para aquel niño que tenía por hijo suyo. Estaba constantemente cerca de mí, a veces alegre y a veces melancólico. Pensábamos ambos en la próxima separación, sin hablar de ella ninguno de los dos.

Me restablecí pronto; y he de confesar que mi restablecimiento fué acompañado por el deseo de

salir lo más pronto posible de la situación en que estaba y de vivir de nuevo en sociedad. Me reproché tal pensamiento, pero no pude evitar que me preocupara. Procuré ser más amable aún para Tiburcio; y, cuando dejé el lecho, osé hablarle de nuestra separación: “Usted me ha dado, dijo, algunos meses de una felicidad que pocos humanos han conocido. Yo sabía que esta felicidad tendría un término. Ese término ha llegado. Para vivir me queda el recuerdo, que es mucho. Crea usted que ninguna mujer obtendrá el amor de Tiburcio: porque ninguna es digna de ocupar su puesto.” Prosiguió largamente; y oí acaso el más bello himno de ternura y de gratitud que haya oído mujer alguna. Lloramos ambos sentados cerca de la cuna. Tiburcio acariciaba la cabeza del niño; yo la acaricié también y se encontraron nuestras manos. “Guardarás, le dije, algo más que mi recuerdo. Este hijo que no puedo declarar, que no puedo reconocer, ¿a quién le pudiera confiar sino a ti?” Tiburcio lanzó un grito de alegría y, dejando caer su cabeza sobre mis rodillas, empezó a sollozar. “¡Ah!, exclamó; ¿qué divinidad te inspira? Descubres mi más ardiente deseo e inmediatamente lo colmas. Si me llevo este hijo tuyo, ¿qué más puedo pedirle a la suerte?” Cogió entonces al niño y, alzándolo en sus brazos: “He aquí, dijo, todo mi bien en la tierra! ¡He aquí tu recuerdo viviente!”

Desde aquel momento hablamos con tranquili-

dad de nuestra separación y formamos nuestro plan de conducta. Tiburcio vendió su lancha, fué a buscar un caballo, y partimos en el mismo coche y con el mismo equipaje que habíamos llevado, sin más aumento que el de mi hijo en mis brazos. Nos dirigimos hacia las montañas y nos detuvimos en el pueblo de P..., donde había una mujer acreditada en el cuidado de los recién nacidos. Mi hijo le fué confiado. Ya se supondrá que no lo dejamos sin dolor; puedo asegurar que el mío no era fingido. A Tiburcio le costó gran trabajo desprenderse de él y sólo lo hizo a mi requerimiento. "No puedes, le dije, llevar este niño a la quinta; si alguien sospechara su origen, no te lo perdonaría. Dentro de un año vuelve a recogerlo; se creará que es un niño abandonado; entonces lo criarás tú y no te separarás más de él." Me respondió que no podía hacer sino someterse y admirar mi prudencia. Partimos, pues, dejando en buenas manos aquel pedazo vivo de mi carne.

A algunas leguas de allí, haciendo lo contrario de lo que había hecho en el viaje precedente, troqué por un vestido de señora el de campesina que llevaba; y Tiburcio me pidió permiso para guardar éste como una reliquia del tiempo feliz de nuestro amor. Me condujo hasta la ciudad y allí nos dijimos adiós en el cuarto de una posada. "Yo quisiera, le dije, asegurar por lo menos tu vida y la de nuestro hijo; pero tú no lo permitirás. De todos modos, te ruego, para mi tranquilidad, que asientas a que

te arriende una de las granjas próximas a la quinta. Me gustaría, ya lo supondrás, no cobrar el arriendo; pero, conociéndote, no puedo hacer más que decirte que será tanto mayor mi satisfacción cuanto menor sea la suma que me pagues. Mañana daré a mi notario las órdenes oportunas. Ahora debemos separarnos. Yo te haré saber adónde has de escribirme, para que me hables tanto de tí como de nuestro hijo." Yo lloraba, pero Tiburcio logró retener sus lágrimas. Le presenté mi frente; él pareció no notarlo; e, inclinándose de pronto, besó fuertemente mis manos, e inmediatamente huyó sin pronunciar una palabra.

Tuve un gran sentimiento; me pareció que nunca lo había querido tanto. Me pregunté de nuevo si procedía prudentemente al separarme de él y si no abandonaba una región de paz para ir a arrojarme a las tormentas del mundo. No imaginaba entonces que Tiburcio había de ocupar aún un gran puesto en mi vida.

Encontré en la ciudad una criada presentable y la contraté; luego, habiendo alquilado una carroza, llegué en dos días a Niza, desde donde escribí a mi tutor que había viajado mucho sola y que, si él tenía aun sus intenciones de antes, me complacería mucho en ponerme en camino con él.

CAPITULO VII

SALIDA PARA ITALIA.—CARACTER DE MI TUTOR.—
EL SEÑOR PAGIOLI.—MUERTE DE MI TUTOR

Al principio sentí una gran melancolía. Las conveniencias me vedaban ir al teatro y, sin relación alguna social, permanecía sola todo el día, echando de menos a Tiburcio y a mi hijo y persistiendo en la duda de si había procedido discretamente al dejarlos. Mi única diversión era provisionarme de vestidos y de ropa blanca, de lo que estaba muy mal provista. Compré con profusión, pues estaba rica por contar con todo el dinero que me había enviado mi tutor y que Tiburcio me había impedido gastar. En mis salidas recibía muchos homenajes, pero no les hacía caso y, por lo demás, podía ver y oír a los hombres sin que me inspirara deseos ninguno de ellos, como si el nacimiento de un hijo hubiera aportado la calma a mis sentidos.

Me alegró mucho la llegada de mi tutor, cuya alegría no cedió a la mía. Me hizo muchos cumplidos sobre el buen aspecto que mi vida, en medio

de la Naturaleza me había dado, y sobre mi belleza, que declaró incomparable. Hicimos juntos comidas muy alegres; me refirió algunas aventuras ocurridas a personas que yo había conocido en casa de mi madre y no me habló de ésta sino para decirme que estaba bien y que no objetaba nada a mi ausencia; creí entender, sin embargo, que tenía algo que contar de ella. Después de la comida, aunque me había dicho que yo era ya una señora—lo que, a fe mía, sabía yo mejor que él—me sentó en sus rodillas y, tras besarme un poco en la cara y en el cuello, me expuso sus planes. Como me creía muy ignorante, había llevado un mapa de Italia, en el que trazó la ruta que debíamos seguir. El había recorrido ya las ciudades que íbamos a visitar y me habló de cada una de ellas de un modo que excitó mi admiración, por lo que se mostró muy contento.

Al día siguiente me llevó al teatro y luego a un casino donde vi numerosas personas jugando; me indujo a arriesgar algún dinero que perdí y que me reembolsó inmediatamente—lo que no me impidió declarar que el juego es estúpido (y de hecho no he vuelto a jugar después). Permanecimos en Niza tres días más, yendo a los teatros y paseándonos; al cuarto supimos que nuestra carroza de viaje nos aguardaba.

Cuando mi tutor vió el número de mis baúles tuvo un fuerte acceso de risa y me preguntó si llevaba conmigo todo el menaje de una casa. Yo

le di a conocer mis compras, mostrando una viva mortificación ante la idea de abandonarlas, a lo que me respondió que me prohibía dejar nada, porque quería que su hija, ya deslumbradora por su belleza, pudiera deslumbrar también por la elegancia y la variedad de su atavío.

Hicimos un viaje muy placentero a través de Génova, Pisa, Roma, Bolonia, Venecia, Milán y muchas otras ciudades de las que no hay para qué citar los nombres, puesto que están en los mapas. No intento, por lo demás, referir nada de las bellezas que ví; es cosa de las gente de pluma desenvolver su admiración en largos períodos; cuanto a mí, me gustan demasiado las obras bellas para creer que las palabras puedan expresar algo de lo que siento; y cuando me hallo frente a una maravilla de la escultura, siento más deseos de besarla que de hablar. He de decir que mi tutor tenía en esto el mismo fervor y la misma reserva que yo. Era muy aficionado a las artes, poseyendo en su casa de París salas llenas de obras magníficas; y adquirió en el curso del viaje algunas otras que no cedían en nada a las que poseía. Se sorprendió al advertir tanta inteligencia y tanto gusto en mis observaciones; verdad es que mi amor al arte había surgido de pronto, porque antes no había pensado en él jamás, como si durante mi juventud nunca lo hubiera mirado. Sin duda, esta era una ventaja más que debía a Tiburcio. Habiéndome enseñado a ver y sentir la Naturaleza, me había

así preparado para admirar los objetos que la representan. Mi tutor y yo estábamos siempre de acuerdo, excepto cuando nos encontrábamos ante el estilo gótico; porque entonces, él quería hacerme admirarlo, lo que me era imposible, especialmente cuando lo veía en las iglesias cuyas marañas de arcos y de pilastras me parecían andamiajes que los albañiles habían tenido que dejar por miedo á que se derrumbara el edificio si los quitaban. Disputábamos entonces un poco, así como también cuando me encomiaba algunos cuadros de antiguos pintores, cuyas secas líneas no tenían nada de la gracia de la Naturaleza. Pero aquellas eran disputas de personas que se complacen en discutir un poco, y siempre terminaban con un beso que me daba mi tutor, diciéndome que le agradaba mucho el que yo tuviera sentimientos propios, lo que prefería a que siempre adoptase los suyos.

Como él ya había residido antes en Italia, no hubo ciudad donde no fuéramos invitados a alguna reunión; y a veces fuimos de una ciudad a otra con numerosa compañía. Las personas que visitábamos hablaban frecuentemente en francés, pero, aunque no lo hicieran así, como yo había aprendido algo de italiano en el convento, me puse pronto en condiciones de entender todo lo que decían.

Era la primera vez que yo veía el mundo con alguna libertad, sin tener que esperar las órdenes de mi madre para hablar, responder, sentarme,

bailar, cantar, dejar un salón o quedarme en él. Mi tutor quería que yo tuviera la independencia de un pájaro, y yo me aprovechaba de ello para entregarme a charlas y a manifestaciones de alegría de las que las gentes parecían congratularse. No es que careciera de recato, pues sabía mostrar todo el que hacía falta, sino que no creía conveniente fingir una completa inocencia. Así, me complacía en la vida de sociedad, no sufriendo ya la fatiga consiguiente al esfuerzo de ser hipócrita y limitándome a ser decente.

Bien porque yo hubiera cambiado algo, o bien porque los italianos son más sencillos que los franceses, cuando recordaba la sociedad que se reunía en casa de mi madre, me parecía mucho más agradable la que veía. La cortesía de ésta parecía completamente natural, como su galantería por completo sincera; y si a veces hablaban muy libremente unos de otros, de todas suertes, una persona podía dejar un salón sin que se cebara en ella inmediatamente la maledicencia. El amor parecía cosa más importante aún que en Francia; pero había no sé qué suavidad hasta en la pasión, que me hacía pensar en una música de violines, mientras que los conciertos amorosos que había sorprendido en casa de mi madre no daban idea más que de un ruido de carraca. No había tenido que ejercitar de nuevo mi curiosidad respecto a cuáles de las personas que trataba podrían ser amantes entre sí; tan ajeno parecía el disimulo a sus maneras; y no tenían por

qué ocultarse, puesto que las uniones forjadas por el corazón eran consentidas con la misma consideración que las que había bendecido un sacerdote. No se recataban de decir delante de mí, como la cosa más natural, que el caballero que acababa de saludarme era el amante de tal o cual señora, a la que había sido presentada el día anterior, y esto, aun tratándose de señoras en condiciones de contraer matrimonio. Lo que más me sorprendió fué ver a veces que un hombre de edad era señalado como el amante de una mujer muy joven, sin que a nadie se le ocurriera sonreírse de aquella diferencia de edades, y sin que los hombres jóvenes intentaran mofarse del viejo y arrebatarse su conquista. Tengo mis sospechas de que algunos me tomaron por la amante de mi tutor y de que éste no se esforzó en desmentirlo. Sin embargo, no sólo no ví sonreír a nadie, sino que ésto me defendió de ciertas empresas, porque el vínculo amoroso que se nos suponía era respetado en virtud de un acuerdo forjado por el interés, si no por el sentimiento.

Fuí muy cortejada, como puede suponerse, no tanto por mi gracia y mi elegancia, cuanto porque soy rubia, y este color apasiona a los italianos, por ser muy raro en sus mujeres, que procuran imitarlo con numerosos artificios. Sin embargo, me mostré sorda a todas las solicitudes; y sin ser jamás gazmoña, no concedí el menor favor a ningún hombre. Verdad es que me contenía el miedo,

muy saludable para las jóvenes, de quedarme inmediatamente embarazada, como ya me había ocurrido dos veces; y me arredraba la idea de preservarme por precauciones que le permitirían a un amante, la primera vez que yo lo recibiera, colocarme en el rango de las bailarinas de la Opera. Pero contaba para defenderme también, como ya he dicho, con que no sentía desde mi parto, los deseos de los que se había aprovechado Valmont; y ni una vez tuve tentaciones semejantes a las que había tenido en casa de la señora de Rosemonde, y a las que sin duda habría cedido nuevamente. A veces, es cierto, a la salida de la Opera, cuando la música me había conmovido, sentía algún deseo de ciertos goces, pero entonces me ponía con más cuidado en guardia: rehuía lo más posible la compañía de los hombres, y, si tenía necesidad de hacer alguna concesión al temperamento, como había observado que las señoras, cuando gustan de ciertos juegos, se conocen por miradas entre ellas, me acercaba a una de las que se hacían reconocer así y, acompañándola a su casa, era calmada pronto por sus maniobras. No es que tuviera en ello un verdadero placer ni que pensara en cultivar tal género de ejercicios, que era para mí como una medicina en la que se deja de pensar en cuanto ha producido su efecto, sino que así evitaba todas las tentaciones. No me vi peligrosamente atacada más que una sola vez en Venecia, donde habiendo ido a la Opera sin mi tutor, fuí confiada para la vuelta

a un caballero que, sin estar en la primera juventud, tenía aún bastante gracia. Yo estaba embriagada por Cimarosa, y los cantos que se multiplicaban sobre el agua prolongaban mi embriaguez; a favor de la noche, mi acompañante, adivinando mi emoción, se acercó a mí sin pronunciar una palabra, y, como hubiera dicho Valmont, sus manos tomaron posiciones. Me sentí totalmente privada de fuerzas y habría sucumbido, si en una revuelta del canal no hubiera estado a punto de zozobrar nuestra góndola, lo que nos asustó tanto que nos pusimos de pie y todo volvió al orden. Una vez tranquilizada, me guardé mucho de arriesgarme nuevamente a aquel fuego y, quedándome silenciosa, pensé en las dificultades con que tropieza la educación de las muchachas, diciéndome que, si es verdad que no se les puede dar a conocer sin peligro los placeres que tanta curiosidad les inspiran, tienen, sin embargo, más defensa cuando esa curiosidad fué satisfecha alguna vez. No es menos cierto, por lo demás, que aquella noche mi defensa se retardó un poco y que no fué mi prudencia, sino la Providencia más bien, quien me salvó, sin duda para favorecer mi propósito de no conceder ya nada a un amante.

No se crea que sólo fuí objeto de ese ataque; hubo otros mucho más honestos. Varios caballeros solicitaron mi mano; unos porque en ello veían un segundo método, el único, para obtener mis favores, cuando el primero había fracasado; otros,

sencillamente, porque les habría gustado tenerme por esposa. Los primeros me hablaban francamente y yo les respondía lo mismo rechazándolos; los segundos dirigían sus solicitudes a mi tutor. Este me las transmitía siempre lealmente, pero de un modo que me divertía; porque tomaba entonces el tono serio y adusto con que me había hablado al pedirle su protección para casarme con Danceney. Por broma, yo me mostraba vacilante y veía aumentar su seriedad: lo interrogaba sobre las cualidades del pretendiente, segura de que me haría un retrato de él poco halagüeño; después, cuando llegaba a decirme—porque siempre tomaba el mismo giro nuestro diálogo—que yo era libre y podía, por ende, cometer libremente una tontería, le declaraba de pronto que no me casaría con el nuevo pretendiente, como con ninguno de sus predecesores. Entonces se despejaba su semblante; me cogía en sus brazos y besando mi cara me mecía sobre sus rodillas como si yo no fuese ya una persona mayor. En tales momentos, yo leía en el corazón de aquel encantador anciano que me amaba con una pasión de joven, enamorado, sumiso y celoso. No es que intentara jamás hacerme otra caricia que besarme y estrecharme contra su pecho; ni aún diré que se le ocurriera nunca la idea de hacer algo más; pero era, según suele decirse, como el perro del hortelano que ni come la berza ni la deja comer a nadie, ni hombre ni animal. No quería que yo tuviera sentimientos amorosos

por ningún caballero y gozaba al verme indiferente a todos los homenajes; y, cuando, después de haber rehusado un partido, le aseguraba en voz baja que no sentía afecto por nadie más que por él, era tal su alegría que habría obtenido de él todo lo que hubiera deseado.

Por lo demás, le decía la verdad. Yo no imaginaba hacer mi esposo a ninguno de los que me perseguían. ¿Qué les reprochaba? No podría decirlo. Por corteses, por galantes, por bravos, por guapos y hasta por inteligentes que fueran, me parecía que les faltaba algo que yo llamaba la *seriedad*. Creo que mi reproche consistía en que no tuvieran ciertas cualidades que me agradaban en Tiburcio; y aunque poseyeran otras de las que Tiburcio carecía, yo no pensaba en reconocerlas. ¡Tal es el poder de un ausente cuando es hombre de carácter y ha depositado algo de su genio en nuestra alma! No es posible librarse de su influencia. Yo no había amado a Tiburcio y lo sabía; pero precisaba que el hombre a quien amase fuera parecido a él en ciertos aspectos; y me decía que sus modales, su género de seriedad, su proceder de no expresar más que ideas meditadas, sin que la opinión ajena ni la rutina influyeran para nada en su expresión, no lo encontraría jamás en los hombres de alcurnia, porque les faltaban a todos; y concedía a veces más atención a un comerciante o a un artista que a un duque o un marqués. Mi prevención se hacía tan fuerte que me sorprendía en al-

gunos momentos el haberme podido interesar por libélulas de salón como Valmont y como el mismo Danceny; y llegué en ella al punto de que habiéndome enterado por cartas que mi tutor recibió de París, de que aquel amante tan querido por mí antes, se había casado, no sentí más que un poco de despecho, de desprecio acaso, pero sin nada de pena, al recibir tal noticia. Es verdad que Danceny estaba entonces lejos; y que, si otros son prestigiosos en su ausencia, él era de aquellos cuyo prestigio está todo en su presencia; y que yo no habría sin duda (más adelante se tendrá la prueba) acogido tan ligeramente la noticia de su casamiento si lo hubiera tenido ante los ojos.

No fué inmediatamente después de separarme de Tiburcio, sino mucho tiempo más tarde, cuando me dí cuenta del imperio que su recuerdo tenía en mi espíritu. No había incurrido nunca en la ingratitud de olvidarlo, porque muy al contrario, mis pensamientos iban con frecuencia a él, especialmente cuando mi tutor se asombraba de ciertas observaciones mías, que no habría hecho en modo alguno si Tiburcio no me hubiera enseñado a reflexionar. Pero, durante algunos meses, aunque totalmente sometida a las ideas que él me había inculcado, no tuve consciencia de tal sumisión; fué súbitamente y sin que interviniera causa alguna, como comprendí que era completa y que no había intentado substraerme a ella ni por un momento. Entonces, como ocurre que un senti-

miento se hace más fuerte cuando se ha reconocido, me sentí más sumisa aún y me conformé con ello. Tiburcio era como un juez que yo llevaba conmigo para aprobar o condenar mis actos; y si es verdad que en algunos instantes tal juez pudo faltar a su misión, ya porque tuviera locuras de chiquilla, ya porque mi temperamento lo obligara a callarse, después de cada uno de estos casos sentía siempre como un reproche suyo que me suscitaba un remordimiento. A la par que en Tiburcio, pensaba en el hijo que le había confiado, del que me dió noticias muchas veces durante el viaje, escribiéndome con el pretexto de informarme de los asuntos de la quinta y de las granjas; yo recordaba lo que él había proyectado para su educación, que trataba de organizar, según el *Emilio* y pensaba en el puesto que habría debido yo ocupar en ella. Era presa entonces de melancolías que no podía confiar a nadie y, mirando con envidia a las madres que amamantaban y paseaban a sus hijos, si tenía ocasión de coger uno de ellos, lo estrechaba contra mi pecho con voluptuosidad. Mi tutor se reía al ver en mí tales impulsos de ternura, diciéndome que estaba aún en edad de jugar a las muñecas; yo no le respondía nada, pero sabía que mi humor era el de una madre de duelo. No diré que tan tristes ideas persistieran en mí, pues frecuentemente una frase jocosa, la invitación a una diversión cualquiera bastaban a ponerme alegre; pero, si volvía a hablarme mi tutor de cosas serias,

especialmente de casamiento, veía ante mí a Tiburcio con mi hijo en brazos presentándomelo; y, sintiéndome incapaz de hacer una cosa que no obtuviera su aprobación, no concebía que pudiera ligar mi vida más que a un hombre serio e inteligente a la vez y que también a la vez fuera amante apasionado, fiel esposo y buen padre.

No hallé pretendiente cortado por tal patrón hasta que estuvimos en Milán, ya casi al final de nuestro viaje. Allí, un día, mi tutor me presentó al señor Pagioli, un hombre de negocios que había ido a pagarle una letra y cuya inteligencia le plugó tanto que, tras una breve conversación, lo invitó a comer. La comida fué, en efecto, de las más agradables y yo compartí pronto la opinión de mi tutor. El señor Pagioli era, como él, aficionado a las artes, de las que hablaron de un modo que me interesó mucho; no dejé de tomar parte en la conversación y me agradó mucho ser apoyada por nuestro invitado cuando expresé mi horror al estilo gótico, que él abominaba lo mismo que yo. Nos vimos casi todos los días siguientes, ya porque fuéramos los tres juntos a visitar galerías de arte o a regatear el precio de algún cuadro en casa de un mercader, ya porque tomásemos un carruaje para ir a ver una bella fábrica de los alrededores, bien porque nos acompañase a la Opera o bien porque fuésemos invitados a las mismas reuniones; porque como el señor de Pagioli era muy rico (y el dinero ha sido estimado siempre por las

gentes de la aristocracia), no había tardado en ser recibido en el rango de las personas de condición.

No puedo decir lo que me gustó en él, porque en ello entraron demasiados factores para que no hubiera alguno imposible de expresar. Tenía cerca de cuarenta años, era alto y fuerte y su rostro, como tallado en madera, no tenía nada de amable; no obstante, yo le encontré pronto cierto encanto, tal vez únicamente porque no merecía los reproches de frivolidad que podía dirigir a los demás; no procuraba agradar por todos los medios y la moda tenía poca influencia en sus juicios; sin ser pedante, hablaba a veces de cosas serias; sonreía cuando formulaba una crítica; no carecía de galantería, pero no acompañaba ésta de palabras insípidas, ni de suspiros, ni, menos aún, de términos indecentes; no era pacato, pero se mantenía siempre en el límite de las conveniencias; miraba de frente a las personas, indicándoles así que si no era engañador, no sería tampoco engañado; en resumen, en la comedia del mundo—comedia en la que he de confesar que, si no intervenía de todo corazón, estaba lejos de aburrirme—era alguien de carácter verdadero, a la vez cercano a la Naturaleza y lleno de civilidad; como un Tiburcio que hubiera adquirido el tono de los salones sin echarse a perder.

Como era inteligente y, por haber hecho numerosos viajes, sabía muchas historias, se le buscaba y, a veces, en las reuniones no se oía más que a él.

La observación del favorable ambiente que lo rodeaba me hacía más sensible a sus atenciones. Aseguraba que prefería a toda diversión la de acompañarnos a mi tutor y a mí; y, como cuando íbamos al campo, a veces mi tutor cansado de andar, se sentaba en un ribazo o en una piedra y nos invitaba a seguir el paseo sin él, solía disfrutar yo sola la amenidad de su conversación. Lo acompañaba sin pensar en ponerme en guardia contra él (como hubiera tenido que hacer con un galanteador); por lo demás, él me había tranquilizado desde luego sobre tal punto: Odio, me había dicho, a los que van siempre detrás de las faldas. ¿Qué placer hay en conquistar los favores del cuerpo, cuando no han sido antes obtenidos los del alma?

La primera vez que me habló así, adoptando, como creí que debía hacerlo, un aire de recato, me esforcé en sonrojarme sin conseguirlo. Volvió a hablarme de igual modo y yo hice lo mismo; entonces, mirándome y obligándome a mirarlo de frente, me dijo: “Por qué finge usted no entender lo que entiende perfectamente? Es usted encantadora, ¿por qué se despoja de parte de su encanto, por la falta de sinceridad? En algunos momentos representa usted el papel de ingenua; ¿cree que me engaña y que puede simularse la ingenuidad? No sólo no es usted ingenua, sino que nunca lo fué; su inteligencia se lo impidió, y yo estoy seguro de que ya de niña sabía usted oír, ver y reflexionar

y de que no se satisfacía con lo que le contaban. No sé ni le pregunto en qué momento supo usted lo bastante para comprender lo que acabo de decirle; pero no dudo que, tras un año de vida en nuestra gentil sociedad de Italia, está usted lejos de tener la ignorancia que quiere hacer creer. Me parece bien que intente usted engañar así a ciertas gentes, porque hay muchos necios que creen que entre el conocimiento y el acto hay muy poca distancia. Pero, ¿no soy yo bastante amigo suyo para que conmigo prescindiera usted de esa ficción? ¿Cree que yo pueda condenar ese conocimiento en una persona virtuosa e inteligente? Muy al contrario; y, si no me atrevo a asegurar que deba comunicarse a todas las jóvenes, es por creer que hay muchas faltas de inteligencia y que éstas, lejos de encontrar en ese saber, como usted, medios defensivos contra ciertas empresas, se harían tal vez por él más débiles.”

Nada puede interesar tanto a una mujer como hablarle de ella misma, sobre todo si lo que se le dice es verdad y si son tenidas por dignas de elogio algunas de sus maneras que ella tenía por reprochables. La mujer que se suponía en mí entonces era aproximadamente la mujer de aquellos días; pero no era ¡ay! la mujer de tiempos anteriores, la pobre muchacha que el conocimiento había empujado a la curiosidad y luego al desorden. Mas me parecía que tenía actualmente derecho a olvidar mi yo de antes, ya muerto y como borrado; y me

complacía en repetir estas palabras: *persona virtuosa e inteligente*, que honraban mi yo actual. Me conmovió deliciosamente la estimación del señor Pagioli y me sentí invadida de tal afecto por él que llegué a persuadirme de que ningún hombre de cuantos hasta entonces había conocido podía contentarme, ni contentar a Tiburcio, tanto como él. Si hubiera pedido entonces mi mano, se la habría concedido sin rodeos. Pero nada me permitía suponer en él tal intención; y aunque yo sintiera, a la vez que despecho, un poco de pesar, tenía demasiado orgullo para ofrecerme.

Ocurrió que aquel hombre, al que yo distinguía, tuvo que dejarnos. Iba a Génova para recibir varios barcos. Me consternó tal anuncio y tengo el recelo de que no supe disimularlo. Afortunadamente, mi tutor se había prendado de aquel compañero hasta el punto de decidir que partiéramos con él, diciendo que nos sería más fácil volver a Francia por mar que por el mal camino de los Alpes. Salimos de Milán, mi tutor y yo en nuestra carroza y el señor Pagioli en la suya; pero nos reuníamos en todas las etapas. Mi tutor estaba muy contento y yo no le estaba menos, tanto más cuanto que me parecía ver ciertas miradas dirigidas a mi persona y advertir al hablarme ciertos temblores en la voz que indicaban algo de emoción. Por desgracia, en el curso del viaje mi tutor cogió frío, de tal modo, que estaba aún enfermo al llegar a Génova. Tal contratiempo tuvo una compensación,

porque el señor Pagioli, no queriendo dejar en tan mal estado a su amigo en una posada, nos pidió que aceptáramos un departamento en su palacio. Entonces lo vi a todas las horas del día y con frecuencia a solas porque apenas salía más que con él. Y le descubría sin cesar nuevas cualidades. No sólo visitábamos los monumentos y las galerías que yo había visto ya el año anterior, sino que íbamos al puerto a recibir los barcos y examinábamos las mercancías en las que él comerciaba con todos los países del mundo. El me estimaba lo bastante para hablarme de sus negocios, de su trabajo y de los riesgos que corría; y yo comprendía al oírlo de dónde provenían la fuerza y la seriedad que apreciaba en él. Como Tiburcio, aunque en una esfera más elevada, trabajaba, haciendo del trabajo una virtud y no considerando los placeres, la galantería y hasta el interés por las artes, más que como diversiones sin importancia; en tanto que todos mis pretendientes sólo eran, a lo sumo, capaces de dedicar su vida a una sola de tales materias.

La enfermedad de mi tutor se prolongó; pronto los médicos desesperaron de salvarlo y aquel hombre que había sido tan bueno para mí me llamó una noche para decirme que se veía al borde de la tumba y quería arreglar mis intereses. Me hablaba sonriendo, con su buen tono de siempre, para no dar ocasión a mi enternecimiento ni a mis lágrimas; pero yo tenía mucha pena. Me

dió a conocer detalladamente el estado de mi fortuna y la que él me legaba en testimonio de su gratitud por el gozo que, desde hacía un año, le había proporcionado mi compañía: “Ahora, agregó, ¿qué va a ser de ti? Sin duda tendrás que volver a casa de tu madre, y entonces ¿quién te aconsejará? ¡A quién debo confiarte? He pensado en ello. Y no veo cerca de mí quien pueda prestarte esos buenos oficios más que el señor Pagioli. Si tú consientes, le transmitiré el cuidado de tus asuntos. Es rico, prudente, hombre honrado, y el día en que te cases no te devolverá una fortuna mermada.” Yo le dije a mi tutor que aprobaba por completo su elección; entonces fué llamado el señor Pagioli e informado inmediatamente de lo que se pretendía de él. Nos miramos y creí notar en él alguna emoción al decir que aceptaba con reconocimiento.

Mi querido tutor murió al día siguiente. Había sido para mí un padre, el mejor. Tuve el pesar de una huérfana. Ya no tengo, me decía, a quien pedir consejo y protección. Estaba muy apenada cuando recibí una carta de Tiburcio, que me habían remitido desde Milán, adonde yo le había dicho que me escribiera. Tiburcio me comunicaba en el lenguaje convencional con que nos entendíamos, que había recogido un niño abandonado, muy hermoso, ya lleno de buenas cualidades, al que amaba como un hijo. Aquella carta me recordó que aún tenía un amigo y que también tenía un de-

ber. Pensé en ello largamente, sentada al lado del lecho en que yacía el cuerpo de mi tutor. Lo que había en mí de virtud, unido al instinto maternal que yo sentía tanto, si no más que muchas mujeres, me inducía a reunirme con Tiburcio y a compartir su vida para educar con él a mi hijo, aunque ello diera lugar a un gran escándalo. Pero, al imaginar lo que mi tutor habría pensado de tal determinación, y casi puedo decir que interrogándolo, me persuadí de que no la aprobaría; porque no habría dejado de adivinar que, aunque muy impresionada por las dotes de Tiburcio, me prestaría mal a verme privada de todo lo que echaría de menos a su lado. Entonces pensé en el señor Pagioli y no pude menos de decirme que éste me tenía una verdadera amistad y que era sin duda el protector y el esposo que Tiburcio habría estimado, si es que él mismo no lo hubiera elegido.

Pero, por desgracia, no se me declaró. Tenía para mí las atenciones más solícitas. Durante mis primeros días de pena, preocupado de mi salud como lo hubiera estado una nodriza, me obligaba a comer y a dormir; luego, después de los funerales, cuando las conveniencias me obligaron a dejar su palacio, me buscó él mismo un alojamiento y fué además a buscar un aya conocida suya que vivía muy lejos, pero que era la única, según me dijo, que merecía que yo le fuera confiada. Fué, en suma, el mejor de los hombres; pero era tan diferente de todos en sus maneras que yo no podía

discernir si, bajo su bondad, se ocultaba el amor. Me veía, pues, muy desamparada. Me daba a mí misma como excusa de mi permanencia en Génova, el propósito de elevarle a mi tutor un mausoleo digno de él; pero sabía que pronto habría de decidirme a partir y la idea del regreso a casa de mi madre, donde encontraría mujeres y galanes insoportables, se me representaba como la imagen de la muerte.

En fin, un día que el señor Pagioli fué a verme y que le hablé de la triste vida que me aguardaba, a pesar de mi fortuna, y de lo sola que me sentía: “Yo también, me dijo, estoy solo. ¡Y alguien imaginaría unir estas dos soledades!” Muy emocionada, lo miré un instante y luego bajé los ojos. “Vamos, Cecilia, agregó con alguna viveza, no simule usted ahora también la ingenuidad. Me ha entendido usted muy bien. ¿Se hará usted la sorda o me dará una respuesta?” Entonces fijé mis ojos en los suyos y le dije que hasta aquel momento no había tenido que responder haciéndome la ingenua a tal pregunta, porque, aunque él la hubiera pensado, yo no la había oído; pero, que entonces que la oía, le daría la respuesta declarándole que vería con placer el ser su esposa. Otro hombre habría caído inmediatamente a mis pies, pero tal procedimiento no entraba en los suyos. Se volvió de frente a mí y me dijo que era viejo y feo; yo le contesté que no lo consideraba así. Me arguyó que era de origen plebeyo; le repliqué que eso me

era indiferente, que no le ocurriría lo mismo a mi madre; pero que, si encontrábamos alguna oposición por parte de ella, le rogaba que hiciese todo lo posible para vencerla. Se quedó un momento silencioso, paseándose por la habitación sin mirarme casi; después me explicó que, hijo de padre italiano y de madre inglesa, de la que había heredado sus negocios, era ciudadano de Inglaterra y que, si yo quería casarme con él en su país, no tendría que pedir el consentimiento de nadie porque se tendría por válido y se bendeciría nuestro matrimonio con la condición única del consentimiento de nosotros dos. Yo le respondí que estaba dispuesta a seguirlo adonde quisiera." Una advertencia, replicó, podrá hacerle reflexionar: según las mismas leyes, la mujer no posee nada de ella. Ahora bien, usted es muy rica, lo que deploro, porque quisiera tomarla desprovista de todo, para que no tuviera nada que no proviniera de mí. ¿Consentirá usted que toda su fortuna pase a mis manos sin que pueda usted disponer de ella?" Le respondí vivamente que no tenía nada que reflexionar y que al entregarle mi persona, le entregaba más deliberadamente aún la disposición de mis bienes. Entonces se acercó a mí y cogiendo mi cabeza y estrechándola contra su pecho: "¡He conquistado, pues, tu alma!", dijo; después de lo cual cayó de rodillas y yo sellé nuestro acuerdo con un beso en su frente.

CAPITULO VIII

DEJO ITALIA.—MARSELLA.—TIBURCIO.—EL SEÑOR
DE GERCOURT.—LONDRES.—MI CASAMIENTO.—
SIR GLADYS.

No dejé de sentir alguna inquietud después de tal compromiso. Es verdad que Pagioli me gustaba más que todos los demás pretendientes, pero no lo es menos que no lo amaba como hubiera querido; entiéndase por esto que no sentía al verlo aquella especie de embriaguez que había sentido por Danceney, la cual se apodera de toda la persona y la lanza hacia un amante a la manera de un animal, todos cuyos instintos se hubieran confundido en un sólo apetito del amor. Me decía que tal embriaguez no me sería ya dada, porque había vivido demasiado para volver a sentirla; que en mi matrimonio había más de razón que de sentimiento y que sólo por la razón debía dirigirme. Entonces

dudaba de haber sido razonable y pensaba en la promesa que le había hecho a Pagioli de entregarle toda mi fortuna; porque sabía que los hombres de negocios corren a veces riesgos que los exponen a la quiebra y que una de esas quiebras podía engullirse mis bienes. Pero aquella misma noche volvió a verme mi amante y me rogó que le perdonara la superchería que había empleado para probarme. “No es mentira, me dijo, que al hacerse mi esposa, perdería usted el derecho a disponer de su fortuna; pero puede usted conservarla por mediación de una persona intermedia, de un *trustee*, como se dice en Inglaterra, el cual tendrá la gerencia de sus *propes* y le remitirá todos sus beneficios. Sin duda haría usted bien en designar desde ahora la persona a la que ha de confiar tal misión”. Yo no podía confiarla más que a un amigo y pensé al punto en Tiburcio. Se lo comuniqué a Pagioli, que me aprobó cuanto le hube hablado del saber y la virtud del hombre a quien me proponía confiar mis intereses. En cuanto me quedé sola le escribí, no sin trabajo, a Tiburcio, anunciándole mi boda, describiéndole mi futuro esposo de modo que mereciera su estimación, exponiéndole el servicio que le pedía y diciéndole que, si él lo deseaba, lo vería en Marsella, donde haría una escala al ir a Inglaterra. No sé si quería sinceramente verlo, pero sí que tenía un gran deseo de ver a mi hijo.

Cuando hubo partido mi carta comprendí que

había hecho público mi compromiso; ya no tenía libertad para romperlo, y miré de frente la vida, sin permitirme un escrúpulo ni un remordimiento. Por otra parte, me sedujeron pronto las atenciones y solicitudes de Pagioli, cuyo proceder como amante semejaba el de un rey con su reina; me cubrió de joyas y me obligó a hacer confeccionar mis vestidos y ropa blanca en tal cantidad, que los baúles que había llevado de Niza, cuya balumba había hecho reír a mi tutor, me parecieron una nadería al lado de los que iba a llevar a Inglaterra. No quiso que yo tomara un barco corriente en el que hubiera vivido en comunidad con otras mujeres; hizo disponer en un buque que le pertenecía un departamento amueblado de nuevo todo él; y supo dar tanta prisa a los obreros y pagarles tanto, que todo estuvo dispuesto en dos semanas. Aparejamos entonces en compañía de otros barcos para protegernos contra los piratas berberiscos; y a los tres días (pues los vientos no eran de los más favorables) estuvimos en Marsella.

Apenas desembarqué, vi a Tiburcio que esperaba desde hacía más de una semana la llegada de nuestro barco. Estaba muy enflaquecido, pálido, con los ojos hundidos y como cansado por el exceso de pensamientos. Se lo presenté a Pagioli y aquellos dos hombres cruzaron palabras y miradas de estimación. Fuimos en seguida a la hospedería, donde mi futuro esposo, después de haber puesto a Tiburcio al corriente de lo que yo esperaba de su

honradez y de haberle confiado los papeles concernientes a mi fortuna, nos dejó solos, porque diversos asuntos de interés lo reclamaban fuera. En cuanto nos quedamos solos, Tiburcio salió de la habitación y volvió llevando un admirable niño, que puso en mis brazos. Yo le agradecí muchísimo que hubiera adivinado mis deseos y se lo dije. ¿“Podía, me respondió, no desear hacerle sentir por una vez la alegría que yo tengo a todas horas por poseer tal hijo?” Me refirió, como lo hubiera hecho una madre joven, los actos y los balbuceos de aquel hijo, de un modo que me hizo verter lágrimas. En un momento, sentí tal amor por aquel niño que llegué casi a arrepentirme de lo que acababa de decidir. “Sí, le dije a Tiburcio, yo no tengo esta alegría más que hoy; pero, ¿podía proceder de modo que la tuviera todos los días?” —No, respondió él, no le era posible. Usted hizo más que cualquier otra mujer amando a Tiburcio y confiándole su hijo. Hace usted aún mucho por él casándose con un hombre virtuoso, ocupado por un gran trabajo y que no la estimará menos de lo que merece.” Me asombró esta concordancia de nuestras idas y se lo manifesté. “¡Ah!, dijo con algo de melancolía, a la par que con una mirada de ternura, ¿qué puedo ambicionar si es cierto que tengo todavía tanto poder sobre su corazón? Si los cuerpos deben separarse, ¿no es una inmensa dicha que los espíritus permanezcan unidos hasta ese punto?” Al hablar retenía sus lágrimas y yo veía sus grandes

esfuerzos para dominar su pena. Nos quedamos durante mucho tiempo silenciosos, yo estrechando contra mi pecho aquel hijo que me sonreía y muy turbada por la idea de dejarlo tan pronto; entonces Tiburcio se levantó, pidiéndome que no lo detuviera: "Estimo a su esposo, desearía quererlo, pero usted comprenderá que su vista ha de serme dolorosa." En respuesta, le devolví el niño que yo tenía en mis brazos y por encima de la cabeza de éste cambiamos un casto beso; después, sin pronunciar una palabra, lo dejé partir.

Pagioli se sorprendió un poco al no encontrarlo conmigo y hube de inventar una explicación, con la que se satisfizo. Me llevó a comer a un cabaret donde nos sirvieron una carne exquisita, como no la habíamos encontrado en Italia; después me propuso asistir a una reunión a la que estábamos invitados, porque él tenía relaciones en todos los puertos comerciales. Yo acepté con la condición de que había de presentarme con un nombre supuesto, a fin de descartar toda probabilidad de que mi madre supiera algo de mi empresa. La reunión era numerosa y muy elegante; yo había tenido la precaución de no adornarme demasiado para no llamar la atención y evitar la desgracia de ser reconocida; noté, sin embargo, fijas en mí, las miradas de muchos hombres, especialmente de militares, los que me dijeron que se disponían a volver a Córcega. Alguien que se hallaba cerca de mí me dió a conocer el nombre de su jefe, llamándolo el

señor de Gercourt (1); y yo miré con curiosidad al hombre que habría debido ser mi esposo; era un guapo caballero, aunque sin juventud, y tenía un aire de hidalguía que me previno en su favor. Le fuí presentada con mi nombre supuesto; me dió inmediatamente la mano y se mostró muy cortés. Como él volvía de París, le dije que había pasado allí una temporada el año anterior, haciendo así que me hablara de lo que se contaba en la capital. Me habló de muchas personas que me eran desconocidas, pero que fingí haber tratado, y luego de otras, a las que yo había tratado, lo que me permitió inducirle a hablarme de mi madre. Lo hizo con urbanidad, pero no sin algunas reservas que me confirmaron en la idea de que lo que yo sabía era sabido de todos; y, cuando cité el nombre del señor de Laelos, me miró sin responderme, pero murmurando una frase latina que retuve y que debía de significar: *uno entre muchos*, según supe después por Pagioli. Le pregunté si aquella señora tenía una hija acerca de la cual circulaban ciertos rumores. “Sí, dijo con algo de mal humor;

(1) Este nombre es el que se le da en “Las relaciones peligrosas”; y por referencia a ese mismo libro hablo aquí de Córcega, donde el señor de Gercourt (lo sé por él mismo) no tuvo mando jamás; y cuando lo encontré iba a embarcarse para otro punto. Aquí hay una nueva mentira, pero por la cual hay que felicitar al señor de Laelos porque, al no dar el verdadero nombre del señor de Gercourt, quiso evitar su descubrimiento, no indicando el lugar donde ejerció el mando dicho jefe. Si todas sus mentiras fueran de esta clase, yo no me quejaría; y ésta me parece tan conveniente que, como se ve, no vacilo en adoptarla (A).

una hija encantadora, según creo, que la ha dejado. Las malas lenguas han propalado que fué seducida por un mal sujeto que murió después precisamente a consecuencia de un duelo y que, según se dice, antes de obtener los favores de la hija había recibido de la madre las primeras lecciones de amor. Pero yo me resisto a creer esas maledicencias; creo más bien que la hija sintió algo de repugnancia por lo que veía en casa de su madre y fué a ponerse bajo la protección de su tutor”. Me contentó mucho, según puede suponerse, saber cómo las personas benévolas interpretaban mi historia y le pregunté al señor de Gercourt si conocía a la joven de la que hablábamos. “No, dijo, pero he de confesarle a usted, porque esto en nada la compromete a ella, que se me destinaba por esposa; y siento no haber conseguido una mujer que tendrá la misma edad de usted, sin duda, con sus mismas gracias, y que tuvo la inteligencia de huir de una mala casa y confiar su virtud a un honrado y encantador anciano”. A continuación me expuso todas las buenas referencias que había oído de mi tutor, cuya muerte ignoraba, y yo me guardé mucho, claro está, de hacérsela saber. He de confesar que todo en él me agradó y adiviné que Valmont lo había calumniado en los informes que de él me dió; y pensé que habría podido ser para mí un esposo amable, si la maldad de las gentes, unida a mi curiosidad, no me hubiera alejado de él.

Dejé la reunión tan satisfecha de lo que había

oído como de lo que había visto; mas, no queriendo correr nuevos riesgos, me negué a asistir a otras, y partimos a los cuatro días. Hicimos entonces el viaje más agradable que se puede imaginar, sin tropiezos con tempestades ni piratas, y deteniéndonos en los puertos de España, de Portugal y de Francia, donde nos divertíamos por las noches, en tanto que Pagioli dedicaba las horas del día al cuidado de sus negocios. En el barco llevaba yo una vida que hubiera envidiado una princesa de Oriente: mi amante era de los más solícitos, velando él mismo por la renovación de las flores y de las variedades de la mesa, conversando conmigo, hablándome tanto de arte como de sus negocios, y no cesando de felicitarme por mi inteligencia. No he de negar que una situación tan voluptuosa prendiera algún fuego en mis sentidos. Mi amante era respetuoso; admiraba mi belleza, pero no intentaba descubrir más de lo que la decencia me permitía mostrarle; y, cuando se acercaba a mí o se retiraba, no se tomaba otra libertad que la de besar mis manos. Yo sentía casi siempre que no hiciera alguna tentativa a la que no habría resistido más que por ficción, para ceder pronto. Cuando estaba sola, tenía en algunos momentos tal deseo de adelantar el instante de la boda, que pensaba en ponerlo en el trance de que tuviera que hacerlo; pero, cuando lo veía después, me contenía, comprendiendo que me arriesgaba a jugarme mi porvenir con él y que debía seguir siendo a sus

ojos la joven *virtuosa e inteligente* que le había parecido.

En fin, a los dos meses llegamos a Londres y Pagioli me condujo al palacio que allí poseía, en el que había hecho tapizar y amueblar de nuevo para mí un departamento, por un tapicero de Versalles. Allí me estrechó por primera vez contra su pecho y, besándome en los labios, me dijo: “¡Cuánto he esperado este momento! Me he contenido durante toda nuestra navegación, porque si antes te hubiera abrazado así, habría llegado a proceder de tal modo que te habría parecido poco honrado. Perdóname si oso hacerlo hoy, porque no ha de faltarme la fuerza precisa para respetarte hasta mañana.” Yo le dije que hubiera podido acelerar la navegación. “No, respondió; había decidido que tu departamento estuviera dispuesto a nuestra llegada, lo que no ha tenido lugar hasta ayer; y yo no me permito desdecirme por debilidad. Todos los días pensaba en mandar que la flota fuera más aprisa y no se detuviera en la próxima escala; pero siempre lograba vencerme y me satisfacía mucho tal victoria, que te dedicaba; porque mereces tener por marido un hombre que tenga pleno dominio de sí mismo, y si a mí llegara a faltarme éste, sería indigno de ti.” Me sentí conmovida por aquel discurso que excitó mi admiración; veía en él la misma grandeza que en algunas frases de Tiburcio y era pronunciado por un hombre más amable.

Aquella misma noche me llevó los papeles ne-

cesarios para nuestro matrimonio, y al día siguiente fuimos unidos por un sacerdote que no requirió más que nuestro consentimiento. Mi marido dejó desde aquel instante estallar su pasión. Comprendí que me amaba como no había amado jamás; tanto que me hacía a mí misma más reproches por no corresponder a aquel amor con la fogaosidad que hubiera debido. Afortunadamente él no tuvo la menor sospecha de tal discordancia; y la primera noche en particular, no pudo tenerla, porque la espera me había acalorado de tal modo que fui seguramente tan ardorosa como lo hubiera sido la muchacha más enamorada. Sólo conservé la consciencia precisa para recordar que mi esposo me creía honrada y fingir un grito de dolor, como había hecho con Danceney. Reflexioné después en esas dos ficciones que yo había empleado, habiéndome abstenido, sin embargo, de hacer lo mismo con Tiburcio; y me dije que, si alguna vez fuese atacada mi reputación de virtud, Tiburcio la defendería quizá más que los otros, dispuesto a jurar que él había obtenido mis primicias, porque tenía más fe en mi honradez que ningún otro, por ser él más honrado que todos los demás.

Por no haber dado publicidad mi marido a su regreso, vivimos una semana completamente aislados, teniendo bastante con vernos, hablar y amarnos. Pronto supé que, aficionado a todos los artes, era también muy diestro en el del amor; lo cultivaba con tanto valor y tanta variedad como Val-

mont, si bien no hubiera confesado nunca, como éste, su cansancio, porque no era, según se decía antiguamente, un *maestrillo* en nada. Su pasión pareció crecer de día en día; no sabía cómo expresarme su reconocimiento porque, contando ya con tantas cualidades, tuviera también la de ser voluptuosa; y lo era, en efecto, y, como las satisfacciones de los sentidos tienen tanto poder sobre mis sentimientos, notaba que lo amaba más que el primer día y esperaba que pronto mi pasión no cedería en nada a la suya.

No dejamos nuestra soledad sino para lanzarnos a la vida agitada que llevan en Londres las gentes capaces de grandes gastos. Disfruté un lujo que no hubiera imaginado en el palacio de un rey: una mesa servida con los manjares más raros; flores de todas las estaciones, frescas y fragantes como recién cogidas; vestidos para poder cambiar varias veces al día sin ponerme dos veces el mismo en todo un mes; carrozas, caballos y criados hasta no saber su número. Gozaba de todo ello sin enloquecerme; no había ambicionado jamás grandes riquezas; no me había tenido por desgraciada en una cabaña con Tiburcio; y me decía que aquellas ventajas del lujo me habrían resultado muy pesadas si las hubiera tenido que pagar soportando un marido desagradable. A veces le reprochaba sus prodigalidades a mi esposo y le predicaba la prudencia. El me contestaba que no había nada que temer, que era uno de los más ricos negociantes

de la Cité y uno de los que poseían más barcos; y que, lejos de contenerlo en sus gastos, debía incitarlo a hacer más, pidiéndole mil cosas que se complacería en darme, además de las que ponía a mis pies, las que aún no me eran conocidas todas. Me hizo saber en tal ocasión que poseía un castillo rodeado de extensas tierras, donde recibía a sus relaciones en las épocas de caza, así como también una casa no lejos de la ciudad, a la orilla del río. Una *casita*, dijo sonriendo; y, en la opinión general, la más elegante y mejor dispuesta que puede haber.

Yo sabía por las murmuraciones públicas lo que era una *casita*; tuve curiosidad por visitar aquella y mi marido consintió en llevarme a visitarla. Vi un delicioso chalet rodeado de bosquecillos y mirándose en el agua; en el interior no había más que tapices, cojines, otomanas, espejos y pinturas galantes. Mi marido me mostró algunos orificios hechos hábilmente en los tabiques que permitían ver desde una habitación lo que pasaba en otra. La vista de aquellos lugares totalmente dispuestos para la voluptuosidad nos incitó a ambos a la misma tentación, de tal modo, que en medio de la visita hicimos uso de una de las otomanas. El primer efecto de aquel placer, apenas obtenido, fué una impresión de inquietud y de celos en mi ánimo: Pensé que mi marido haría a veces con otra, en aquel mismo sitio, lo que acabábamos de hacer; y la pena que sentí me demostró que le

tenía verdadero afecto. Le expuse francamente mi pensamiento. “No tenga ese recelo, me dijo. He tardado mucho tiempo en encontrarte y luego en conquistarte para arriesgarme a nada que pudiera apartarte de mí. Si te he traído aquí, ha sido para hacerte conocer por mí mismo este lugar, del que otras personas, acaso, te hablarán con misterio. No te niego que haya buscado aquí a veces un placer; pero puedes creer que no hice construir esta casa por vicio, sino solamente por necesidad. Mi vida de hombre de negocios es un combate en el que tengo que emplear todas las armas; y sin duda no hubiera ultimado algunos contratos muy ventajosos con el asentimiento de algún comerciante, de un lord o de un ministro, si no les hubiera ofrecido a esos señores ocasión para un poco de libertinaje. Cuanto a mí, no fuí jamás aficionado a buscar ciertos goces en los que creo que solamente se complacen los que no saben lo que es el amor”. Y al decir esto, para subrayar mejor que con palabras, lo que entendía por esto último, me estrechó entre sus brazos hasta creer ahogarme.

Era la primera vez que mi marido me hablaba de las orgías a las que se entregaban las personas de la buena sociedad. No lo hacía ciertamente sin intención, pues quería instruirme en todo. Comenzamos entonces a recibir gente y a visitarla. Al principio, yo estaba un poco cohibida porque pocas personas sabían francés; pero pronto conocí la lengua inglesa lo suficiente para comprenderlo

todo; porque esa lengua es muy sencilla, casi bárbara, y se habla sin esfuerzo cuando se aprende de oído como los niños. Se me trató al principio con mucha cortesía y no hube de oír ni ver nada que pudiera herir el pudor más timorato; tanto, que pensé que si la sociedad era aburrida, también era correcta. Mi marido, a quien comuniqué esta impresión, se rió mucho. “Espera, dijo, que te conozcan lo suficiente para presentarte algo más que el semblante; y no creas que hay aquí menos galanteos que en otra parte cualquiera. La diferencia está en que en otras partes (y lo mismo pasaba aquí, según parece, a principio de este siglo) la galantería se muestra, mientras que aquí se oculta; pero para manifestarse más licenciosamente cuando cree que no puede ser vista ni criticada”. Esperé, pues, y pronto fuí suficientemente conocida y se tuvo bastante confianza conmigo (lo que no podía menos de ocurrir, puesto que yo no carecía de buen humor), y empecé a ver en los rincones de mi salón ciertos juegos de manos que me hicieron comprender que mis visitantes procedían en mi casa como si no fueran vistos ni juzgados. Mi marido, a quien le hice esta observación, dijo que se congratulaba de ello, que nuestra casa sería considerada pronto como un lugar de asilo, donde la gente podría permitirse ciertas diversiones sin cohibición alguna y que tal reputación sería favorable a sus intereses. “Yo debería, acaso, excusarme contigo por ponerte en el trance de ver

ciertas cosas que te escandalizarán sin duda; pero creo que me perdonarás comprendiendo que te he elegido entre todas las mujeres porque eres la única que yo podía hacer mi esposa. Porque es preciso que mi mujer tenga mundanidad para saber recibir y tratar a los huéspedes; tenga inteligencia para no hacer la gazmoña y adaptarse a las costumbres y a las necesidades; y tenga, en fin, virtud para no dejarse arrastrar al libertinaje del que puede ser testigo. Tú tienes todo eso; además, eres bella, lo que no era igualmente requerido, y yo te amo". Yo me arrojé en sus brazos diciéndole que, no sólo lo perdonaba, sino que me halagaba mucho su confianza y podía asegurarle mi fidelidad; a lo que respondió que era el más favorecido de los hombres.

Para terminar con este tema, en el que me repugna un poco extenderme, referiré en algunas líneas algo de libertinaje que vi.

Fueron al principio, como ya he indicado, gestos bastante discretos, cambios de miradas, rozamientos de cuerpos, apretones de talles y de pechos, frotamientos de pies por debajo de las mesas, manos que se perdían entre las faldas; después, gestos más visibles: caballeros que bailaban completamente pegados a sus damas, señoras discutiendo el volumen de sus senos y soltando los cordones de sus corsés ante las miradas de los hombres para que éstos comparasen; luego ví parejas, hombre y mujer, desaparecer del salón y oír en la habitación

situada sobre aquella en que yo estaba ciertos ruidos, a veces bruscos (porque las gentes de aquel país se excitan con frecuencia para el amor con brutalidades), tras de lo cual reaparecía la pareja sin que, por lo demás, apareciese indicio alguno de satisfacción en sus rostros; tanta era la costumbre de disimular. Tales ausencias pasajeras se hicieron cada día más frecuentes y yo comprendí que mi casa había llegado a ser un punto de citas. Sin duda, esto era muy buena recomendación, porque recibíamos a los más ricos comerciantes y a numerosos hombres del Gobierno, y, frecuentemente, mi marido lograba de ellos al otro día contratos ventajosos.

La comedia más divertida que presencié se representó, dos años después de mi casamiento, en el castillo donde recibíamos en la época de caza. Estábamos allí doce matrimonios. Una noche, después de comer, uno de los invitados propuso que se hiciera decidir por la suerte los placeres de la noche. Como todos habían bebido mucho, aceptaron todos. Fueron numeradas doce alcobas y entregados doce números a los caballeros y otros tantos a las señoras. La formación de las parejas se echó a suertes. Cada cual ignoraba los números de los otros y cada una hubo de ir, al llegarle la vez, a la alcoba que su número le asignara. Claro es que mi marido y yo supimos apropiarnos el mismo número, de modo que toda la diferencia para nosotros estuvo en amarnos en otra alcoba

que la nuestra; en tanto que todos nuestros huéspedes, se entregaron a expansiones no previstas, no deseadas tal vez, que algunos deploraron sin duda al día siguiente.

Mi marido y yo no estábamos contagiados en modo alguno de aquel libertinaje y nos bastábamos el uno al otro, sabiendo, por lo demás, poner tanta fantasía en nuestros placeres que mi marido declaraba que podía hacerse la ilusión de tener en mí treinta queridas, y yo le respondía que él equivalía para mí a más de treinta amantes. Yo llegué a sorprenderme del exceso de libertinaje que se me dejaba ver y le pregunté a mi marido si había alguna diferencia entre lo que pasaba en mi casa y lo que podía hacerse en su *casita*. “La diferencia está, dijo, en que aquí las actrices son damas de condición y en que las escenas que aquí representan dos personas suelen ser representadas allí por cuatro y, a veces, por más”. Lejos de seducirme la imagen que me ofrecían tales palabras, me repugnó bastante, porque siempre consideré el amor como cosa secreta y un poco vergonzosa.

Vivíamos así tranquilamente y éramos felices aunque nos causara gran tristeza no tener un hijo.

Recuérdese la persuasión en que yo estaba de que no podía acercarme a un hombre sin quedarme embarazada inmediatamente, a menos de adoptar ciertas precauciones. Tuve, pues, una gran sorpresa cuando dos semanas después de nuestra

boda se me presentó el indicio de no estar encinta. Se lo dije a mi marido, a quien divirtió mucho mi inocencia y adicionó algo a mi medio saber, diciéndome que no siempre daba resultado el primer golpe. Conté desde entonces con que ese resultado llegaría pronto y ya puede suponerse que hicimos todo lo preciso para lograrlo. Pero pasó un mes, después un segundo, luego un tercero, sin que dejara de presentarse tal indicio. Yo me sentía mortificada, tanto más cuanto que las damas me interrogaban sorprendidas de que yo no tuviera malesares y de que mi talle conservara su esbeltez; porque en aquel país es costumbre tener muchos hijos y los hombres los desean hasta de sus queridas. A mí me llenaba también de melancolía el pensar que no tendría de mi marido un hijo que pudiera exhibir con orgullo y que el único que tenía no podía reconocerlo. Pasados seis meses, todos los cuales me decepcionaron igualmente, le dije a mi marido que acaso tuviéramos el uno o el otro alguna desavenencia de conformación que nos hacía ineptos para engendrar, y que haríamos bien sin duda en ir a consultar, él a un médico y yo a una comadrona, que nos darían buenos consejos. El se rindió a mis razones; pero como yo no había hablado más que por él, suponiendo que una comadrona advertiría al reconocerme que yo había sido madre, me guardé de hacer tal visita, en tanto que obligué a mi marido a hacer la suya. Volvió muy triste, refiriéndome que, según el médico, un

flujo de ciertas glándulas que había tenido una decena de años antes, debía de haber dejado tales huellas que no podía ser padre, aun quedándole la facultad de ser esposo. Agregó que aquella noticia lo desesperaba, y que, como una mujer tiene derecho a tener hijos, si yo tomara un amante con tal fin, él no tendría nada que reprocharme y ni habría de mostrar celos. Yo sufrí al oírlo una decepción que no podría expresar, pero me esforcé en ocultarla por no aumentar su pena. Cogiendo su cabeza entre mis brazos, le dije que si no teníamos hijos, cada uno de nosotros sería el hijo del otro; y, en verdad, que mi marido, tratándome como a la más querida de las amantes, me mimaba como un padre, satisfaciendo todos mis deseos, de tal modo que, si yo hubiera tenido necesidad de un remedio, habría sido capaz de aprender la ciencia del boticario con la idea de que nadie me cuidaría tan bien como él.

La norma que yo me había fijado de no quejarme jamás inútilmente me sirvió una vez más. Me conformé con la idea de ser estéril, sin permitirme otro consuelo que el de escribir más frecuentemente a Tiburcio para que me hablase de mi hijo en sus respuestas, y sin hablarle nunca a mi marido de aquella especie de impotencia que él deploraba, estoy segura de ello, más que yo, porque, queriendo complacerme en todo, había de sufrir al no poder darme tal satisfacción. Continuamos siendo, y sobre todo, diciendo que éramos felices,

y yo seguí siéndole fiel. No es que aún fuera de las reuniones licenciosas, no tuviera que resistir ciertos ataques, porque muchos hombres me deseaban y me lo hacían saber. Mi resistencia no tenía mérito alguno, cuando los ataques me eran dirigidos por ciertos ingleses, que no hacían más que exponerme sus deseos (si es que no me mostraban su testimonio) y pedirme la satisfacción de ellos, de modo que me repugnaban como animales en celo. Pero algunos no carecían de encanto y entre éstos he de contar un pintor francés, del que callaré el nombre, porque me hizo un bello retrato cuya reputación podría conducir a adivinar quién soy. Iba casi todos los días a mi casa, donde hablaba con mi marido de cosas de su arte y supo hacerme la corte del modo más tierno y más delicado. Tuve la fuerza de resistir el tiempo suficiente para que no precediera a su partida una derrota que tal vez no habría yo evitado. Así al menos lo creía entonces; pero hoy creo más bien que hubiera resistido, porque no estaba loca por él y no le es difícil a una mujer permanecer virtuosa cuando estima a su marido, cuando éste la rodea de lujo y le testifica su amor proporcionándole suficiente placer todas las noches.

De entre aquellos galanteadores he de destacar uno, porque ha de figurar después en estas *Memorias*. Lo llamaré Sir Gladys. Aunque era ciudadano inglés, tenía en sus galanteos ciertas elegancias insólitas en aquel país. Y aun participando

del libertinaje de que ya he hablado, sabía adoptar también las actitudes y maneras del sentimiento. Afirmaba que debía esto a su origen, pretendiendo ser hijo natural de un italiano llamado Casanova, aventurero de cierta celebridad, tan diestro en las finanzas como en la galantería. ¿Lo distinguía mi marido por tener la misma mezcla que él de sangre italiana e inglesa? El hecho es que tenía para Gladys singulares atenciones, acogiéndole muy bien, divirtiéndose en su compañía y ayudándole generosamente con su bolsa; porque aquel joven no contaba con más medios de vida que con las bondades de sus relaciones, lo mismo hombres que mujeres. Apenas lo había visto yo dos veces cuando se me declaró como locamente enamorado. Como a mí no me han gustado nunca los cultivadores del mariposeo, no tuve que sostener la menor lucha conmigo misma para rechazarlo. Sorprendido por aquel fracaso imprevisto para él, que estaba acostumbrado a los éxitos rápidos, dijo primero que yo no tenía corazón, y después que no tenía temperamento; y lo más divertido fué que hizo esta declaración delante de mi marido, a quien yo le indiqué con una mirada que lo dejase en su error. Con la intención, sin duda, de despertar mis sentidos dormidos, se dedicó desde entonces a contarme historias de las más escandalosas, explicándome detalladamente las orgías que tenían lugar en mi casa, sin que yo tuviera, según él, la menor sospecha, en lo que me guardé muy bien de desmen-

tirlo, complaciéndome en ver hasta dónde lo llevaban sus presunciones y su ingenuidad. Luego, para completar mi instrucción, aunque yo le había dicho que no leía jamás, me llevó muchos libros, pretendiendo que no los podría hojear sin ser presa de un vértigo amoroso. Hojeé algunos, en efecto, libros franceses e ingleses también, cuya obscenidad no se diferenciaba de la de los primeros sino en que la galantería era en ellos completamente bestial; pero, si es posible que mi marido sacara de ello algún provecho, lo cierto es que mi galanteador no obtuvo ninguno. Un día se lo dije así, confesándole al mismo tiempo la comedia que con él había representado durante un mes. Pareció entonces tan sinceramente entristecido que le tuve algo de lástima, sobre todo cuando me dijo que en todo aquel mes, dedicado a conquistar mis favores, había abandonado todas las demás mujeres y que yo tenía, por ende, la culpa de que hubiera perdido aquel tiempo y además (agregó con cínica franqueza) algún dinero que sin duda le habrían reportado sus faenas en aquel mes. Le respondí que, puesto que lo tomaba así y reconocía su derrota, yo estaba dispuesta a reparar mis faltas ayudándole a hacer una rápida conquista. Discutimos entonces el nombre de la víctima y, después de haber examinado muchas, nos decidimos por lady Grace, joven encantadora que, según decían, se me parecía algo en el talle y en la cara; ésto, afirmó Gladys que era razón suficiente para preferirla a cual-

quier otra. Verdad es que además era rica y que, lanzada recientemente a la vida de sociedad como viuda consolada, tras una existencia de esposa muy recogida, no había asistido a ninguna diversión licenciosa ni se le conocía amante alguno. Desde el día siguiente me las arreglé de modo que Gladys la encontrara en mi casa; y una semana después pusimos en ejecución nuestros planes de la manera que sigue:

Mi marido abría de vez en cuando su *casita*. A veces iba solo por tener que recibir parejas cuyas damas no eran de calidad; me aseguraba que ni aún en aquellas noches me era infiel y me daba a su regreso las pruebas que constituyen el único testimonio de tales seguridades. Pero a veces también íbamos en numerosa compañía. Una de ellas, como la estación era propicia, lo persuadí para que diera en el río una fiesta a la veneciana. Todo estuvo dispuesto aquel mismo día: contratados los músicos, colgados los farolillos de los árboles, preparados los fuegos artificiales y arregladas las barcas como góndolas, en tal disposición que sólo podían ir dos personas en cada una de ellas.

Yo le había designado a Gladys la barca que le estaba destinada y, después de haber paseado en ella a varias damas, le hizo subir a Lady Grace. En el momento en que los fuegos artificiales producían más estrépito, levantó una tabla preparada a tal efecto en el fondo de la barca y ésta empezó

a zozobrar, muy cerca, verdad es, de la orilla. En medio del ruido nadie oyó el grito de Lady Grace y yo fui la única en acudir en socorro de los náufragos. Ayudé a Gladys a conducir a la joven, toda empapada en agua del río, hasta la *casita*, en una de cuya habitaciones los dejé solos, con el pretexto de que me llamaban afuera, después de haberles buscado yo misma ropàs que les pudieran servir. Como en la habitación había un buen fuego y un aparador bien provisto de viandas, vinos y sorbetes, además de los cojines, otomanas, espejos y cuadros de que ya dí noticia, y como, por otra parte, no había cerca ninguna criada para responder a los llamamientos de Lady Grace, no dudé del éxito.

Media hora después llamé discretamente a mi esposo, y lo conduje a la habitación contigua a aquella donde había dejado a la pareja. Por los orificios del tabique los vimos ocupados como debían. A mí me chocó un poco aquel espectáculo, sorprendiéndome las blanduras y flacideces que observé en las carnes de Lady Grace, la cual, vestida, parecía formada lo mismo que yo. Mi marido me dijo que muchas mujeres que parecían esbeltas causaban la misma decepción y que yo era una maravilla extraordinaria que le había aportado, además de mi gracia, de mi inteligencia y de mi virtud, la firmeza de mis formas que él estimaba más que todos los encantos. Al explorar tal firmeza se puso pronto en tal estado que hubimos de imi-

tar la acción de nuestros vecinos; y sin previo acuerdo entre las dos alcobas, las cosas se arreglaron tan bien, que salimos a la par cada pareja de la suya, y nos encontramos juntos en el tocador. El desorden de nuestras ropas nos impedía todo disimulo; a mí me mortificó un poco tal evidencia; pero, tomando inmediatamente mi partido, me eché a reír a la vez que los otros y besé a Lady Grace en tanto que mi marido felicitaba a Gladys.

Me alegró el resultado de aquella comedia y después me he dicho que mi complacencia para con Gladys debió de ser como un desquite de mi virtud; porque a las mujeres virtuosas les gusta proteger el amor y hacer de buen grado algo del oficio de proxenetas; las beatas lo practican con vistas a enlaces eternos y las otras para uniones pasajeras.

Aquella duró muchos meses con gran satisfacción y también con provecho del joven galán. Me lo comunicó él mismo en una carta que me escribió desde Francia, adonde su amante lo había llevado. Me aseguraba que recurriría siempre a mis buenos oficios cuando se encontrara sin querida y que se confiaría por completo a mi elección. Cuando recibí aquella carta me sentí dispuesta a hacerle otras veces el servicio que reclamaba, no sólo porque un primer éxito induce a intentar un segundo, sino también porque le debía reconocimiento; porque, gracias a él, acababa de enterarme de

algunos acontecimientos que me importaba mucho conocer.

En efecto, entre los libros que me había llevado para despertar mis sentidos, tomé un día de aburrimiento uno, que era *Las relaciones peligrosas*. Pronto reconocí en él mi historia, así como ciertas cartas que no podían ser sino mías, y supe las intrigas de las que había sido víctima. Tuve un momento de gran furor cuando creí que mis enemigos habían muerto; pero me calmé reflexionando que el autor había debido de recurrir a ciertas invenciones para dar un cariz moral a su perverso libro; que era poco probable que Dios hubiera castigado a la Merteuil y que yo podría encontrar a tan pérfida mujer. Esperaba también encontrar al autor, cuyo nombre estuve lejos de colegir por las iniciales, y no lo conocí, en efecto, sino mucho después por un ejemplar en el que estaba escrito. Por vez primera me alegré verdaderamente de ser rica, porque mi fortuna me pareció una potencia, merced a la cual podía darme la satisfacción de una venganza que fuese terrible. Debía, en verdad, para procurarla emplear la ayuda de mi esposo; pero como éste no me negaba nunca nada, sabía que podía obtenerla sin tener que revelarle nada de mi pasado.

CAPITULO IX

SALIDA PARA PARÍS.—BRUSELAS.—ME OCUPU DE
LA MERTEUIL.—REGRESO A LONDRES

Para explicar lo que acabo de decir he de retroceder por un momento a muchos años atrás.

Pocos días después de mi boda, mi marido me había aconsejado reconciliarme con mi madre, porque, teniendo negocios de interés en Francia, quería poder ir allí libremente y llevarme con él. Acedí a su requerimiento y empecé por escribir a Sofía, lo que no había hecho desde hacía dos años, por no querer mentirle a tan querida amiga ni revelarle la verdad de mis aventuras. Le participé que estaba casada y quién era mi esposo y le rogué que averiguara en qué disposiciones ponía a mi madre tal noticia. Pronto recibí la respuesta más amistosa: Sofía, sin mostrarse resentida por mi silencio, me manifestaba su sentimiento por no haber podido expresarme antes su gratitud, porque mis consejos habían fortalecido su alma y decidido su vida. Habiendo dejado el convento pocas se-

manas después de mi partida, se había casado con un caballero joven, del agrado de sus padres y amado por ella, del que había tenido un hijo y al que no tenía que hacer más reproches que el de abandonarla un poco para irse a jugar. Hablándome luego de mi madre, me decía que su condición había cambiado mucho, que vivía casi pobremente y que con seguridad no tendría rigor para mí si le comunicaba mi casamiento. Me participaba, en fin, que Batilde se había fugado del convento y, por último, me aseguraba (lo que no comprendí hasta mucho más tarde, al leer *Las relaciones peligrosas*) que se alegraba mucho de tener una carta escrita por mí, pues todas las que le había dirigido antes se le habían extraviado.

Escribí entonces a mi madre y recibí una contestación que hubieran juzgado muy tierna los que no tenían noción de su hipocresía; me comunicaba que la había arruinado una amiga que abusó de su confianza; que, después de haber mantenido durante dos años sus recepciones con la esperanza de que volviera la fortuna, había tenido que vender su casa e instalarse en un piso de alquiler, y que pronto tendría que vivir más económicamente todavía; me felicitaba por haberme casado con un hombre honrado y rico, poniéndome así, y pudiendo poner a las personas de mi afecto, a salvo de la necesidad. Terminaba enviándonos su bendición a mi esposo y a mí.

Comprendí lo que insinuaba mi madre y con-

vinimos mi marido y yo en señalarle una pensión espléndida. Ella la aceptó de la manera más obsequiosa y continuamos escribiéndonos, por lo menos dos veces al año, cuando se acercaba la fecha fijada para el pago de su renta.

Después de haber leído *Las relaciones peligrosas*, conjeturé que la señora de Merteuil podía ser muy bien la persona que había causado la ruina de mi madre, si el pleito que había perdido era una realidad, como yo creía que hubo de ser. Si mi marido era generoso y hasta pródigo, detestaba ser robado, y solía decir que los deudores deben pagar cuanto les sea posible. Cuando yo le comuniqué un día, como un descubrimiento, que la señora de Merteuil (de la que le revelé el verdadero nombre, pero sólo el de ella) podría ser responsable de la ruina de mi madre, dijo que había que examinar el asunto y ver si había algo que recabar de tal señora. Como tenía en todos los países agentes hábiles y capaces de comprarle a la policía todos los informes útiles, pronto supimos que la Merteuil había perdido, en efecto, un pleito, el cual había devorado algo más que sus bienes propios, y supimos también que, conservando todavía un aspecto muy agradable, pero habiendo tenido que salir de París a consecuencia de un escándalo, vivía muy bien en Bruselas, mantenida por un ministro del reino.

Mi marido me preguntó si debía hacer que fueran inmediatamente iniciados los procedimien-

tos legales, pero no era eso lo que yo quería; así, le respondí que, habiendo esperado cuatro años, podíamos esperar aún algunos meses y ver lo que debíamos hacer cuando estuviéramos en el continente, al que debíamos de ir dentro de poco.

Mi primer cuidado cuando llegué a París fué visitar a mi madre. Me sorprendió encontrarla mediocrementemente instalada, en condiciones que no estaban en relación de ningún modo con la pensión que recibía; pero cuando vi llegar a un militar joven, que entró como en su casa, comprendí por qué conducto se iba una parte de la renta. Mi madre me confió que su ruina había sido obra de la señora de Merteuil, a la que había hecho considerables adelantos para sostener su pleito; y me alegré mucho de tal confirmación. Vi luego a Sofía, cuya situación me dió pena; tenía dos hijos y vivía en la indigencia por haber perdido su marido toda la renta de su dote después de perder su fortuna propia. Rara vez tuve tan gran alegría como cuando pude aliviar su miseria con algunas cantidades que le hice aceptar y de las que me juró no dar nada a su esposo. Seguía siendo mi querida Sofía y, si la virtud tuviese recompensa en la tierra, hubiera ella debido estar en mi puesto, y yo en el suyo.

Aparte mi madre y Sofía, no intenté reanudar ninguna de las relaciones que había tenido. Como, por otra parte, no habíamos de hacer más que una breve estancia en París, no abrimos casa y nos contentamos con un piso amueblado. Mi marido

llevaba a veces a comer algún hombre de negocios o de finanzas, útil a sus intereses, como también a algún artista o amigo cuyo trato le agradaba. Así volví a ver al esposo de la que había sido mi *dueña*, lo reconocí y le permití reconocermé, rogándole que llevara a su mujer, lo que hizo; y, como yo no tenía ya que hacerme la inocente, nos reímos juntas recordando nuestras aventuras de viaje, que divertieron mucho a mi marido, quien dijo que en ellas encontraba el sello, tanto de mi inteligencia cuanto de mi virtud. Vi también al joven pintor a quien me había creído cerca de amar en Londres, y adquirí la certidumbre de que no había habido jamás nada de amor entre nosotros, porque no intenté reanudar el juego, ni él tampoco pareció dispuesto a tal reanudación. Supe, por otra parte, que estaba dedicado a una gran señora. Asimismo conocí entonces a Margarita Gerard, la que me hizo un apunte al lápiz; y, si lo digo, es porque tengo la sospecha de que barruntó algunos años más tarde la heroína que era yo, lo que podría explicar que haya algo mío en los dibujos que ilustran *Las relaciones peligrosas*; especialmente mi cara en aquel en que me presenta acostada, esperando a Valmont, y mi talle, hasta el punto de aparecer copiado directamente, en aquel otro en que escribo al dictado una carta a Danceny.

Una noche mi marido me anunció la visita de un conocido y pronto vi entrar a Gladys. El pobre mozo se hallaba en triste situación: Habiéndole

abandonado su querida sin dejarle dinero ni indicio alguno de su dirección, había vivido después muy mal y habría muerto, si su habilidad en el juego no le hubiera servido y una lavandera no le hubiese dado alojamiento, porque en su lastimoso estado no podía aspirar a tener una querida de más rango: En fin, dijo, mirando a mi marido, ya estoy fuera del atolladero. A decir verdad, me desagradó con su traje sucio y desgarrado; una miseria de algunos meses había bastado para envilecerlo. Sin embargo, no tuvo reparo en preguntarme si intervendría de nuevo para conseguirle los favores de alguna dama noble y rica; a lo que respondí riendo que ello me sería dicífil por no tener relaciones en París. Pero, pensando al punto que aquel mozo podría serme útil, rectifiqué agregando que procuraría no olvidar su solicitud; y obtuve sin esfuerzo de mi marido que le diera algún dinero.

Volvió muchas veces, con más frecuencia de la que deseábamos. Una noche nos llevó un compañero que, según dijo él, por haber oído hablar en son de elogio de mí, deseaba conocerme. Era precisamente el marido de Sofía. Mostraba claramente las trazas de la gente de garito: los ojos enrojecidos, las facciones relajadas, una palidez de quinqué y las manos trémulas. Leí en su rostro el destino de mi tierna y desgraciada amiga; y reflexioné que nada hay peor que un jugador y que vale más tener por esposo un barajador de faldas que

un barajador de naipes. No necesito decir que tal personaje le desagradó mucho a mi marido. Por lo demás, Gladys también parecía desagradarle cada día más. Aquella repugnancia no tenía nada de sorprendente. En Londres, Gladys se nos había presentado como un joven bandido, pero dotado de algo de gracia francesa; en París, esa gracia desaparecía a nuestros ojos y no veíamos más que la grosería de un joven bandido de Inglaterra. Así, estuvimos de acuerdo en que sería muy de desear librarnos de sus asiduidades e impedirle volver a Inglaterra.

Mi marido tenía negocios en Bruselas como en casi todas las grandes ciudades, y fuimos allí al poco tiempo. No llevaba en aquella capital más que dos días, cuando vi a la Merteuil en el paseo, con un equipo elegante; y al día siguiente, la esperé en el mismo sitio y aproveché el momento en que echó pie a tierra para abordarla. Lo hice de la manera más inocente del mundo—porque al menos había aprendido en *Las relaciones peligrosas* el aspecto que debía adoptar para no suscitar su desconfianza.—Con todo, tuvo al principio un impulso de retroceso; pero la vi inmediatamente tranquilizada por mi aire de ingenuidad. Me interrogó sobre mi vida y yo le expuse, lo más torpemente que pude, que, obligada a dejar París después de ciertas aventuras (y bajé los ojos al decir esto) había viajado mucho con mi tutor; que éste me había casado; que mi esposo no era hombre de condición,

pero que yo no podía pedir más; que, por otra parte, tenía dinero y se mostraba bastante generoso; en fin, que no tenía más contrariedad que la de no ser madre, aunque tenía la idea de que por mi naturaleza no debía de ser yo estéril; y al hablar así me esforcé en sonrojarme, lanzando a mi compañera una mirada a la vez tímida e interrogativa, como para preguntarle si estaba enterada de cierto acontecimiento de mi juventud.

Comprendí que mi ficción había surtido efecto, porque la Merteuil despidió mi carroza y me invitó a montar en la suya, donde se deshizo en gentilezas, haciendo que le contara todo lo relativo a mi casamiento y redoblando sus preguntas cuando yo le había dado una respuesta muy inocente; y he de decir que éstas no escasearon, que supe inventar muchas y hacer creer que mi marido se había casado con la muchacha más tonta del mundo, sin otra cualidad que la *falsedad natural* que ya se le había reconocido. Me llevó a su casa, que era muy hermosa, me halagó mucho y me prodigó caricias y besos; e impulsada por no sé qué idea, tal vez por la de dominarme mejor, a menos que fuera por el retorno de ciertas intenciones que había tenido y no había puesto en ejecución (como yo sabía por *Las relaciones peligrosas*) se lanzó a darme ciertos placeres que recibí con la sorpresa y el reconocimiento más grandes que se puede imaginar, lo que la regocijó mucho, asegurándome que

los maridos no saben darlos semejantes, en lo que le di, desde luego, la razón.

Nos separamos contentas una de la otra y de acuerdo para reincidir lo más frecuentemente posible. Mi marido, a quien le referí tal encuentro (pasando por alto el final de la visita, que habría podido desagradarle) se divirtió con mi comedia y no rehusó desempeñar en ella un papel. Al día siguiente lo llevé a casa de la Merteuil, donde adoptó el aspecto que convenía; de un comerciante bastante hábil para ganar dinero; mas, a la vez, bastante zopenco para haberse casado con una tonta. Pero aquella misma noche, habiendo recibido noticias de uno de sus agentes, me dijo que no veía adonde nos podría conducir nuestro juego, porque acababa de enterarse de que la Merteuil no poseía nada propio y no contaba con más bienes que las generosidades que le eran otorgadas al día por su amante: Pues bien, le dije, si no podemos sacarle dinero, al menos, divertirnos burlándonos de ella y a la vez vengar a mi madre. ¿Qué te parecería si le hiciésemos casarse con Gladys? Esta proposición le regocijó mucho, porque era muy aficionado a tal género de intrigas galantes; y redactamos una carta para Gladys, al que enviamos a la vez dinero para su equipo y para el viaje.

Todos los días siguientes, mientras mi marido se ocupaba de sus negocios, yo iba a casa de la Merteuil. Desde el primer día adopté el tono de las

confidencias y le hablé de Gladys como de un rico señor inglés, cuya visita esperábamos y por quien yo sentía un amor secreto que no osaba declarar y que él rehusaba advertir. Agregué ingenuamente que era un hombre vigoroso y que, si yo llegaba a ser su amante, tendría con seguridad un hijo, porque él sabría hacer todo lo preciso para ello; cosa de la que, desgraciadamente, no son capaces todos los hombres. Luego, como la visita terminara del mismo modo que las precedentes, cuidé de pronunciar en mis suspiros el nombre de Gladys. Lo mismo hice en los encuentros siguientes, esgrimiendo tal nombre como la Merteuil había esgrimido contra mí seis años antes el de Valmont; y no tardó en resultar que el personaje ocupara de tal modo su ánimo, que ella misma me interrogase sobre sus cualidades y sus maneras. Le respondí que era de carácter serio, que las mujeres parecían no interesarle y que estimaba la virtud por encima de todo; tanto, que era cosa de preguntarse si, puesto que no era casado, había tenido jamás queridas; pero que, lejos de mover a risa tal continencia, impelía a admirarla y a sentirla. Todo esto, dicho estúpidamente, con suspiros y casi con lágrimas, interesaba en el más alto grado a mi compañera, en la cual veía yo con viva complacencia nacer, con relación a Gladys, algo de la curiosidad que yo había experimentado respecto de Valmont; porque, vírgenes o rameras, todas las mujeres son arrebatadas con gran facili-

dad por una misma corriente que las lleva a las mismas locuras.

Cuando llegó Gladys, le dijimos que creíamos haber descubierto lo que él buscaba. “Una señora rica, le expliqué yo, a la que su amante, del que está cansada, ha establecido en una magnífica situación. Tiene sed de ser amada y desea encontrar un joven ingénuo y honrado, que no le sea infiel. Debe usted proceder con tacto, porque, si viera en usted uno de esos galanteadores que acosan a las mujeres y van de una en otra, no lograría su estima ni lo subsiguiente. Su susceptibilidad respecto a las costumbres es tanta, que yo no me atrevo a mostrarme ante ella tal cual soy y me veo obligada a emplear un aire de inocencia que usted ya conoce, por lo que no debe extrañarle.” El respondió que comprendía su papel y se puso a mimar el personaje que representaría, lo que nos divirtió, porque era muy jocoso.

La Merteuil nos había invitado a comer para la misma noche en que llegara Gladys; tanta prisa tenía por conocerlo. Noté que le juzgaba muy muy interesante; y la mirada de mofa y de lástima que tuvo para mí me reveló su propósito de recabar para ella todas las atenciones del galán de quien me creía enamorada. Todo pasó perfectamente. Representando cada cual el papel asignado por mí, no hubo persona más ingénua que yo, más bonachona que mi marido, más reservada que Gladys, ni más virtuosa que la señora de Merteuil. Des-

pués de comer, Gladys llevó el desempeño de su papel al más alto grado cuando, habiéndole pedido que cantase, entonó una pastorela de las más castas, con un acento inglés que hacía que su canción diera ganas de llorar como un salmo de cuaresma.

De vuelta en casa, lo felicité, reprochándole únicamente que no hubiera hablado de su fortuna como debiera haber hecho, pues que, para asegurar su éxito, mi marido estaba dispuesto a darle todo el dinero necesario. A la visita siguiente, en la que tuve buen cuidado de acompañarlo, como, por lo demás, me pidió él, hablamos de sus bienes tanto como de la virtud; y lo mismo seguimos haciendo durante una semana.

Una noche le comuniqué que, tras madura reflexión, creía que era más conveniente que hacer de aquella señora una querida, hacerla su esposa; que él aseguraría así su bienestar por mucho tiempo, sin perjuicio, una vez casado, de serle infiel a su mujer si ésta dejaba de gustarle. El dijo que lo pensaría y vi claramente que pensaba en ello, según yo deseaba, cuando, por consejo mío, mi marido lo informó, como por referencias de negociantes de la ciudad, que la fortuna de la dama tenía sólida consistencia.

Las cosas fueron como debían ir. Yo era la confidente, ingénua para la una, hábil para el otro, de la Merteuil y de Gladys. Al fin, la señora, con muchas excusas para mí, me confesó que amaba

a nuestro amigo. Me pidió perdón por tratar de arrebatármelo, pero agregó que los placeres que ella me había enseñado merecían sin duda una reciprocidad. Yo le respondí que la compensación no era completa acaso, porque hay siempre gran distancia de lo que se tiene, por dulce que sea ello, a lo que se sueña; pero que la aceptaría de todos modos, tanto más cuanto que desesperaba de tener bastante inteligencia para rendir a un hombre que se me mostraba tan indiferente. Entonces me besó mil veces, preguntándome que, si ya que ella se había franqueado a mí, querría yo explorar los sentimientos de Gladys. Le contesté que lo haría con mucho gusto, pero que, por lo que podía juzgar respecto a Gladys, no debía permitirme otra cosa que hacerle entrever un matrimonio. Al oír esto, saltó de alegría, diciendo que nada deseaba tanto como eso, que estaba cansada de la vida de aventuras, que había cometido muchas faltas, que lo sentía y que, por encima de todo, ambicionaba una vida virtuosa con un esposo rico por quien fuera amada. Yo, fingiendo que hacía un gran sacrificio por ella, le prometí mi intervención, por la que creyó probarme su reconocimiento con caricias más vivas que las de los días precedentes.

Yo estaba un tanto sorprendida por mi éxito, no con Gladys, cuya vanidosa simplicidad conocía, sino con aquella mujer que había practicado la intriga como ninguna. No hallé más que esta explicación: que se había enamorado de Gladys, por-

que era realmente capaz de tales sentimientos; si es verdad, como aparece en *Las relaciones peligrosas* y como Valmont me había referido, que amó a Danceny hasta el punto de perder toda prudencia. Comoquiera que fuere, yo llevé muy diligentemente su mensaje, y al día siguiente, el galán fué a pedir la mano de su dama, petición a la que yo asistí. Le hizo durante quince días una corte en la que yo no dejé de entremeterme por miedo a un conato de franqueza por parte de alguno de los dos novios o a un accidente inoportuno en el último momento; y después se celebró la boda, a la que asistimos como testigos mi marido y yo.

Partimos aquella misma noche para eludir el riesgo de pagar de algún modo el mal que acabábamos de hacer. Un agente de mi marido, encargado por éste de comunicarnos lo que le ocurriera al nuevo matrimonio, nos participó que pronto, el mismo día que siguió a la boda, se había oído disputar ruidosamente a los recién casados. Los dos, en efecto, carecían de dinero, la mujer por haber despedido a su amante, el hombre por faltarle el subsidio de mi marido; cada uno había contado con la fortuna del otro; y, cuando hicieron el balance de sus bienes, notaron que el total consistía en la suma de dos ceros. Las noticias sucesivas no fueron menos regocijantes: Gladys se mostraba furioso, rehusando responder a los requerimientos de su esposa, la cual estaba realmente enamorada de él, si no le daba dinero; y en-

tonces ella, enloquecida, recurría a su último amante, que la rechazaba; luego a otro más generoso, llegando ciertos días a proponer sus favores al primero que encontraba; amenazada a la vez por su marido de ser denunciada como prostituta y de ser abandonada por él si se prostituía. Mi marido, al conocer tal desdicha, tuvo algún conato de arrepentimiento; pero yo se lo disipé haciéndole reír, porque no tenía motivos para ser indulgente y los sufrimientos de la Merteuil me llenaban de satisfacción.

Después de pasar un mes en París, volvimos a Londres y allí recibí la siguiente carta de Gladys, que me preocupó un poco:

“Ya sé, señora, cuál ha sido su venganza. Ciertas frases de la mujer que usted me ha dado por esposa y cierto libro que he leído la justifican; y si yo lo he adivinado todo, crea usted que nadie lo sabrá por mí. No quiero pasar más tiempo por engañado, pero a la vez soy un hombre de honor, más sin duda de lo que cree. Ame usted, pues, en paz a su marido; yo no haré nada por perturbar su vida y le prometo que mi mujer no lo hará tampoco. No se callará, ya puede usted suponerlo, por bondad; pero continúa creyéndola ingénua y cree que, lo mismo que ella, fué usted engañada por mí; y aunque saber la verdad sería para ella una satisfacción que yo me complacería en causarle, me callaré por asegurar la tranquilidad de usted. Y he de agregar que, si algún día se enterara de

la comedia de que ha sido conmigo víctima, y pensara en hacerle a usted algún daño, yo se lo impediría por todos los medios.

"Usted se ha vengado. ¿Por qué soy yo víctima de su venganza? Yo sé que usted no es mala y jamás he intentado hacerle mal. ¿Por qué me eligió? ¿Fué usted impulsada por la Providencia? ¿He de pagar, por la intervención de usted, el mal que pude hacer a otros? Quiero explicarme así las cosas para consolarme. Por lo demás, acaso me haya usted puesto en el camino de la fortuna. Yo era un aprendiz en la intriga; usted me ha unido a una intrigante magistral; los dos formaremos tal vez una pareja capaz de engañar al mundo entero y hasta de dominarlo. Crea usted en todo caso que en esta pareja, si yo no soy el más diestro, seré de todos modos el jefe. Mi mujer hará lo que yo quiera, aunque tenga que lograrlo de ella a palos. No hará nada jamás contra las personas que yo estimo, y si se echa amantes, no elegiré otros que los que yo designe, ni los tendrá sino en mi provecho.

"Una vez más, señora, esté usted tranquila.

"Su muy indigna, muy respetuosa y adicta víctima,

Gladys."

Sólo al recibir esta carta me di cuenta de la imprudencia que me había hecho cometer un sentimiento vengativo. Si la Merteuil hubiera contado

a mi marido algo de mi pasado, sé que él no lo habría creído desde luego; pero podía habersele suscitado una sospecha que testimonios imprevistos pudieran haber trocado algún día en certidumbre. Haber atacado a la Merteuil sin causar su muerte, había sido una locura; y yo no tenía' en tales circunstancias más protección que la buena fe de Gladys, en la que creía, es verdad, porque él no tenía ciertas bajezas. Durante algunos días estuve inquieta, como si me hubiera faltado la seguridad de la vida; así, cuando mi marido me anunció que tenía que emprender un largo viaje, acepté con alegría la proposición que me hizo de acompañarle.

CAPITULO X

REGRESO A LONDRES.—LOS ASUNTOS DE FRANCIA.—OTRA VEZ LA MERTEUIL.—LA PRISION DE F. LACLOS.

No he de hablar de aquel viaje a las Antillas y a Nueva España, como no he hablado de otro viaje a Africa que cortó nuestra primera estancia en Londres, y en el curso del cual conocí algo de uno de los negocios de mi marido que era la trata de negros con América. La historia de nuestras peregrinaciones podía ser objeto de un volumen que escribiré cuando tenga lugar para ello (1).

En Londres, adonde volvimos a los cinco años, la primera noticia que recibí fué la de la muerte de mi madre. Quien me la comunicó era un militar, el mismo quizá que yo había visto; me decía que había hecho gastos para sus funerales, y sin fijar su importe, aseguraba que agradecería ser

(1) Existe, en efecto, en la misma biblioteca donde están estas "Memorias" un manuscrito que parece ser el del relato que Cecilia anuncia. Las observaciones sobre las costumbres de los indígenas no carecen de interés (C.).

indemnizado. Yo tuve un impulso de repugnancia : ¡un niño bonito echando un guante sobre el ataúd de su vieja querida! Tal debía ser el monumento fúnebre de aquella madre hipócrita. Envié una suma razonable inmediatamente, consignando que sería inútil una nueva petición.

Encontré cartas de Sofía que, por el contrario, me arrancaron lágrimas. Abandonada por su esposo, con dos hijos y sin tener medio alguno de vida, su situación era de las más miserables. De acuerdo con mi marido, dí orden de que se le pasara la pensión que recibía mi madre.

En fin, leí cartas de Tiburcio que me sorprendieron en el más alto grado. Me hablaba de los acontecimientos de Francia como si me fueran conocidos, comunicándome que era diputado de la Asamblea, que vivía en París, que había llevado con él a su *hijo adoptivo* y que contaba con presentármelo pronto. En otras me refería lo que pasaba en Versalles y en París, el trabajo considerable de la Asamblea, ocupada en dar una Constitución a Francia y la participación que en ella tenía el Tercer Estado, diciéndome que se preparaba una obra que brillaría sobre todo el Universo y que debía alegrar a los manes de Rousseau. “Yo quiero, escribía, hacerle saber yo mismo todas estas grandes cosas, como a la mujer más digna de comprenderlas del mundo entero”.

Inmediatamente me apasioné por aquella obra y me honré con que Tiburcio trabajara en ella. Lo

que oí los días siguientes no era para calmar mi pasión, porque había en Londres una gran simpatía por la Revolución, en la que veían los ingleses el paso inicial de una conquista del mundo por sus ideas, puesto que ellos eran los primeros que habían instaurado en Europa el régimen parlamentario. Cuando oía hablar así, me decía que aquel gobierno tenía sus vicios y también los gobernantes los suyos, como yo había visto; pero no creía que pudiera ocurrir lo mismo en Francia, y estaba persuadida de que allí estarían pronto las cosas en un estado de perfección cual sólo Rousseau lo había soñado. Esta persuasión no fué quebrantada por los actos y discursos de ciertos emigrados de la aristocracia francesa; y si, por compadecer siempre la miseria, hice que mi marido diera dinero a aquellos desgraciados, no puse en ello cordialidad alguna, por considerarlos como cobardes, o culpables, o voluptuosos que no podían ya en Francia dar libre curso a sus vicios; porque, me decía yo a mí misma, la Revolución no puede dejar de ser favorable a todos los ciudadanos que tengan probidad, cualquiera que sea su nacimiento.

Mi alma fué puesta en tal vibración por las cartas de Tiburcio llegadas sucesivamente y por los relatos que oí, que me sentí completamente francesa y fuí dominada pronto por un deseo desordenado de volver a mi país. Le pedí a mi marido que me llevara para poder seguir de cerca las grandes cosas que en él tenían lugar. Por primera vez

me dió una negativa, aunque en la forma más suave. Mi marido me explicó que, en primer término, sus negocios lo retenían en Inglaterra y que, además, quería ver qué giro tomaban los acontecimientos antes de emprender en Francia ciertos negocios que tenía pensados, porque, si compartiendo mis ideas, creía que los amigos del rey serían derrotados, y si elaboraba proyectos en armonía con tal creencia, debía, sin embargo, pensar también que una Revolución está expuesta a muchos accidentes y, en consecuencia, había de observar con calma antes de obrar. Aunque su última suposición me irritó un poco, como sus razones eran discretas, le dije que retiraba mi petición; a lo que me respondió que sólo se trataba de un aplazamiento y que pronto, sin duda, se vería obligado a ir a Francia.

Renuncié, pues, a mi proyecto y no se me ocurrió la idea de renovarlo cuando vi, algunas semanas después, señales de preocupación en el rostro de mi marido. Lo interrogué, sintiéndome inquieta, porque le tenía verdaderamente un gran afecto. Me respondió al principio que no tenía por qué preocuparme de algunas contrariedades surgidas en sus negocios; pero algunos días más tarde me confesó que había sufrido grandes pérdidas, entre ellas la de tres barcos echados a pique por los corsarios, y me dijo que acaso tuviéramos que decidirnos a adoptar un tren de vida más modesto. Se excusó de hablarme así, asegu-

rándome que su mayor pesar era no poder seguir rodeándome de lujo, como me había prometido, pero yo no le dejé continuar y, echándole los brazos al cuello, le aseguré que me avendría con él a la existencia más sencilla. Al oírme se le saltaron las lágrimas, y en medio de ellas me dijo que era la más noble de las esposas y que me amaba como el primer día, lo que era absolutamente verdad.

No nos quedamos más que con diez caballos, cuatro carrozas, quince criados y nuestra casa de Londres; el resto fué vendido o dado en prenda. Seguimos dando reuniones, pero poco numerosas, y yo no tuve por qué quejarme de ello, pues la sociedad que encontramos a nuestro regreso era muy distinta de la que habíamos recibido cinco años antes. No sé qué cambio se había producido en las costumbres, al menos en su fase visible. Se hubiera dicho que la hipocresía lo había invadido todo, y mientras que antes se quedaba en mi puerta, ahora subía hasta mi salón, tanto que yo llegué a veces a echar de menos los espectáculos de libertinaje de otro tiempo, con todo lo que me habían repugnado entonces. Mi marido estuvo de acuerdo conmigo sobre tal cambio, pero me dijo que sólo consistía en que el vicio se recataba más que entonces, sin haber perdido por ello nada de su vitalidad; la influencia de ciertas personas del gobierno, como de ciertas ideas de Francia, era sin duda la causa; agregó que acaso también hubiera bajado algo su crédito, tanto por nuestra

ausencia cuanto por la disminución de su fortuna; que ya no se tenía nuestra casa por un lugar de asilo propicio al placer, por lo que ya no veíamos lo que tan deliberadamente se nos mostraba en otro tiempo. Tras esta conversación nos dijimos que en fin de cuentas estábamos así tan bien como antes, porque nos amábamos lo suficiente para no tener necesidad de nadie.

Algunos meses más tarde mi marido me dijo que algunas operaciones ventajosas habían restablecido la prosperidad de sus negocios, y me propuso montar de nuevo el lujoso tren de nuestra casa. Yo me había encontrado tan bien en mi vida tranquila, dedicada especialmente a la lectura de noticias de Francia, que le respondí pidiéndole que no lo hiciera, a menos de ver en ello alguna utilidad para sus negocios, y le recordé mis deseos de ir a mi país. Inmediatamente me abrazó, diciéndome que iba a estar muy contenta, porque él tenía que ir a Francia para importar productos de los que mi país tenía necesidad para nutrirse; porque, agregó, si Francia había cuidado su constitución, había dejado, en cambio, caer su economía en muy mal estado. Acogí aquella broma con buen humor, tan alegre me sentía; escribí a Tiburcio para que nos asegurase un alojamiento, y algunos días después estábamos en París.

Al llegar a la casa de postas, encontramos a Tiburcio, quien nos condujo a una casa que había alquilado no lejos de las barreras. Nos había ele-

gido aquel barrio alejado de la ciudad porque juzgaba más prudente que no habitásemos cerca de las Tullerías, diciendo que allí estaríamos tranquilos, si llevábamos una vida discreta sin ostentar demasiado lujo. Yo lo miré con un poco de sorpresa y me manifestó, como ya lo había hecho mi marido, que las revoluciones no se desarrollan sin sacudidas. Estaba muy guapo, bien vestido, pálido como lo había visto en Marsella, pero con un aire de tristeza distinto. Nos dijo—lo que, por lo demás, ya sabía yo por sus cartas—que habiendo terminado su obra la primera Asamblea, él no era ya diputado por no habersele elegido para las convocadas después; pero, que de todos modos, había continuado en París donde había que hacer mucho en los comités. En las explicaciones que nos dió, advertí alguna reserva; no mostraba la pasión que acusaban sus cartas; le hice esta observación y me respondió que algunos días se estaba de sombrío humor, rehusando decir más. No insistí porque tenía prisa por hacerle otra pregunta sobre un punto que me tocaba al corazón—ya se puede suponer cuál era—; pero ante mi marido no pude hacer más que preguntarle cómo se portaba *su hijo adoptivo*; dijo que el niño seguía bien y que nos lo llevaría al día siguiente.

Ese día volvió con un lindo mocito, espigado como yo era a su edad y cuya cara me pareció que tenía algo de la de Danceny, sin saber qué y acaso sin que de ello hubiera más que mi idea de que

debía haberlo. Avanzó gentilmente, tendiéndonos la mano y nos tuteó llamándonos *ciudadano* y *ciudadana*, lo que divirtió a mi marido y me hizo reír, a pesar de mi emoción. Respondió sin timidez, empleando palabras escogidas, a las preguntas que le dirigimos, y yo me sentí tan entusiasmada por él desde aquel momento, que me dije que sería un gran orgullo y una gran ventura para mí el poder reconocerlo algún día. Mi marido notó mi turbación y creyó que provenía de mi pena, a la vista de aquel niño, por yo no tenerlos. Arrojó él mismo el niño a mis brazos y nos enternecimos los tres, mi marido, Tiburcio y yo, sin que ninguno conociera todos los motivos de la emoción de los otros. Pidió que nos fuera llevado el niño lo más frecuentemente posible y aún que nos fuera confiado, añadiendo que le complacería mucho tenerlo con él; después nos dejó, diciendo que yo tenía que hablar con Tiburcio de mis intereses y que él debía, por su parte, ver a algunos ministros para ultimar contratos que serían ventajosos para todo el mundo.

Cuando se hubo ido mi esposo, nos quedamos Tiburcio y yo un poco cohibidos, teniendo entre nosotros a *mi hijo*, al que yo invitaba a charlar, estrechándole contra mí y acariciando sus cabellos. La presencia del niño nos vedaba recordar cierto pasado, porque podía ser algo de ello, sino comprendido, repetido por él. Interrogué entonces a Tiburcio sobre la tristeza que le había notado la

víspera; me indicó con una mirada que no podía hablar delante del niño y envió a éste a jugar al jardín. Entonces me dijo, dejando de tutearme, como creía haber debido hacerlo hasta aquel instante, que estaba triste porque se reprochaba haber dejado ir a aquella ciudad agitada a la persona que más quería del mundo; y, como yo le replicara que creía no tener nada que temer: “Por desgracia, dijo, la virtud no es una salvaguardia; porque cada cual supone que la de los demás es simulada. Debiera reinar aquí la confianza, y, sin embargo, impera el recelo. Nadie puede decir lo que siente; y más bien que lo que se piensa hay que decir lo que se quiere que oigan los demás; por que, por una palabra mal comprendida se podría ser acusado de mal patriota.” Yo le dije que no creía que mi patriotismo fuera puesto en litigio, tanto más cuanto que, por mi matrimonio era inglesa. “Si no su patriotismo, respondió, se discutirá su adhesión a las ideas revolucionarias; porque son llamadas así, cualesquiera que sean, las ideas de los dueños de la situación. Su esposo ha venido aquí a ultimar contratos; yo sé que procederá con la mayor honradez, porque si no fuera un hombre honrado no se hubiera casado usted con él; pero deberá, para dar cima a sus proyectos, que tener en cuenta ambiciones y apetitos de mucha gente, y aquellos a los que no complazca tendrán una decepción que intentarán hacerle pagar; porque los hombres no han perdido nada de sus vicios; y para satisfacer su ren-

cor son capaces de todas las acusaciones". Así hablamos tristemente; pero, como yo me resistía a creer que naciera tanto mal del gran deseo de bien que contenía la Revolución, le dije que estaba de humor sombrío como la víspera, y empecé a interrogarle sobre las grandes cosas que habían sido hechas. Explicándomelas se olvidó de su preocupación, de la que yo era el principal objeto; y una hora después nos separamos igualmente inflamados, henchidos de esperanza y convencidos de que, cualesquiera que fueran las apariencias, los tiempos de perfección estaban próximos; y en ese ideal se reunieron nuestros corazones de tal modo que ambos tuvimos la misma reserva corporal, como si jamás se hubieran juntado nuestras carnes.

Cuando volvió mi marido le comuniqué lo que me había dicho Tiburcio. El me contestó que no veía peligro alguno para nosotros, que había sido bien acogido, pero que, de todos modos convenía, mientras él no conociera mejor la situación, atenernos al consejo que me había sido dado y abstenernos de la vida de sociedad. Así, me recliné en casa, adonde Tiburcio iba todos los días acompañado de *mi hijo*, el que cada vez deseaba yo más conservar a mi lado. Hablábamos de todo; Tiburcio estaba lo más frecuentemente inquieto; me refirió hechos que yo no imaginaba, enterándome de que entre las víctimas de la Revolución no había solamente aristócratas (gentes a las que yo abominaba por la idea que me había dado de ellas

lo que había visto en casa de mi madre), sino también, y aun en gran número, patriotas; pero siempre, al final de nuestras conversaciones, volvíamos a nuestras esperanzas y hablábamos de la Revolución como de la más bella obra del mundo.

Ocurrió que Tiburcio tuvo que viajar para ir con no sé qué misión a las provincias y me confió *mi hijo*, lo que me causó una gran alegría. Mi marido, por la misma época, se mostró satisfecho de la marcha de sus negocios, lo que hizo, que desapareciera mi prudencia—o que mi pasión y mi curiosidad fuesen más fuertes que ella—y comencé a visitar algunas casas.

Durante los primeros meses no tuve que arrepentirme ni una sola vez de tal decisión. Es verdad que vi a veces cambios en las reuniones a las que concurría; personas con las que hablaba un día estaban presas al siguiente, sin que yo supiera el motivo; muchos hombres experimentaban bruscos saltos de fortuna, y, dueños del poder al principio de una semana, no eran nada al final de ella; pero nosotros pasábamos por en medio de esos cambios sin que nos alcanzara nada de ellos, continuando mi marido su comercio provechosamente y diciendo que no había nada que temer porque él era bastante rico para entenderse en todo momento con el dictador del día. De hecho, solo pensaba en sus negocios, dependiendo de la marcha de éstos toda su confianza, en tanto que yo estaba apasionada por la Revolución y en camino de llegar a

ser una verdadera *sans-culotte*. No encontraba nada censurable en lo que hacían los Comités o la *Comunne*, y aplaudía siempre las medidas extremas propuestas por la Montaña. Como mi marido me hiciera una vez la observación de que hacía mal en mezclarme en la política, lo que acaso me pusiera un día en peligro, le respondí con alguna viveza que, si él era inglés, yo, aun siendo su esposa, me sentía francesa en cuerpo y alma y no podía prescindir de mostrar mi patriotismo. Entonces me dijo con la mayor dulzura que su patria no podía ser más que la mía, puesto que me pertenecía por completo; y jamás repitió su observación.

Cuando regresó Tiburcio y supo que nos habíamos metido en el campo de la política, mostró una gran inquietud y quiso convencerme de que regresara a Inglaterra; pero yo me había interesado vivamente por aquella vida y me negué a escucharlo. Como me irritara, llegué a decirle que carecía de valor y—tan persuadida estaba por lo que oía—que no era todo lo patriota que debía ser. Se puso pálido y pareció incapaz de hablar. Le dirigí excusas y hablamos a continuación más tranquilamente, pero yo llamé a *mi hijo*, para que no se me hablara más de lo que creía una huída; y, en el momento de dejarme, Tiburcio sólo me dijo que era necesario que me amara más que nada en el mundo, para no renunciar a verme después de las palabras que le había dicho.

No tuve entonces tampoco en cuenta su consejo y continué frecuentando el mundo de la política. Nos habíamos relacionado al principio con los llamados Girondinos, muchos de los cuales me agradaron por su carácter y por su inteligencia, así como también porque impregnaban de sentimiento su galantería; y me hubiera hecho del mejor grado amiga de la ciudadana Roland, a no haber creído descubrir afectación en su virtud. Más tarde los traté menos, por haber contraído amistad con la ciudadana Desmoulins, que me plugo mucho por su manera ingenua y alegre de hablar, así como por el amor que le tenía a su marido. Encontré en su casa, como en varias otras, a pesar del tuteo de rigor, un buen tono que no había hallado en Inglaterra y que me recordaba un poco el que había advertido en Italia; y me maravilló la facilidad que tienen los hombres de civilizarse, tanto que, con un poco de inteligencia y de práctica, las gentes plebeyas se hacen tan diestras en comportarse y en hablar como los aristócratas; y esta observación me confirmó en mi poco aprecio de esta última cualidad. No es que las costumbres fuesen de una absoluta pureza; yo fui testigo de muchas intrigas amorosas y hubiera podido, como cuando era niña, inquirir en un salón las relaciones probables entre las personas de ambos sexos; verdad es que esa averiguación no me hubiera exigido un gran esfuerzo, tantos caracteres de evidencia tenían las relaciones íntimas a los ojos de todos. Si a veces

se empleaba alguna hipocresía en las protestas de patriotismo, yo no advertía ninguna en las de amor, pues todos hacían ostensibles sus deseos de gozar como si supieran que, de no lograr el goce en el día mismo, podría no ser logrado al siguiente. Aquel cariz de franqueza y de sinceridad en los deseos era sobre todo visible en ciertas casas, donde el amor llegaba por momentos al desorden y hasta al libertinaje sin que nadie se escandalizara. Yo iba también a esas casas, en las que vi tal vez más de lo que había visto en Londres, pero sintiendo menos repugnancia, porque la hipocresía no era puesta en juego y no se intentaba recatar a nadie, ni aun a la gente de la calle, que se gozaba. Se guardaban, sin embargo, formas de respeto y de conveniencias, por las cuales, en lo que a mí me atañe particularmente, si tuve que defenderme de ciertos ataques, no tuve que soportar ninguna brutalidad ni que resistir ninguna violencia.

Fué en una de esas casas donde tuve un encuentro de graves consecuencias para mí: Una noche me dí de manos a boca con Gladys. Al punto nos reconocimos, con gran sorpresa de mi parte por verlo allí y bien portado. Le pregunté si seguía casado y cómo le iba a su mujer. Me contestó descaradamente que seguía estando casado y que su mujer debía de estar en los salones, porque ellos tenían establecido un lupanar e iban a aquella casa a reclutar clientela, aunque se les hacía en ella una competencia poco honrada. Conservaba las mane-

ras desenvueltas y el jocosamente desenfadado que me divertían; así, en vez de partir inmediatamente, como había decidido en cuanto me dijo que estaba allí su mujer, le hice contarme su historia. Me refirió cómo, tras muchos años muy difíciles, durante los cuales su mujer se había afanado para subvenir a sus gastos, había aprovechado los desórdenes de París para abrir una casa bien acreditada, cuyos clientes soltaban el dinero apenas lo habían ganado, por miedo a que bajara su valor, así como también el de su existencia. Le hice algunas réplicas bastante vivas y ambos reíamos cuando, al volverme, vi a la Merteuil que nos estaba mirando. Nos saludamos cortésmente e hice ademán de retirarme; Gladys se alejó en compañía de su mujer; pero, estando yo en la antecámara, vi de nuevo a ésta, entonces sola, que me cogió un poco bruscamente del brazo y me dijo que tenía que hablarme particularmente. Habiéndome llevado al hueco de un balcón, me felicitó por no tener ya la inocencia de antes, según había podido colegir por lo que acababa de escuchar, agregando que sus lecciones de Bruselas habían comenzado sin duda a desvanecer mi ingenuidad. Yo le respondí lo más candidamente que pude que, efectivamente, ella me había puesto en un camino en el que había aprendido muchas cosas. Me sentía en situación peligrosa y me disponía a representar mi papel de muchacha estúpida; pero ella no me dió tiempo a iniciarlo, diciéndome que le había representado una vez tal come-

dia y que era inútil repetirla; que había descubierto mi juego y que tendría que arrepentirme de él; dicho lo cual, me dejó. Busqué inmediatamente a Gladys y, diciéndole cómo acababa de ser amenazada por su mujer, le pedí la protección que me había prometido. Me respondió que no tenía nada que temer, porque si su mujer lo contrariaba, él la reduciría a la miseria. Partí así un poco tranquilizada pero con el alma inquieta, sin embargo.

Le rogué a un patriota de mis conocidos que me acompañara hasta mi casa, porque no era prudente para una mujer ir sola de noche por las calles, y mi marido había sido llamado a un Comité para discutir un contrato. Mi compañero era un joven entusiasta y valeroso, y su conversación me distrajo un poco de mi cuidado; pero en cuanto me quedé sola, reapareció mi inquietud. Mi marido volvió a una hora muy avanzada de la noche y, con el semblante un poco ensombrecido, se quejó de lo difícil que le era satisfacer los apetitos de un excesivo número de pedigüeños; pero, como se cuidaba mucho más de mí que de sus propios intereses, notó mi preocupación y me preguntó su motivo. Yo hubiera debido abrirle en aquel momento mi corazón, darle cuenta del encuentro que había tenido y ponerlo en guardia contra todas las historias que la Merteuil pudiera inventar para hacerme daño; porque así no habría creído nada de ella; tanta era su fe en mi virtud. Pero, en lugar de hacerlo así, fatigada de antemano por la idea

de pergeñar un cuento y de mentir, tuve esa debilidad, que le reprocho tanto a las mujeres, de evitar una molestia inmediata a riesgo de encontrarse después en graves peligros, y le respondí que sólo tenía un poco de cansancio, que la casa de la que salía era escandalosa y desordenada y que, por lo demás, no volvería a ella. A tal punto de timidez llegué aquella noche. Procedí como el avestruz, pensando que al no ver a la Merteuil, ésta no me haría daño alguno.

Deliberé conmigo misma toda la noche, mientras mi marido dormía tranquilamente como un hombre que sabe no conceder a las preocupaciones más tiempo que el preciso para olvidarlas, cuando de nada sirve atormentarse con ellas. Al fin, decidí confiarme a Tiburcio.

Lo veía más raramente desde hacía algunas semanas. Al regreso de su misión se vió acusado de moderantismo y se escondía, acompañado sólo por *mi hijo*, que me había suplicado devolverle con tantas instancias que no pude negarme. Decía que, si iba poco a casa era por temor a comprometernos. Llegó precisamente cuando yo me disponía a enviarle un mensaje, la siguiente noche. Le expuse mi inquietud, diciéndole que me había encontrado con una mujer que me odiaba y podía hacerme mucho mal si le daba a entender a mi marido que había ciertos misterios en mi pasado. No me preguntó cuáles eran esos misterios, por estar convencido, estoy segura, de que no podía haber otro que el de

mi aventura con él. Se mostró muy asustado, porque pensó inmediatamente, más que en el trastorno que pudiera producirse en mi hogar, en otros medios de venganza: “En estos momentos, dijo, cuando se sabe que se tiene un enemigo, hay que estar en guardia”. Me preguntó el nombre de aquella mujer, y se lo dije; asegurándole que, de todos modos, era mejor que no la viera. Me respondió que no haría más que informarse. Aguardé toda aquella noche y todo el día siguiente, muy turbada por la idea del peligro que Tiburcio me había indicado. Al fin vi llegar a aquel fiel amigo, que me dió muy malas noticias. La Merteuil, según me dijo, contaba con el favor de algunos jacobinos en candelero, a los que dominaba por su arte libertino, y podía sin duda provocar un arresto. Agregó que lo mejor era que yo me ocultara. Cuando volvió mi marido, le comuniqué las amenazas de la Merteuil a la vez que lo que me había revelado Tiburcio. Aquel hombre que me amaba, sintió por mí más inquietud que por sí mismo; quiso que adquiriéramos inmediatamente disfraces para ir a escondernos a cualquier punto del campo, desde donde él podría volver en seguida a París, por reclamar su presencia allí graves intereses y por creer además que él nada tenía que temer por sí mismo. “Si tuvieras, me dijo, por enemigo un hombre, no te recomendaría esa prudencia porque tendría medios sobrados para defenderte; pero contra el odio de una mujer ni el cré-

dito ni el dinero tienen poder alguno.” La idea de una huída nocturna me era desagradable, porque, como muchas mujeres, prefería un valor inútil y hasta impertinente a todo acto que pudiera tener cariz de cobardía; tranquilicé, pues, a mi marido, diciéndole que no había por qué apresurarse tanto y que mis amigos no me dejarían prender; prometiendo, sin embargo, ir al día siguiente a pedir asilo a mi querida Sofía, la cual, definitivamente abandonada por su marido, cuya suerte ignoraba, y viviendo sólo de su trabajo y de los subsidios que aceptaba de mí, sin ocuparse para nada de política, no podía parecer sospechosa ni ser, por ende, molestada. Mi marido consintió de mala gana en tal aplazamiento y nos acostamos; pero al día siguiente, estando yo todavía en la cama, vimos entrar en casa unos hombres que nos leyeron una orden de arresto ante la que no podíamos hacer más que inclinarnos.

Tantas víctimas de la Revolución han contado cómo fueron detenidas, que creo inútil sumar a sus relatos una más. Sólo diré que se hizo todo muy correctamente y con todo el aparato de la justicia. Mi marido se mostró muy digno durante el interrogatorio y el registro de la casa, porque despreciaba a los que se quejan o reclaman contra la inevitable; tanto, que ni entonces ni después me dijo que habíamos hecho mal en seguir mi dictamen y no el suyo. Creo que yo no mostré menos dignidad, por que nuestros caracteres estaban comple-

tamente de acuerdo. Me parece, sin embargo, que él pensaba ya más que yo en los medios de recobrar la libertad.

Se nos condujo a la prisión de F. (1) y nos confortó un poco saber que aquella prisión era de las menos repugnantes, como también, para decirlo todo, de las más lejanas de la guillotina; es de advertir que no se subía a este último calvario sino después de haber pasado por dos o tres prisiones. Fuimos alojados en una celda pequeña, pero bastante limpia, alumbrada por una ventana que daba a la calle. Los muebles eran pobres y la cama muy estrecha; pero mi marido me tenía bastante amor para no quejarse de esto, y cuando nos habíamos fatigado un poco, el sueño no ocupaba mucho espacio. Para mí, por un curioso retorno de recuerdos, tenía aquella celda algo de la cabaña en la que había vivido con Tiburcio sin haber pensado en quejarme de la falta de lujo.

Yo no dejé en todo el día aquella celda, donde, por lo demás, no me aburría, por saber tanto mi marido que jamás languidecía su conversación. Se

(1) No doy aquí el nombre de la prisión por temor a que el examen de los registros conduzca a los curiosos a saber quién soy (A.).

En realidad, Cecilia muestra aquí poca prudencia, porque más adelante habla de un encuentro con Laelos y se sabe que éste fué encerrado en "La Fuerza". Los detalles que dá se pueden referir además a tal prisión. Si la inicial F designa "La Fuerza", se puede suponer que la inicial B. designa "La Bourbe" (El Fango), a la que pueden referirse también otros datos de las "Memorias" (E.).

nos llevaba de fuera una comida aceptable, porque se nos había permitido ir provistos de dinero, y además mi marido podía pedirlo a sus correspondientes. Permanecí mucho tiempo sentada cerca de la ventana, porque mirar por ella era mirar la libertad. Por la tarde vi pasar a Tiburcio, llevando a *mi hijo* de la mano; me entristeció que no alzara la cabeza; pero me guardé de llamarlo. Al día siguiente hice lo mismo y, como la víspera, a la misma hora, vi pasar de nuevo a Tiburcio. Ya empezaba mi marido a impacientarse porque no lograba llegar a sobornar al guardián que nos servía; me dijo que debíamos avisar a Tiburcio y, así, al día siguiente escribí una esquela en la que envolví un trozo de yeso y al pasar Tiburcio la dejé caer a sus pies. Se guardó de cogerla inmediatamente, pero volviendo sobre sus pasos, la recogió del arroyo; no puedo expresar el alivio que sentimos. Dos días después, en lugar de nuestro guardián vimos llegar al propio conserje, quien, al llevarnos la comida, nos dijo que podíamos, por mediación del dueño del restaurante de donde nos la servían, comunicarnos con las personas que se interesaran por nosotros.

Esto me puso muy contenta; hasta tal punto dependen nuestras satisfacciones de la comparación; así, aquella tarde, como el tiempo era bueno, me dije que debía de haber sol en los patios y bajé a ellos mientras mi marido dormitaba.

Apenas llegué, vi, paseándose solo, un hombre

de edad en quien, bajo las huellas impresas por el tiempo y la fatiga, reconocí al ciudadano Laclos. Menos de seis meses antes, por el azar que ya expuse, me había enterado de que era el autor de *Las relaciones peligrosas*. Al verlo, todos mis resentimientos contra él agitaron mi corazón, e incapaz de reprimir uno de esos ímpetus de furia que dejan estallar las mujeres más prudentes (aun a costa del mayor perjuicio), me acerqué a él, diciéndole quién era y que lo tenía por un villano. El me miró con curiosidad y aparentó no comprenderme. Le pregunté cómo había obtenido mis cartas, intentó sonreír, y dijo: “La abeja coge su miel donde la encuentra”. Yo le respondí al punto: “Y pica donde se posa”. Pareció sorprendido por la réplica y no contestó. En aquel momento vi a mi esposo aparecer en el patio; y, pensando en el rencor que acababa de suscitar contra mí, me arrepentí de mi acto. Rápidamente, dije: “Ciudadano Laclos, te he dado a conocer quien soy; pero nadie lo sabe, y menos mi marido, que ya viene hacia nosotros”. El me saludó: “He cometido, dijo, grandes faltas; no las he de agravar. Pero verdaderamente yo te creía en el claustro y lejos de toda probabilidad de conocer ese libro”. En esto, habiéndosenos acercado mi marido, se lo presenté como un amigo de mi madre, y hablaron largamente. Su conversación fué muy interesante y, cuando volvimos a nuestra celda, mi marido me dió las gracias por haberle presen-

tado un compañero tan notable, agregando que era muy sensible que la Revolución encarcelase a hombres de tales dotes cuando, al contrario, debía requerir su concurso. Yo sentí un poco de despecho por tal elogio, tanto más cuanto que había de reconocer su justicia; pero cuidé de no dejarlo notar.

Mi marido comenzó a entablar correspondencia con sus agentes. No he de decir nada porque bastantes otros han hablado, con verdad o con mentira, de los ingeniosos recursos empleados con tal objeto. El trabajo que se tomó fué vano; las primeras respuestas que recibimos nos recomendaban la paciencia, sin darnos esperanzas ni alientos.

No pudimos, por otra parte, recibir sino muy pocas respuestas porque, no llevábamos dos semanas aún en aquella prisión, cuando una mañana nos levantaron un poco bruscamente y nos comunicaron nuestro traslado a otra. He de decir que no me sentí valerosa al oír aquella noticia, porque tales cambios significaban en general la aproximación al cadalso; la mirada de lástima que nos dirigió el conserje no era para tranquilizarme; pero mi marido mostró tanta calma y tantas esperanzas que llegó a comunicármelas. Mi mayor preocupación fué no poder advertir a Tiburcio, porque no me dieron tiempo, y partí antes de la hora a la que solía pasar por debajo de mi ventana. Sin embargo, como en todas las circunstancias,

hasta en las peores, se encuentra algo de consuelo, pensé en que aquel traslado cortaría las relaciones de amistad que veía iniciarse entre mi marido y Laclos, las que me eran insoportables.

CAPITULO XI

LA PRISIÓN DE B.—SOY SEPARADA DE MI MARIDO.
SEGUNDOS AMORES CON DANCENY.—SALGO DE
LA PRISIÓN.

Me animó un poco ver que éramos trasladados a la prisión de B., que, lo mismo que la de F., no era una antecámara del cadalso. Pero me entristecí e irrité mucho cuando nos dijeron que no podríamos habitar juntos, porque las conveniencias exigían que los hombres y las mujeres durmieran en departamentos separados, con permiso para reunirse durante todo el día y hasta las once de la noche. Mi marido, lejos de arrebatarse, como a mí estaba a punto de ocurrirme, trató la cosa como hombre de negocios y, mediante un alquiler considerable, obtuvo que nos dieran una celda para los dos. Era un verdadero cuarto de pensionista, bien puesto, amueblado con dos camas y con todo lo necesario. Mi único sentimiento fué que la ventana diera a un patio interior y no a la calle o al campo, lo que me privaba del con-

suelo de ver a Tiburcio y a *mi hijo*, si llegaban a averiguar dónde estábamos.

Pronto fuimos invitados a ir a comer, lo que se hacía en común en una especie de locutorio, con el mismo menú para todos, porque los más ricos pagaban por los más pobres. Aunque todo costaba muy caro, la carne era buena, porque entre los que pagaban había gentes muy adineradas, entre ellas algunos financieros importantes del régimen caído. Mi esposo encontró a un negociante, con el que había tenido relaciones, y aquel encuentro nos facilitó el conocimiento con los comensales. Después de la comida, como el tiempo era seco, todos se fueron a pasear, quien al patio, quien al jardín, charlando por grupos o parejas, contando u oyendo historias, y las damas dando oídos a las galanterías de los hombres como si se estuviera en un lugar de recreo. No es que hubiera plena libertad en las palabras, porque cada cual temía comprometerse dejando vislumbrar lo que pensaba de la Revolución; pero había la ventaja de que todo se desenvolvía en un tono de perfecta igualdad. Este tono se percibía principalmente en las señoras, lo que me hizo pensar que en ninguna parte había producido la Revolución sus efectos como en aquella prisión; porque, si había entre nosotros aristócratas, burgueses ricos y gentes pobres del tercer estado, he de consignar que no era fácil distinguirlos, porque cada uno procuraba no mostrarse distinto de los otros y todos se mostra-

ban patriotas y amigos de la virtud a la par que de la cortesía.

La comida que se sirvió por la tarde reunió los mismos comensales que el almuerzo y, como ya habíamos trabado conocimiento con ellos, tomamos parte en la conversación, en la que pronto se hizo oír de todos mi marido. Después asistimos a una verdadera reunión de sociedad; algunos hombres jugaban, otros conversaban y las mujeres hacían labores de aguja. Se nos brindó el placer de escuchar los sones de una viola, se leyó el *Diario de la Revolución*, y después de algunas conversaciones, no referentes a la política, sino al teatro y a las artes, nos separamos cuando sonó la campana de las once, yendo los hombres a su departamento, las mujeres al de ellas y algunas parejas afortunadas, como nosotros, a una celda común. Cuando estuvimos solos, mi marido me dijo que acabábamos de pasar un día en medio de la más amable sociedad y que era muy sensible tener que estar presos para encontrar tan agradable compañía.

Las jornadas siguientes no se diferenciaron de la primera. Pero, observando las cosas de cerca, advertí pronto que no era todo como la sorpresa me lo había hecho ver el primer día; los vestidos estaban arrugados y remendados; la ropa interior no estaba limpia; faltaban los cuidados del cuerpo; aunque el orgullo se recataba, solía delatarse en ciertas miradas, lo mismo que la envidia en otras; reinaba la mentira; el ingenio malgastado en

temas de los que nadie se preocupaba realmente, carecía de variedad; la galantería, en fin, no estaba exenta de algo de libertinaje, en lo que influía la separación nocturna de los sexos, haciendo que no se dispusiera más que de las horas del día y de las primeras de la noche para ciertos placeres. Mas no por ello la sociedad era menos agradable, y tal vez la cohibición que se imponían todos contribuía a tal agrado, si es verdad que el más cortés es quien mejor sabe reprimirse.

Lo que más me sorprendió fué la tranquilidad de todos respecto a su porvenir. Aunque leíamos los periódicos y nos enterábamos por ellos de numerosas detenciones, condenas y ejecuciones, parecía que nadie se consideraba en peligro. Por el contrario, se creía, al parecer, que la prisión era una garantía contra un acontecimiento más grave y que, ya que no se estaba en condiciones de mezclarse en política, se estaba a salvo de los golpes que la política podía asestar. Debo decir que, aunque no hablaba de ello con nadie más que conmigo, mi marido no tenía tal confianza. Aprovechando las libertades que nos daban y los argumentos sonantes que podía poner en juego, logró hacer llegar una carta a uno de sus agentes pidiéndole que intentara obtener nuestra libertad. En respuesta recibió el consejo de no intentar nada, porque valía más quedar olvidado en la prisión que recordar que se estaba en ella, porque esto obedecía sin duda a una venganza personal que se avi-

varía de una manera más peligrosa si se le daba ocasión. Este aviso nos afirmó en la idea de que éramos víctimas de la Merteuil, lo que me fué además confirmado por Tiburcio, quien, de acuerdo con el agente de mi marido, nos enviaba también algunas noticias de fuera. Yo estaba muy deprimida; pero la tranquilidad que veía en todos, me animaba.

Aquella tranquilidad fué turbada bruscamente. Un día fueron sacados de nuestra prisión algunos compañeros, y pronto conocimos a la vez la sentencia condenatoria y su ejecución. Esto cambió radicalmente los sentimientos de los detenidos; todos se creían amenazados. El temor llegó al más alto grado, porque no pasaba semana sin que dejaran la prisión algunas personas y llegaran otras al mismo tiempo, cada vez en mayor número, refiriendo los horrores de la Conserjería y de la Plaza de la Revolución. A la vez, las reglas de la prisión fueron cambiadas; desapareció toda libertad; nada ya de relaciones con la ciudad, porque nuestras correspondencias fueron cortadas sin que hubiera medio de restablecerlas, ni aun por el ofrecimiento de las mayores sumas; y, como parecía que todo había de empeorar al mismo tiempo, la carne fué ya mala y los conserjes y centinelas prodigaron las groserías y hasta las brutalidades.

El estado miserable en que se encontraron mis compañeros, encerrados, amontonados en las celdas, tanto había crecido el número de los presos,

y todos con el alma llena de inquietud, si no de espanto, produjo en algunos de ellos una crisis de agitación y hasta de locura. Los modales discretos, la cortesía que yo había observado al principio, la calma en la conversación y en las reuniones de las primeras horas de la noche, fueron reemplazadas por gritos, carcajadas, gestos violentos y bailes desenfrenados; como si, habiendo subido todo de tono bruscamente, la viola que habíamos oído la primera noche se hubiera trocado en trompeta. Había un fondo de bravura en tal movimiento porque todos hacían cuanto les era posible para no dejar percibir el terror que henchía sus almas. Algunas personas, por lo demás, conservaron sus maneras tranquilas; una de ellas fué mi marido, a quien yo debí, en verdad, poder sostenerme en forma correcta, por no querer serle inferior en nada.

Lo que me pareció más transformado fué la galantería. Antes había habido en ella algunos excesos, pero yo había visto a bastantes esposas fieles a su marido ausente, a bastantes viudas fieles al recuerdo y a bastantes solteras cuidadosas de su pureza. Pareció como si el amor hubiera emprendido de pronto la conquista de aquella muchedumbre que se consideraba condenada a muerte, sin merced ni tregua para nadie. Los que suspiraban en silencio se hablaron; los que se amaban de palabra cambiaron besos; los que se besaban pasaron a las caricias, y estas caricias llegaron al

último término. No diré que ya no hubiera pudor, porque entiendo que este sentimiento no hizo más que cambiar, como cambiaría si los hombres vivieran desnudos o si las parejas no dispusieran de alcobas cerradas para amarse. Había algo púdico en la franqueza de los deseos y en la manera con que cada cual favorecía los amores de los otros. Se hubiera podido asistir a espectáculos de casa de placer, porque algunos no aguardaban las horas de la noche que, por estar en plena primavera, eran muy cortas. Al final de una de las avenidas del jardín había un banco que en las primeras horas de la noche, y frecuentemente en las del día también, servía para algo más que para sentarse; pero cuando se veía en él una pareja de enamorados se cuidaba de no acercarse. Sé que después se ha hablado de que hubo libertinaje en la prisión. Y he de decir con toda franqueza que en aquel libertinaje había más castidad que en los desenfrenos imaginativos en que se complacen tantas pensionistas.

Aquel prurito de todas las mujeres por otorgar sus favores a un amante tenía otra justificación que la del amor, la del deseo del goce de momento por temor a perder toda esperanza de gozar al día siguiente y la del afán de olvidar por un instante su terror por una fatiga que aporta el olvido, aún más que la embriaguez: todas deseaban quedarse encinta. El embarazo era una garantía, como una seguridad, de la prolongación de la vida: Salvaba

del cadalso. Todas lo sabían: se citaba el nombre de muchas damas que por tal medio se habían librado de la muerte, algunas de ellas a costa de su honor; y se hablaba particularmente de una embarazada, muy comprometida con los realistas, que, si se me permite reproducir una torpe chuscada que oí entonces, debía a la soltura de su cinturón la suya de la cárcel; se miraba con envidia a aquéllas cuyo talle se redondeaba; se envidiaba su tranquilidad que no podían disimular; y algunas mujeres se afligían hasta verter lágrimas y confesar su pesadumbre al presentarse el indicio natural de que no estaban embarazadas.

Yo no me sentía mejor que las demás; vivía llena de terror, por mucho que lo ocultara, y pensaba también que un embarazo me protegería. Mi marido pensaba también en ello, acaso más que yo, de tal modo que fué él quien me habló una noche. Lo hizo casi llorando, con una emoción que yo no había advertido en él jamás, diciendo que nunca había tenido tanto horror de sí mismo; que era indigno de tener una esposa; que si yo llegara a ser llevada al cadalso, él sería responsable de mi muerte; que era preciso a todo trance que yo tuviera un hijo y que, puesto que él era incapaz de dármele, yo debía tomar un amante. Yo sentí al oír tal discurso sincera repugnancia —y debe creérseme, porque no me he mostrado en estas *Memorias* en forma tan favorable que haya derecho a creerme alguna vez mentirosa respecto

a mis propios sentimientos—; y no me sentí tan cobarde que pudiera salvaguardar mi vida a costa de un acto que les parecería a todos una traición a mis deberes de esposa. Mi marido me lo suplicó primeramente; después me lo ordenó, como nunca lo hiciera; luego me amenazó, si yo no accedía a sus deseos, con hacer todo lo posible para que lo llevaran ante el tribunal revolucionario. Yo le respondí que lo seguiría y me negué a prometerle nada. No es, lo repito, que lo amara, puesto que no sentía por él aquel amor que había sentido una vez sola; pero le tenía afecto y quería seguir siendo ante todos la compañera fiel que estaría a su lado hasta la muerte.

Sus instancias no cesaron en dos días. Yo estaba molesta porque su manera de hablarme reavivaba en mí el amor a la vida y me sentía próxima a obedecerle. Al tercer día, la prisión fué visitada por un comisario que interrogó a todos los presos. Al llegarle el turno a mi marido, le dijo que, siendo ciudadano inglés, su puesto no estaba en aquella prisión y que se le iba a trasladar a otra. Yo me puse al lado de mi esposo, contando con que nos llevarían juntos; pero el comisario, después de mirar su registro, dijo con una sonrisa malévola: “Cuanto a ti, eres francesa y además aristócrata; y como nada, ni aun el matrimonio, puede despojar del honor de ser ciudadana de la República, puedes permanecer aquí.” Protesté, invocando las leyes de la Naturaleza. Pero, ¿qué valían entonces

tales leyes? Comprendí que la Merteuil debía de tener parte en aquel complot; no pudiendo, sin duda, enviar ante el Tribunal a mi marido, quien sabía había de tener buena defensa, nos separaba para vengarse en mí sola.

Le expuse esta idea a mi esposo en los pocos momentos que nos dejaron solos antes de su partida. “Es indispensable, me dijo, que hagas lo que te he mandado, y has de hacerlo a toda prisa. No tengas escrúpulos. ¿Vacilarías, si estuvieras enferma, en entregar tu cuerpo a un médico? Entrégate, pues, al médico que sólo puede intervenir en este caso y pidamos que tenga éxito.” Le prometí sumisamente hacerlo; no quería en aquellos instantes causarle un pesar, y el mayor habría sido darle a entender que me negaba a defender mi vida. “No te pido más que una cosa, agregó: no me digas su nombre, no me lo digas jamás, porque sería capaz de estrangularle después.” Me estrechó en sus brazos con pasión; confundimos nuestras lágrimas y se dejó llevar.

Yo estaba decidida a cumplir mi promesa aunque tuviera que perder mi reputación. Dudaba, sin embargo: ejecutar tal proyecto no era tan fácil. Como yo estaba con mi marido y como además no empleaba coquetería, ningún cortesano me rondaba; porque tal era la honradez en las prisiones. Era, pues, preciso que yo me dedicara a hacerle la corte a un hombre o que le declarase mi deseo de quedarme embarazada; y ambas cosas me repug-

naban igualmente. Pensé en ello durante todo el día, contemplando, uno tras otro, todos los hombres, y preguntándome a cuál me dirigiría, porque ninguno me gustaba. No sé qué nombre dar a la divinidad que entonces intervino en tal empresa. Algunos presos recién llegados atravesaban el patio en aquel momento y entre ellos vi a Danceny.

Estaba muy cambiado, enflaquecido y como envuelto en miseria; pero yo lo hubiera reconocido cualesquiera que fueran su porte y su aspecto. Comprendí por el estremecimiento que sentí en el corazón y ¿por qué no decirlo?, también en la carne, que no podría tener otro amante que él en aquella prisión, puesto que lo amaba y, a la par, no podía huir de él. Tomada tal decisión, tuve miedo a no poder ejecutarla, pensando que acaso Danceny me rechazara con desprecio; y, no viéndolo ya, lo busqué por todas las celdas. Lo encontré en el jardín y noté inmediatamente que me reconoció; su mirada estuvo lejos de ser adusta y sus párpados temblaron de tal modo que me persuadí de que aún tenía por mí algún interés.

Avanzamos uno hacia otro y yo lo interrogué ante todo acerca de su suerte. Me dijo que su mujer había emigrado, llevándose sus hijos, que él estaba preso desde hacia más de un año y que, por un supuesto complot en el que se le había atribuido complicidad, había sido trasladado desde la prisión donde se hallaba a aquella. Yo le referí entonces mi vida desde nuestra separación. No le oculté

haber tenido un hijo, que no podía ser sino suyo, diciéndole la verdad, aunque callando mi aventura con Tiburcio. Después le revelé lo que me había ordenado mi marido y le pregunté francamente, procurando reprimir mi emoción, si él se prestaría a hacer lo que deseábamos. Vi que se turbó mucho; pero solo me dijo que, en el puesto de mi marido, me hubiera dado la misma orden y que haría lo que yo le había indicado. Nos estrechamos las manos sin una palabra, por no saber qué decirnos; no intentó siquiera besarme y nos separamos de acuerdo en la cita para la noche. No creo que jamás hayan convenido dos amantes en tal forma pertenerse uno a otro.

Después de comer, nos juntamos en el banco de que he hablado ya. Yo me sentía de nuevo dominada por los sentimientos de quince años atrás, y tuve los mismos goces que me habían sido dados una vez. No importaba que estuviéramos en una situación tan poco propicia; yo sentí una dicha completa; y me dije más tarde que hacía mal en inquirir qué defecto tendría mi marido que pudiera explicar el por qué yo no me entregaba a él en cuerpo y alma, pues sólo le faltaba que yo lo amase como amaba a Danceny, y que no hay sin duda, en la vida de una mujer más que un hombre destinado a inspirarle tal amor. No nos separamos hasta que sonó la campana y, aunque no habíamos cruzado una palabra, yo sabía que Danceny había compartido mi placer. Cuando lo hube

dejado me reproché mi goce, porque por él sólo había traicionado a mi marido; y tuve tantos escrúpulos que, si hubiera persistido en el mediosaber de que he hablado antes, habría procurado sin duda evitar la repetición de tales goces; pero ya sabía bastante más y he de confesar que me felicitaba de ello.

Como yo había sido, inmediatamente después del traslado de mi esposo, desposeída de mi celda para ser alojada en otra donde estábamos veinte mujeres en un espacio capaz apenas para ocho, durante varios días no tuvimos Danceny y yo otro lecho para amarnos que el banco del jardín; y me puse muy contenta cuando, a fuerza de sobornos, me permitió un guardián disponer de un pequeño camaranchón, con un jergón en el suelo, donde nos juntábamos. Nos reíamos a veces de tener aquel alojamiento digno de una criada y de un mozo de cuadra; porque teníamos aún algo de alegría, sintiéndonos ambos jóvenes y henchidos del deseo de vivir. Nuestras relaciones amorosas no estaban exentas de algo raro, en el sentido de que ambos evitábamos hablar de amor. Cuando paseábamos juntos por el jardín o estábamos entre los demás presos, Danceny aparentaba un gran desvío respecto a mí, y, lo mismo cuando hablaba en serio que cuando se esforzaba en bromear, no decía jamás una galantería que pudiera emocionarme; y, si cuando estábamos solos, después de ciertos goces no podíamos menos de decirnos, yo

que no había amado a ningún hombre tanto como a él, y él que nunca me había olvidado y siempre lo había perseguido el remordimiento de haberme abandonado como a una culpable, cuando no era más que una víctima, parecía que tales palabras se nos escapaban contra nuestra voluntad; y, lejos de insistir en ellas y de arrullarnos con frases de amor, nos callábase inmediatamente, silenciosos en la voluptuosidad, como si hubiéramos rendido tributo a un deber más que al gusto.

Sin embargo, de todos los goces que yo he podido experimentar, ningunos otros recuerdo con más emoción. Debo confesar que, durante varias semanas, fui toda amor. Pasaba el día esperando el placer que tendría por la noche, llegando a no pensar en mi situación de presa y en el peligro en que estaba todavía. Creo que en algunos momentos olvidaba también a mi marido, del que no tenía noticias desde nuestra separación; y, si pensaba en Tiburcio y en *mi hijo*, era solamente por mediar este hijo al que iban mis pensamientos con frecuencia por ser hijo de Danceny. Ya no tenía necesidad de conversaciones ni de agitación; vivía como aislada en medio de la muchedumbre de mis compañeras; vi algunas veces señales de reprobación y hube de oír palabras odiosas de aquellas a las que molestaba cuando, al amanecer, volvía a mi cama desde nuestro camaranchón.

Pronto pude, por la ausencia de ciertos signos, creermé embarazada; y tal creencia reavivó por al-

gunos momentos mi virtud; pero esta virtud no tuvo fuerza bastante para imponerse, porque yo le hice callar con el pretexto de que no podía tener aún una certidumbre, y continué viviendo entregada al amor. No cesé de vivir así cuando llegó la certeza con el testimonio de náuseas y de vómitos, semejantes a los de mis anteriores embarazos; sólo fué mi amor más triste y, al sentirme con la existencia asegurada por algunos meses, me preguntaba si valdría la pena de vivirla en el caso de que Dancený me fuera arrebatado. Por lo demás, no comuniqué nunca tales ideas a mi amante, porque el amor me había puesto en tal estado que temía llamar a la desgracia sólo recordando que podía llegar.

En todo lo que no atañía a Dancený mis sentimientos estaban como paralizados, de tal modo que veía sin horror dejarme mis compañeras de celda, llamadas para ya se sabe qué destino. Asistía a los llamamientos de las que eran trasladadas a la Conserjería y, si pensaba en que podía llegar mi turno, sólo me angustiaba la idea de ser entonces separada de Dancený; y todos mis votos se reducían a que nos llevaran juntos.

Un día llegó mi vez y Dancený no estaba a mi lado. No sé cómo entonces me volvió la fuerza y aquella energía que había tenido siempre y que el amor había adormecido. Decidí luchar por no partir y pedí ser llevada ante los comisarios. Lo hicieron así y declaré que estaba encinta. Dos da-

mas, una de ellas muy joven, hicieron la misma declaración. En lugar de hacernos partir, nos introdujeron en un locutorio donde vi tres hombres, en uno de los cuales reconocí al médico de la prisión. No diré a qué exámenes hubimos de someternos, los que el médico hizo todo lo correctamente que permitía el lugar: dió un dictamen de duda respecto a mis dos compañeras, a las que vi temblar, próxima al espasmo la más joven, lo que despertó un poco de piedad en mi corazón; en cambio declaró que yo parecía haber dicho la verdad. El interrogatorio de los comisarios fué de otro género y jamás oí cosas tan abominables. Fué como si se complacieran en torturar a las mujeres haciéndoles declarar su deshonor. La crueldad de aquellos hombres se ensañó especialmente en mí; me trataron, sobre todo uno de ellos, como una presa que se les escapaba. Se rieron mucho de que, no habiendo tenido yo hijos en tanto que viví con mi marido, me hubiera quedado encinta en cuanto él me había dejado. En fin, no cesaron hasta que se hubieron cansado de ser groseros y acaso también porque los cansé yo con mi mutismo y mi desprecio. Después de deliberar los comisarios y el médico, decidieron enviarnos a la enfermería para poder comprobar nuestras declaraciones.

La enfermería ocupaba un ala separada del resto de la prisión y habría sido el lugar más repulsivo e insoportable, por la mujer encargada de ella, si tal maldad no hubiera sido un tanto miti-

gada por la humanidad del médico. Yo me sentí triste y desesperada al entrar en ella, pensando que no podría escaparme para ver a mi amante; y, en verdad, no sólo no pude verlo, sino que tampoco pude obtener que le llevaran noticias mías, porque todos mis ofrecimientos, aún los más generosos, fueron menos potentes que la crueldad de la guardiana.

Acaso porque yo tenía una gran pena, me pareció que en aquel lugar había aún más dolor y más miseria que en la prisión. Se hubiera dicho que en él se tenía una gran complacencia en cargarnos de faenas pesadas, cuales la de transportar muebles y fregar los suelos con nuestras manos; de tal suerte que, si se hubiera intentado hacernos abortar, no se habría procedido de otro modo. Vi allí las desesperaciones más conmovedoras; mujeres que se habían creído en condiciones de esperar y que de pronto tenían el indicio de la vanidad de sus esperanzas, caían con violentas convulsiones; así le ocurrió a la de más edad de las dos que fueron llevadas a aquel lugar al mismo tiempo que yo; se le subió la sangre a la cabeza y murió pocos días después. Como yo estaba casi en seguridad, compadecía aquellas desdichas y procuraba consolarlas; y en algunos momentos olvidaba la mía de estar separada de Danceney. Me interesaba mucho por la joven que había sufrido conmigo el examen de los comisarios y tuve una verdadera alegría cuando se reconoció que estaba realmente

embarazada; no pude menos de felicitarla y ella no pudo disimular su júbilo aunque se sintiera un tanto avergonzada por haber, según dijo, brindado sus favores a un amante sin sentir otro amor que el de la vida; pero es lo cierto que ese amor, tan despreciado por los que no se vieron en trance de muerte, era tan conmovedor en ella como el amor que hubiera podido sentir por el más joven y más guapo de los hombres; y yo, que no lo sentía en igual grado, aun contando con las mismas seguridades que ella de vivir, le tenía envidia.

A las dos semanas se quiso al fin reconocer que mis vómitos no eran fingidos, como tampoco la hinchazón de mi vientre y de mis pechos; y se me hizo volver a la prisión. No tenía noticia alguna de Danceny y no pensaba más que en verlo, como si éste hubiera sido el término de mis aspiraciones. Lo busqué en vano. Me invadía una inquietud tanto más dolorosa por cuanto no la había sentido desde nuestra separación; tan imposible me parecía que mi amante me fuese arrebatado. Me atreví al fin a interrogar a una de las compañeras que nunca me había mirado mal. Su respuesta fué abrazarme de modo que me hizo comprender mi desgracia; después me dijo, lo más suavemente que pudo, que Danceny había sido trasladado a la Conserjería; estas palabras eran inútiles; yo las había adivinado. No me desmayé; pero tuve tal temblor y tales dolores que creí que iba a abortar; y esta idea me dió fuerzas, porque

no quería que mi hijo muriera, no porque su vida me protegía, sino por haberlo tenido, como el otro, de Danceny. No pude contener mis lágrimas, pero conseguí no caer y subí, sostenida por mi compañera, hasta la cama, en la que me tendí por saber que ese era el mejor medio para preservarme de un accidente. Así permanecí muchos días sin moverme más que cuando me forzaba la naturaleza y nadie me interrogó ni intentó hacerme hablar, porque todas respetaban mi dolor, hasta aquellas que habían condenado su causa.

Una noche, como hiciera mucho calor, la compañera que me había asistido primeramente me convenció de que bajara al jardín. Una vez en él, uno de los soldados que nos guardaban se acercó a mí y me preguntó si era la ciudadana Pagioli (se recordará que este era el nombre de mi marido). Al principio me costó trabajo comprenderle; después le respondí que sí era yo: "Tu marido, dijo entonces, ha salido de la prisión y pregunta si tienes algo que comunicarle." Estas palabras parecieron despertarme de una largo sueño. Comprendí que aún era amada, así como que aún tenía deberes: "Comunícale, le dije, que estoy encinta." El soldado me hizo seña de haberme entendido y se alejó inmediatamente, mientras yo pensaba con reconocimiento en el trabajo, los gastos y los peligros que representaba aquel rápido coloquio.

A partir de aquel momento me sentí volver len-

tamente a lo que había sido. El primer efecto de tal emoción fué hacerme sentir un vivo horror a la vida que llevábamos. En efecto, estábamos a principios del Termidor y jamás el terror ejerció tal poder sobre las almas. Nadie se acostaba sin pensar que aquella podía ser su última noche, y todos se veían a las puertas de la muerte; y el miedo a ésta aparecía tan marcado en los semblantes, con cualquier máscara que se le cubriera, que yo estaba casi avengonzada de no tener que sentirlo. No se puede en tales momentos contar los días, tantas horas tienen éstos y tan remoto en el pasado parece el ayer. Yo no cesaba de llorar por Danceny; pero estaba a veces como si lo hubiera perdido hacía mucho tiempo y necesitaba hacer un esfuerzo mental para reconocer que sólo llevaba tres semanas viuda de mi amante. No tardé, por otra parte, en encontrarme en la misma situación que los demás porque corrió el rumor, salido no se sabe de dónde, de que todos los presos serían ejecutados. ¡De poco me serviría entonces gritarles a los asesinos que estaba encinta! El espanto llegó al colmo cuando sonó el toque de rebato del 9. Hubo una especie de locura; jamás hubo más cantos ni más objetos rotos; jamás se hubo de buscar tan frenéticamente el olvido en las embriagueces del amor. Jamás acaso lloré yo tanto a Danceny: me faltaba para la muerte. ¿Por qué, me decía, no te han dejado vivir lo bastante para que yo te tenga esta última noche?

A la mañana siguiente, nos enteramos, sin sa-

ber por qué conducto, de la caída de Robespierre. Nos resistimos al principio a creerlo; después llegaron las confirmaciones; y antes de comer recibieron ya algunos presos la visita de parientes o amigos suyos, y hasta hubo algunos que nos dejaron. Yo esperé con alguna impaciencia tener alguna visita; y, sin embargo, sentía a la vez una especie de melancolía a la idea de abandonar aquel lugar de miseria, donde me había sido dado el verdadero gozo de amar. Por la tarde vi, al fin, aparecer a mi marido, seguido de Tiburcio y de *mi hijo*. No he de decir con qué efusión nos abrazamos ni cómo yo estreché en mis brazos al primero de mis hijos, hermano de padre y madre del que había de nacer. Mi marido me dijo que me llevaba con él inmediatamente por tener el permiso para hacerme salir de la prisión, y me refirió en pocas palabras cómo después de haberse evadido de la prisión de L... (1) adonde se le había trasladado, ayudó con su dinero a los enemigos del tirano y había logrado así (salvo el retorno de la tiranía) el mayor crédito. En correspondencia al relato que me hizo de su vida, yo no le dije nada de la mía, ni él me lo pidió. Partimos en medio del entusiasmo general, yendo a la morada de Sofía donde, según me dijo mi marido, teníamos preparada una habitación, porque él no había conside-

(1) Sin duda la prisión del Luxemburgo, donde fueron encerrados varios extranjeros.

rado prudente volver desde luego a nuestra casa, teniendo en cuenta que no se puede proceder como él lo había hecho, sin crearse enemigos. Mi querida Sofía me recibió con la cara bañada en lágrimas; después, habiéndonos conducido a nuestra habitación, nos dejó en ella. Tiburcio partió poco después; y yo tuve gran pesar al separarme de *mi hijo*.

Nos quedamos solos mi marido y yo, y entonces nos miramos de frente. Debíamos tener ambos un aire de extrema fatiga; pero ninguno de los dos lo hizo notar al otro.

Mi marido reprimía su emoción, como yo la mía; pero, sin duda, por razones distintas cada uno. Luego, él me cogió en sus brazos, diciéndome cuánto me amaba. Yo cometí entonces una gran falta, que fué a la vez una gran crueldad. Como empezaba a haber más pasión en sus abrazos y parecía querer llevarme a la cama, que estaba próxima, lo rechacé suavemente, diciendo que estaba cansada. Aflojó su abrazo sin pronunciar palabra; pero vi temblar sus párpados, y me dijo con ternura que, puesto que estaba cansada debía acostarme, y que él tenía que ir a sitios donde grandes intereses reclamaban su presencia. Yo hubiera debido llamarlo entonces e invitarlo a lo que me pareció que quería; pero vacilé tanto que se fué antes del fin de mis vacilaciones, por lo que sentí al punto un remordimiento que perduró y que tengo todavía.

CAPITULO XII

MUERTE DE MI MARIDO.—DOY A LUZ UN HIJO
ME CASO CON TIBURCIO.—FIN DE ESTAS ME-
MORIAS.

Me acosté, y Sofía me acompañó toda la tarde; por ella supe una multitud de horribles acontecimientos que ignoraba, en particular que la Mer-teuil había sido en realidad la causante de nues-tro encarcelamiento y que no teniendo bastante con tal venganza, y furiosa sin duda por no haber podido empujarme hasta el cadalso, había hecho llegar a manos de mi marido, cuando éste estaba preso, una carta llena de abominaciones, a las cua-les él, por estar prevenido, no había dado el menor crédito. Me habló de él con toda la estimación y toda la amistad posibles, encomiándome su inteli-gencia, y más aún su sensibilidad, refiriéndome cuánto me amaba y cómo, cuando supo que me hallaba encinta, se lo había participado con lágri-mas en los ojos, muy conmovido al saber que era

padre de una manera tan providencial, tras doce años de esterilidad. Tales referencias me conmovieron en el más alto grado; vi cuánto se preocupaba mi marido de mi bienestar y de mi honra y hasta qué punto tenía confianza en mi honradez; y me reproché más vivamente mi impulso al rechazarlo. No es que fuera tal mi virtud que me condenara por haberme entregado tan amorosamente a Danceny, pues no había razón ni sentimiento en el mundo que pudiera darme un remordimiento por haber gozado ni disminuir mi pena al pensar que no se repetiría mi gozo; sino sólo que yo no quería que mi esposo sospechara en ningún momento la forma en que lo había traicionado, porque merecía contar con la certidumbre de que nadie más que él había ejercido dominio alguno en mi corazón ni poder sobre mis sentidos.

Sofía permanecía a mi lado hasta muy avanzada la noche y hube de persuadirla de que fuera a acostarse, pues tenía mucho que hacer durante el día, por tener el orgullo de querer ganarse la vida, mejor que ser sostenida por mí, y de velar por la educación de sus dos hijos. Cuando me quedé sola no pude dormir, pues estaba agitada por mil sentimientos que no hubiera debido tener aquel día de liberación. Como si la pena que yo llevaba dentro de mí me vedase toda esperanza, no veía en mi torno más que imágenes fúnebres. Me impacienté por la tardanza de mi marido; luego me sentí inquieta; después tuve como la seguridad de que debía

esperar una nueva desgracia; al amanecer, como oyera en la casa ruidos, presentí que iban a darme la noticia de la desgracia que tenía por cierta; y cuando vi entrar a Sofía, esforzándose en reprimir el llanto, antes de que me dijera una palabra, fué para mí como si hubiera recibido la noticia.

Mi cariñosa amiga me estrechó en sus brazos, hablándome del valor que me hacía falta. Yo le dije que había muerto mi marido. Me indicó por señas que lo había adivinado, preguntándome si quería recibir a Tiburcio, quien me referiría lo ocurrido con todos sus detalles. Por él supe, que aquella noche se había encontrado no lejos de allí el cuerpo de mi esposo, despojado del dinero, de sus alhajas y de parte de sus vestidos; y que, transportado al hospital, no había sido identificado hasta por la mañana.

Decidí levantarme para ir al hospital: en vano Sofía y Tiburcio intentaron disuadirme, pretextando las precauciones que requería mi estado. Rehusando el apoyo de los dos, fuí hasta el lugar donde estaba el cadáver de mi esposo. Lo miré largamente sin llorar, como si el manantial de mis lágrimas se hubieran secado; su rostro, que yo había visto tan demacrado la víspera, aparecía entonces en todo su esplendor, enérgico y dulce como se me había aparecido en Milán; no se veía traza alguna de herida, porque los asesinos lo habían atacado por la espalda. Pedí que me mostraran

las heridas y me incliné sobre ellas para besarlas. Tuve entonces un arrebató de cólera, jurando que su muerte sería vengada. Dije que la Merteuil no debía de ser extraña a ella. Al oír tal nombre, los ojos de Tiburcio llamaron y gritó que, aunque no fuera culpable de aquel crimen, me había hecho tanto mal que merecía los más graves castigos. Yo le estreché las manos, pero tuve entonces un desvanecimiento y hubo de ir a buscar un coche para volverme a casa de Sofía.

Tuve fiebre y no pude asistir a los funerales que, según se me dijo, fueron discretos, porque la ciudad estaba aún muy agitada para que pudiera recorrer las calles sin peligro un largo cortejo. Yo gemí por no poder acompañar el cuerpo de mi marido hasta su tumba; pero no intenté hacerlo, porque, si pensaba en qué nuevo infortunio pudiera caer sobre mí, no concebía ya ninguno más que el de abortar y nada del mundo me importaba tanto como el hijo que vivía en mi seno.

Pronto estuve en vías de restablecimiento, rodeada de la solicitud de Sofía y de la gracia de sus niños, a los que se unía el que Tiburcio llamaba su hijo. El mismo Tiburcio iba a verme todos los días, en los momentos en que no era retenido por los cargos que le había confiado el nuevo gobierno. Por él supe que la Merteuil había sido presa y juzgada como cómplice de los tiranos y que él había sido su acusador. No había negado su participación en la muerte de mi marido, pareciendo hon-

rarse con ello, negándose a dar los nombres de los asesinos e intentando contar acerca de mí mentirosas historias que el tribunal se había negado a oír. Condenada, había subido a la misma carreta que otras mujeres de su laya con sus amantes robespierristas; por lo demás, había hecho buena figura sobre el cadalso, como si hubiera recobrado en aquellos últimos momentos algo de su prosapia; y he de confesar que esto me disgustó un poco, porque hubiera querido poder pensar que no había en ella más que cobardía.

Tiburcio me dió cuenta también del estado de mis bienes que había administrado con gran celo, diciéndome que la Revolución no me los había mermado en nada. Recibí de sus manos el testamento de mi marido, por el cual yo heredaba un cuantioso usufructo en el caso de tener hijos, y toda la fortuna si no los tuviera.

Este testamento, que databa de muchos años antes, era acompañado por la carta más tierna, fechada en la prisión de L., al día siguiente de nuestra separación. Mi marido me expresaba su amor en los términos en que lo había hecho tantas veces de viva voz y en reconocimiento por la promesa que le hiciera días antes (se recordará cuál fué tal promesa), felicitándose de que la Revolución hubiera sido tan favorable a sus negocios que yo había de encontrarme en el caso de que él desapareciera en una situación que podría envidiar toda mujer.

Me asustó la enumeración de todas las riquezas que heredaba, tanto en participaciones en negocios y en navíos, cuanto en tierras y casas situadas en diversos países, Francia, Inglaterra, Italia y hasta América. Rogué a Tiburcio que se encargara de administrar todos aquellos bienes. Sabía que podía hacerlo, no sólo porque me había probado su prudencia y su honradez administrando los míos propios, sino también porque lo juzgaba apto para todas las gestiones, hasta las de los negocios. Su inteligencia se había desarrollado tanto en los trabajos de la Asamblea cuanto en sus meditaciones durante el tiempo que había tenido que vivir casi a escondidas; y, como, lo mismo que muchos hombres de su condición (cuando no los había invadido el furor de los tiranos) perdiera la confianza en la bondad natural de los hombres, había comprendido, como mi marido decía, que la vida es un duro combate y era capaz de luchar contra todo adversario, por hipócrita que fuese, sin peligro de ser víctima de sus trampas. Oyó mi petición con algo de espanto; pero, a instancias mías, consintió y yo me quedé tranquila, porque me sentía aún tan cansada que, si se hubiera intentado despojarme, habría dejado hacerlo.

Aunque yo no tenía fiebre continuaba enferma, sin poder digerir ningún alimento; y el calor me aplanaba. Imaginé que debía todo mi malestar al aire de la ciudad, cuyos menores ruidos me eran muy molestos; y, movida sin duda por uno de esos

antojos que suelen tener las mujeres embarazadas, tuve deseo de ir a la quinta de Provenza, donde me había refugiado después de mis primeras desgracias. Tiburcio me puso el reparo de la fatiga de tan largo viaje y de los riesgos que había en atravesar un país algunos de cuyos pueblos estaban aún perturbados. Pero yo lloré como una chiquilla, porque a tal debilidad se llega en semejante estado, y tuvo que acceder a mi deseo. Como él tenía gran influjo sobre los hombres del gobierno, organizó aquel viaje tan bien como lo hubiera hecho para un personaje de la mayor importancia; de modo que yo lo hiciera suavemente, fuese atendida en todas las etapas y escoltada de una a otra por guardias que me defendieran de todo peligro. Habiendo convencido a Sofía de acompañarme en el viaje con sus hijos y llevándome también el *mío*, que le reclamé a Tiburcio y era la mejor compañía; llegué a la quinta de A., no sólo sin gran cansancio, sino en mejor estado de salud que a mi partida.

Me sorprendió encontrar todas las cosas como las había dejado. Se hubiera dicho que la Revolución no había visitado aquella comarca. Los guardas de la quinta, a los que interrogué, apenas conocían de ella el nombre y no sabían si se trataba de una mujer, de un animal o de una pila; sin ignorar que Tiburcio estaba en París, no tenían la menor idea de lo que había ido a hacer allí. Se mostraron tan respetuosos como quince años

atrás, y la torpe muchacha que yo había elegido para servirme y que vivía casada en una granja distante una legua de la quinta, en cuanto supo mi llegada fué a reclamar el honor de servirme nuevamente, lo que le concedí.

Me mostré muy distinta de como me había mostrado antes, por no tener ya las mismas razones para mantener la gente a distancia, aunque estaba todavía en estado de preñez; pero ahora de un hijo que podía proclamar. Me esforcé en ser dulce y acogedora, lo que, por lo demás, no me costaba trabajo viendo las maneras de Sofía que era el mejor ejemplo para mí; y si alguien hizo oír al guarda y su familia la palabra *igualdad*, fuí yo misma y no Tiburcio que, siempre reservado en la expresión de sus sentimientos, en aquellos lugares no se había franqueado a nadie más que a mí.

Gocé durante algunos días el sosiego que da la Naturaleza y que yo debía experimentar, según había dicho mi padre. Pero pronto tuve grandes tristezas que me provenían de sentirme sola, en el sentido de que, llevando dentro de mí pesadas penas, había una por lo menos cuya pasadumbre no podía compartir con nadie. Tuve un día el corazón tan oprimido, que lloré sobre el pecho de Sofía, confesándole que mis lágrimas no eran vertidas únicamente por mi marido. Llegué así a hacerle completas confidencias, contándole toda mi vida, sin disimularle mis faltas, como tampoco mis penas; sentí un alivio adivinando que aquella sen-

sible y fiel amiga no había de condenarme, pues tenía demasiada virtud para no tener todas las indulgencias. Y, en verdad, no tuve que arrepentirme de mi franqueza, porque, al contrario, Sofía me elogió por haber sido fiel esposa después de haber pasado por tantas vicisitudes y sufrido tantas tentaciones; y, como quería serme útil en cuanto le era posible, sabiendo que en ciertos momentos para las almas más fuertes (como yo creo que es la mía) no hay mejor distracción del dolor que poder hablar de él con una persona que lo comprenda, me incitaba a hablarle de Danceney, lo que yo hacía llorando, más con una emoción que en cierto modo me aliviaba.

Aunque los últimos meses de mi embarazo fueron menos penosos que los precedentes, tuve aún que sufrir mucho y mi parto fué muy doloroso, pues tardé cerca de dos días en dar a luz mi segundo hijo. En cuanto lo tuve sobre mi pecho, me pareció que mi cariño por él ocuparía en mi alma el lugar de todos los que la muerte me había arrebatado. Decidí hacer de él la única preocupación de mi existencia y tener bastante para llenar mi vida con ocuparme exclusivamente de mi hijo.

Mas la Providencia no quiso otorgarme ese consuelo y esa salvaguardia: me faltó la leche y hube de ver a mi hijo amamantado por una campesina que me inspiraba atroces celos. Así fuí abandonada, más de lo que esperaba, a mí misma. Es verdad que mi restablecimiento fué rápido y que

recobré algo del gusto de vivir. Sofía se ingenió de mil maneras, obligándome a jugar con ella y con los tres niños e induciéndome a interesarme por las lecturas y estudios de los tres, especialmente de *mi hijo* que, teniendo ya catorce años, sabía muchas cosas que había aprendido de Tiburcio; y pronto, gracias a sus cuidados y gracias también al ambiente en que vivía, tuve nuevos momentos de reposo en los que todos los dolores estaban como adormecidos, y sueños sin agitación ni pesadillas; sin que hubiera, sin embargo, en aquel reposo nada que fuera efecto de una fatiga comparable a la de un animal que cae rendido tras una larga carrera; porque la verdad era sencillamente, que, a pesar de mis penas y mis miserias, volvía a encontrarme en el estado de una mujer que siempre había tenido buena salud.

Desgraciadamente, aquel retorno a la salud tuvo otros efectos; a los pocos meses empecé a sufrir impaciencias y turbaciones que me eran conocidas. Me desprecié por ello, cuando había prometido no tener otras afecciones que las de una madre, y no sentir ya más amor que el del alma y sólo para aquéllos a los que había querido y ya no existían. Pero, acostumbrada a no mentirme a mí misma y no intentando hacerlo, ni aún en tales circunstancias, me di cuenta exacta de que aquellos requerimientos de los sentidos, por repugnantes que fueran, me vencerían, sin que tuviera fuerzas para resistirme siempre a ellos. Como me

había decidido a confiarle a Sofía todo lo que me preocupaba, le participé mi nueva inquietud. Ella me respondió que no le sorprendía mi confianza; que no se podía haber tenido como yo el gusto del placer y ser curada de él por un pesar; que ella había previsto lo que me ocurría; que yo era aún demasiado joven y demasiado bella para hacer una vida de viuda y que debía, indudablemente, volver pronto al mundo para hallar un marido. No le objeté nada porque sabía cuán verdad era lo que decía; sin embargo, cuando me quedé sola, casi le recliné en mi fuero interno por no haber combatido contra mí para obligarme a la castidad; pero hube de reconocer que sus esfuerzos no habrían servido de nada.

Por entonces volvió Tiburcio a la quinta. Había abandonado sus funciones cerca del gobierno y me dijo que, habiendo tenido que ocuparse de negocios para administrar mis intereses, se había aficionado al comercio hasta el punto de haber decidido dedicarse a él. Yo tuve al verlo más placer del que esperaba. El era, aparte Sofía, la única persona con cuya amistad podía contar; y pensé desde luego que, si había de casarme nuevamente, no podía elegir más esposo que él. No porque tuviera en cierto modo derechos sobre mi persona, sino porque era el único hombre, entre mis conocidos, a quien podía dar, a falta de amor, del que no me sentía ya capaz, toda la estimación que yo quería que mereciera mi marido.

Yo creía que él me amaba, pero no podía asegurar que me tuviera aún amor. Si, en efecto, conocía su adhesión ilimitada, jamás desde que habíamos estado en Marsella, le había oído ni una declaración tierna, ni una palabra de celos o despecho, ni un suspiro, ni siquiera una frase que pudiera recordar la pasión que había tenido.

Guardaba ante mí una reserva que impedía adivinar nada de sus sentimientos; no hablábamos jamás de los tiempos en que habíamos estado unidos; y, si a veces cruzábamos una mirada por encima de la cabeza del que él creía *su* hijo, bajaba inmediatamente los ojos como para impedirme leer nada en ellos. Yo me abstenia también de tener con él coquetería alguna; y jamás lo embromé, como hubieran hecho otras mujeres, interrogándolo sobre las amantes que pudiera tener, a fin de oírle que seguía siéndome fiel y no había tenido nunca más amante que yo. Pero entonces, como había decidido hacerlo mi esposo, si él quería, hice lo que había evitado siempre antes: le dije que los hombres en candelero, muy allegados a los ministros, debían de ser muy solicitados por las mujeres y que él debía, sin duda, de haberse aprovechado de su situación. El se mostró extrañado y como herido por tal observación. “Podría mentir, me dijo, y asegurar que he sido siempre casto. Le diré sencillamente que siempre que dejé de serlo, me arrepentí al punto; porque cuando se tiene el honor de guardar en el alma ciertos re-

cuerdos, no se debe correr el riesgo de hacer nada que pueda empañarlos”, y me saludó inmediatamente como para despedirse. Me impresionaron el tono y el porte nobles que mostró; había hablado casi en gran señor, prescindiendo por un momento del tú que estaba aún de moda.

Al alejarse, le cogí del brazo y, hablándole al contrario de como él lo había hecho, con la mayor familiaridad que pude: “Perdóname, le dije, que en un momento de coquetería haya querido averiguar el poder que tiene todavía mi recuerdo. Si es tan fuerte, después de quince años, ¿quieres que procedamos a darle una nueva forma?” Se me acercó inmediatamente, preguntándome con ansiedad si me burlaba de él. Le respondí que era mi esposo de derecho y que deseaba que lo fuese a los ojos de todos. Estábamos en la terraza que se recordará; cayó instantáneamente a mis pies, como había hecho tantas veces, y le oí las mismas palabras apasionadas.

Nuestra boda tuvo lugar dos semanas después, con gran sorpresa de los guardas y de los campesinos de las cercanías de la quinta, pero también con el mayor orgullo de los habitantes de la ciudad de St. P., que habían elegido a Tiburcio diputado en la Asamblea y que enviaron una delegación a felicitarme por mi civismo. Yo no diré que estuviera alegre, pero mi destino no era casarme alegremente, y me casé con Tiburcio en el mismo estado de ánimo que tenía al casarme con Pagioli,

y, como éste primer esposo, el segundo pudo creermeme tan henchida de amor como él estaba, porque también supe en esta ocasión disimular lo que había de mediocre en mis sentimientos y, al hacerlo así, creía también en este caso que procedía con honradez.

.....

Volvimos pronto a París, donde adquirimos uno de los más bellos hoteles del barrio de St...; pues mi fortuna aumentaba de año en año a la par que Tiburcio empezaba la suya con los negocios, en los que se mostró muy hábil; tanto, que yo pensé que todas las cualidades de mi primer esposo habían pasado a él. Traté a mucha gente; recibimos en casa a numerosos personajes del gobierno, y Tiburcio supo aprovechar su amistad, aunque no creía, como Pagioli, que se les hubiera de facilitar el libertinaje; de tal modo, que en una época en que las costumbres eran tal vez más disolutas que en ninguna otra, nuestro salón fué de los pocos en que las mujeres guardaban algún recato. Nos fué negada la dicha de tener hijos, por mucho que ambos lo deseábamos. Un médico, al que interrogué, me dijo que, sin duda, los trastornos que habían acompañado a mi embarazo y mi parto doloroso, me habían hecho estéril. No tuve, pues, más que dos hijos, los dos de mi queri-

do Danceney, y creyéndose cada uno de ellos de padre distinto.

.....

Aquí podría terminar estas *Memorias*; pero he de decir algo de algunos encuentros que tuve con personas de las que ya he hablado.

Un día vi en las Tullerías a Laclos; iba acompañado por una mujer en la que reconocí a Margarita Gerard; él me saludó y yo le respondí, pero ni a uno ni a otro se nos ocurrió la idea de detenernos. Lo vi entonces hablar a su compañera, que se volvió a mirarme; y aquella mirada me hizo pensar que las semejanzas advertidas por mí en ciertas estampas no son casuales. Se recordará que en otro tiempo me hizo un apunte al lápiz y podía reconocerme, porque los años no me habían cambiado apenas, los embarazos no habían deformado mi talle y la tristeza que sentí al no poder amamantar a mi segundo hijo, tuvo tal vez la compensación de no hacerme ver en mis carnes las blanduras y flacideces que odiaba tanto mi primer marido.

Otro día, en una revista de tropas que partían para Egipto, tuve la sorpresa de ver a Batilde, que agitaba su pañuelo al paso de un cirujano que se había casado con ella, y que estaba en vías de llegar a ser uno de los más famosos cirujanos del ejército. No se conservaba guapa, pero parecía fe-

liz. Nos reconocimos, estoy segura, pero ninguna de las dos dió un paso hacia la otra.

En Londres, adonde íbamos a veces, vi a Gladys. Fué descaradamente a visitarme y mi marido le dió algún dinero. No hablamos de lo que había sido su mujer, pero comprendí que no nos guardaba rencor por haberlo desembarazado de ella. Intenté interrogarlo sobre el asesinato de mi primer marido, pero me dijo que no sabía nada. Continuaba viviendo de expedientes y nos contó historias muy divertidas con un cinismo bastante correcto; no las referiré porque llenarían un volumen. Debo declarar en su honor, que jamás hizo alusión alguna, ni ante mí ni ante nadie, a ciertos conocimientos que tenía de mi pasado. Y es sin duda, que entre sus vicios no tenía el de ser hombre de pluma.

No tengo que hablar de Sofía. Vivimos juntas y apenas nos separamos. Su orgullo está a cubierto porque yo le impongo el trabajo de cuidar de mi casa. Sigue siendo mi confidente y le confiaré estas *Memorias*, que nadie conoce, y que no serán publicadas hasta dentro de un siglo; porque lo he resuelto así, pensando que entonces se habrá depravado el gusto tanto que inspiren admiración las obscenidades de *Las relaciones peligrosas*.

¿Qué puedo decir de mí misma? Puesta a hablar de mí, no quiero terminar con una mentira. Desde hace diez años llevo la vida de una mujer muy rica y de la que se dice que todavía es bella.

He recibido muchas solicitudes. ¿He sido fiel siempre a mi deber? No. Hay ciertos homenajes a los que una mujer no puede resistirse; entre ellos están los de la gloria; y, aun cuando éstos no sean atendidos, ¿se puede negar un placer a un héroe, pleno de sensibilidad, que pocos días más tarde caerá muerto tal vez en el campo de batalla? He oído las más halagadoras súplicas y de los primeros hombres, oí las del primero de todos: Tuvo curiosidad de conocerme, al saber quién era por cualquier Laclos; luego tuvo otro deseo que no me negué a satisfacer; y puedo confirmar aquí lo que, al parecer, dijo otra dama, esto es, que no hubo en ello goce más que para el amor propio, y aun éste no fué muy grande, porque jamás tuve ambición.

Hablo hoy de aquellas bagatelas sin disgusto: las costumbres estaban tan relajadas que nadie podía eludir los efectos de su relajación. Mi mismo marido, con lo tiernamente enamorado que siempre estuvo de mí, tuvo también, lo sé, algunas aventuras: no le he hablado jamás de esto; pero conozco cuando traiciona sus deberes por cierto aire de penitencia y a la vez de seguridad que adopta, que yo aparento no ver y que me divierte. No me pondría triste ni le reprendería sino en el caso de que llegara, como algunos, a ser esclavo del libertinaje; porque si sigo sin tenerle amor, continuo estimándolo tanto que defendería su virtud, no por mí, sino por él mismo.

Una sola persona, de todas las conocidas por mí, no ha sido arrastrada a ese desorden: mi Sofía. Le pregunto cómo, abandonada desde hace tanto tiempo y sin saber la suerte de su marido, puede mantenerse casta. Me responde que porque sus sentidos no son exigentes, en primer término, y después, porque habiéndose casado en un raptó de amor con el hombre que había elegido, todo el placer que pudiera tener con otro hombre le parecería que no había de ser nada en parangón con el que había gozado; de tal modo que sigue amando a aquel esposo que fué también su amante, y está siempre como esperándolo.

La explicación que me ha dado me ha hecho reflexionar sobre mi vida; y me he preguntado por qué yo no tuve jamás esa honradez que veo en ella. Es verdad que mis sentidos son más exigentes que los suyos; pero, ¿era ésto suficiente para hacerme cometer ciertas faltas? ¿Fuí yo verdaderamente víctima de *Las relaciones peligrosas*, y debo maldecir a Batilde que fué la primera de tales relaciones para mí? Acabo de interrogar a Sofía sobre este punto; no me ha comprendido al principio; de tal modo ha perdido el recuerdo de ciertas frivolidades; le he tenido que explicar mi pensamiento, y me ha dicho francamente: “Yo no creo que podamos poner más interés en esos placeres que en los dulces que comemos a escondidas. Yo no pensaba en ellos con frecuencia en la pen-

sión después de haberlos conocido; y dejé de pensar en absoluto en cuanto amé.”

Sofía tiene razón. Sin duda, como ella, yo no habría pensado más en Batilde ni en sus lecciones, si hubiera amado, o mejor, si al primer amor que tuve, del que ya he dicho el poder que tenía sobre mí, hubiera seguido el matrimonio. Si en el momento en que lo pedí, se me hubiera dado a Danceny por esposo, habría sido honesta y fiel, a la vez que feliz, y todas las armas de la Merteuil y de Valmont se hubieran embotado contra mi virtud.

No fuí yo, pues, víctima de quien se cree, sino del *prejuicio* que no permitía que me casara con un hombre de poca fortuna y humilde linaje, como Danceny; prejuicio por el cual se guió mi madre, lo mismo que mi excelente tutor. ¡Ténganlo en cuenta las madres y tutores! Pero, ¿lo harán? ¿Será el prejuicio vencido algún día? Así se pudo creer; cuando la Revolución parecía próxima a imponer el reinado de la Igualdad y del Bien, pudo creerse que ya no se le opondría al amor más que objeciones razonables, como las de la salud, la virtud o la necesidad. Pero ¡qué lejos se está hoy ya de aquella sensatez! El prejuicio puede no reinar en el ánimo de las mujeres de mi edad, porque hemos visto ciertos espectáculos que nos han hecho reflexionar; pero ha recobrado todo su imperio en el ánimo de nuestros hijos. Yo veo a mi hijo mayor en edad de casarse. Mi sueño sería que se casara con la hija de Sofía, una niña, toda pureza,

que no ha recibido otras lecciones que las de su madre. Creo que él no es indiferente a sus encantos y, sin embargo, si coquetea, es con alguna hija de negociante o de aristócrata que le pueda aportar una fortuna más importante que la suya propia o alguna consideración por el rango de su familia, con la propina de haber pasado por los brazos de algún Valmont. Auguro mal de su porvenir; y me apeno también viendo a mi segundo hijo que sufre los efectos de otro prejuicio, enorgulleciéndose de la riqueza que espera, y que no tiene idea de la igualdad, hasta el punto de tratar a su preceptor como un señorituelo del régimen caído trataba a sus criados. Ninguno de los dos, sin embargo, ha tenido, que yo sepa, *Relaciones peligrosas*, o más bien, no han tenido más que una, con la sociedad que, a medida que se envilece, se reviste más de hipocresía y de prejuicios. No digo más; pero, como quiero, tanto como Laclos, extraer de lo que cuento una moraleja, pido que se me otorgue ésta: “Más que los aventureros, más que los libertinos, más que los intrigantes, hasta más que la gente de pluma, es la sociedad por sus prejuicios una *relación peligrosa*.”

Í N D I C E

	<u>Páginas.</u>
PREFACIO DEL AUTOR. — Por qué escribo estas Memorias.....	7
I.—Mi infancia.—La muerte de mi padre.—El convento.—Batilde.—Soffa.....	15
II.—Dejo el convento.—Mi tutor.—El salón de mi madre.—El señor de Laclos.—La señora de Merteuil.—Danceny.—Amor contrariado.	28
III.—La señora de Rosemonde.—La Presidenta de Tourvel.—Valmont.—Principio de mis amores con él.....	44
IV.—Continuación de mis amores con Valmont.—Vuelvo a París.—Mi aborto.—Mi convalecencia. — Vuelvo a ver a Danceny. — Este me abandona.....	64
V.—Estancia en el convento. — Mi salida. — Mi «dueña».—Tiburcio.....	85
VI.—Mis amores con Tiburcio. — Doy a luz un niño.—Me separo de Tiburcio.....	104
VII.—Salida para Italia.—Carácter de mi tutor.—El señor Pagioli.—Muerte de mi tutor.....	120

VIII.—Dejo Italia. — Marsella. — Tiburcio. — El señor de Gercourt. — Londres. — Mi casamiento. — Sir Gladys.	142
IX.—Salida para París. — Bruselas. — Me vengo de la Merteuil. — Regreso a Londres.	168
X.—Regreso a Londres. — Los asuntos de Francia. — Otra vez la Merteuil. — La prisión de F. Laclos.	185
XI.—La prisión de B.—Soy separada de mi marido. — Segundos amores con Danceny. — Salgo de la prisión.	209
XII.—Muerte de mi marido. — Doy a luz un hijo. — Me caso con Tiburcio. — Fin de estas Memorias.	231

O T R A S
P U B L I C A C I O N E S

Pesetas.

OCTAVIO FAGUET. — Paulina Bonaparte, «La sensual».....	4,50
A WEIMANN.—Las diez y ocho favoritas de Federico de Sajonia.....	4,50
LUIS PIDANSAT.—Madama Du Barry, «La libertina».....	4,50
GIULIANO JARRO. — Laura Bon, «La fo- gosa».....	4,50
DEMETRIO NEKRASOF.—Catalina de Rusia, «La insaciable».....	4,50
HAROLDO STRIMBERG.—Cristina de Suecia, «La mujer hombre».....	4,50
CONDESA DE CHARETON.—La duquesa de la Vallière, «La voluptuosa».....	450
CONDESA DE CHARON.—La Marquesa de Pompadour, «La decadente».....	4,50

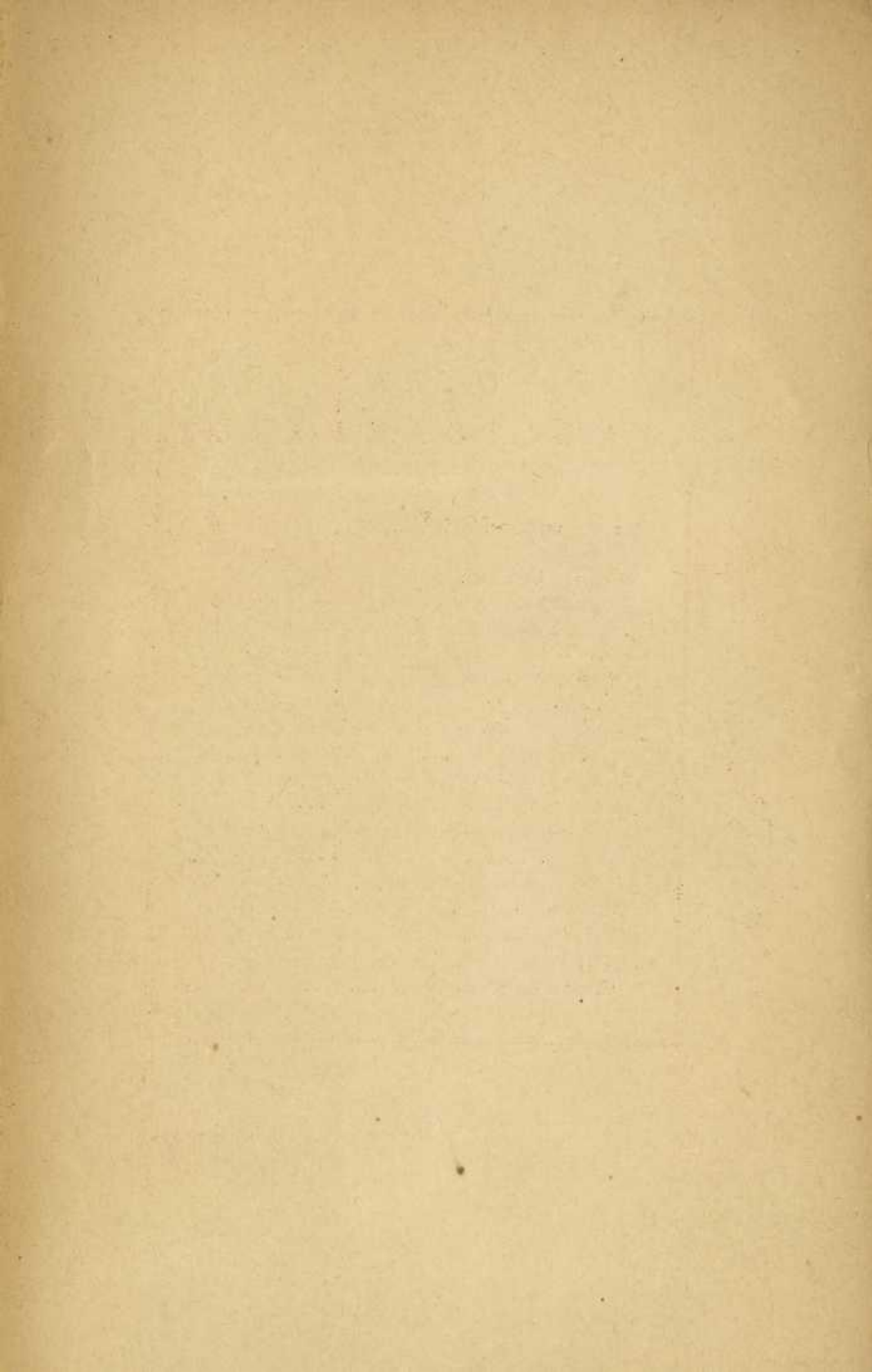
GAILLARD DE LA BATAILLE.—La Comedianta Clairón.....	5
ESTEBAN BIENLOSTOF. — Elzelina Tolstoy, «La dama caballero».....	4,50
TOMÁS MURRAY.—Las cortesanas de Carlos II de Inglaterra.....	4,50
LEÓN GOZLAN.—Esposas y favoritas del Príncipe de Gales.....	4,50
SOFÍA GAY.—Las cinco hermanas favoritas de Luis XV (dos tomos).....	9
LUIS GIRARDIN.—Las elegidas de Napoleón (dos tomos).....	9

B.P. de Soria



61172275

DR 3715



En Ancha Cruz 304

O T R A S
P U B L I C A C I O N E S

PABLO DIEKIRGH. — El amor (Atenas y Corinto).....	5
ARMANDO RIRRIOLI. — De Julio César a Heliogábalo.....	5
R. OTTO FALKEMBER. — Amores y crímenes de los Borgias.....	4
TEOLOGÍA INDIA. — El Kama Sutra (dos tomos).....	10
ROUSSKĀ ZAVETNĀA SKAZKI. — Cuentos secretos rusos.....	5
HOMER HALEVI. — El Ktab (teología musulmana).....	4,50
JHON CLELAND. — Memorias de una mujer galante.....	4,50
FRANCISCO ANTONIO CHEVRIER. — El vendedor ambulante.....	5
CARLOS DEVEREUS. — La Venus India....	5
CARLOS DUCLOS. — Las confesiones del Conde de ***.....	4,50

PRINTED IN SPAIN

LAS VERDADERAS
MEMORIAS DE
GEGILIA
DE VOLANGES



CONTINUACIÓN DE
LAS RELACIO-
NES PELIGRO-
SAS



DR
3715